

Historias cortas de 100 Historias Seleccionadas,
por O.Henry

El regalo de los Reyes Magos	2
Un cosmopolita en un café.	7
Entre asaltos	10
El cuarto del lucernario	15
El Servicio del Amor	20
La salida de Maggie.....	25
El Policía y el Himno	31
Recuerdos de un perro amarillo	36
El filtro de amor de Ikey Schoenstein	40
El cuarto amueblado.....	44
La Última Hoja.....	49
El Poeta y el Campesino	54
Un Paseo por la Afasia	59
Un Informe Municipal	68
La prueba del pudín	80

El regalo de los Reyes Magos

UN DÓLAR y ochenta y siete centavos. Eso era todo. Y sesenta centavos de eso estaban en centavos. Centavos ahorrados uno y dos a la vez, presionando al tendero, al verdulero y al carnicero hasta que las mejillas ardían con la silenciosa imputación de avaricia que tal negociación estrecha implicaba. Della lo contó tres veces. Un dólar y ochenta y siete centavos. Y al día siguiente sería Navidad.

No quedaba más remedio que dejarse caer en el raído sofá y sollozar. Así que, Della lo hizo. Lo que instiga la reflexión moral de que la vida se compone de sollozos, resoplidos y sonrisas, predominando los resoplidos.

Mientras la dueña de casa va pasando gradualmente de la primera etapa a la segunda, mira la casa. Un apartamento amueblado por \$8 a la semana. No exactamente mendigo en su descripción, pero ciertamente tenía esa palabra en busca del escuadrón de mendicidad.

En el vestíbulo abajo había un buzón en el que no entraría ninguna carta, y un botón eléctrico del que ningún dedo mortal podría sacar un timbre. También pertenecía a ello una tarjeta con el nombre "Mr. James Dillingham Young".

El "Dillingham" había sido exhibido durante un período anterior de prosperidad cuando su poseedor estaba siendo pagado \$30 por semana. Ahora, cuando el ingreso se había reducido a \$20, las letras de "Dillingham" parecían borrosas, como si estuvieran pensando seriamente en contraerse a una D modesta y discreta. Pero cada vez que el Sr. James Dillingham Young llegaba a casa y alcanzaba su apartamento arriba, era llamado "Jim" y abrazado efusivamente por la Sra. James Dillingham Young, ya presentada como Della. Lo cual está muy bien.

Della terminó de llorar y se ocupó de sus mejillas con la toalla de polvo. Se quedó junto a la ventana y miró sin interés a un gato gris caminando por una cerca gris en un patio trasero gris. Mañana sería Navidad, y ella solo tenía \$1.87 con los que comprarle un regalo a Jim. Había estado ahorrando cada centavo que podía durante meses, con este resultado. Veinte dólares a la semana no alcanzan mucho. Los gastos habían sido mayores de lo que había calculado. Siempre lo son. Solo \$1.87 para comprar un regalo para Jim. Su Jim. Muchas horas felices había pasado planeando algo bonito para él.

Algo fino, raro y de calidad, algo solo un poco cerca de ser digno del honor de ser poseído por Jim.

Había un espejo de pared entre las ventanas de la habitación. Tal vez hayas visto un espejo de pared en un apartamento de \$8. Una persona muy delgada y muy ágil puede, al observar su reflejo en una secuencia rápida de tiras longitudinales, obtener una concepción precisa de su apariencia. Della, siendo delgada, había dominado el arte.

De repente, giró desde la ventana y se colocó frente al espejo. Sus ojos brillaban intensamente, pero su rostro había perdido su color en veinte segundos. Rápidamente se soltó el cabello y lo dejó caer hasta su longitud completa.

Ahora, había dos posesiones de los James Dillingham Young en las que ambos se sentían muy orgullosos. Una era el reloj de oro de Jim que había sido de su padre y su abuelo. La otra era el cabello de Della. Si la Reina de Saba hubiera vivido en el apartamento al otro lado del patio de luces, Della habría dejado que su cabello colgara por la ventana algún día solo para secarse, simplemente para depreciar las joyas y regalos de Su Majestad. Si el rey Salomón hubiera sido el conserje, con todos sus tesoros amontonados en el sótano, Jim habría sacado su reloj cada vez que pasaba, solo para verlo jalar de su barba de envidia.

Entonces, ahora el hermoso cabello de Della caía a su alrededor, ondulando y brillando como una cascada de aguas marrones. Alcanzaba más abajo de su rodilla y se convertía casi en una prenda para ella. Y luego lo hizo de nuevo nerviosa y rápidamente. Una vez titubeó por un minuto y se quedó quieta mientras una o dos lágrimas salpicaban la desgastada alfombra roja.

Se puso su vieja chaqueta marrón; se puso su viejo sombrero marrón. Con un giro de faldas y con el brillante destello aún en sus ojos, revoloteó hacia la puerta y bajó las escaleras hacia la calle.

Donde ella se detuvo, el letrero decía: "Mme. Sofronie. Artículos para el cabello de todo tipo." Un tramo de escaleras arriba corrió Della, y se recompuso, jadeando. Madame, grande, demasiado blanca, fría, apenas miró a "Sofronie".

"Comprarás mi cabello?" preguntó Della.

"Compro cabello," dijo Madame. "Quítate el sombrero y déjame echar un vistazo a cómo luce."

La cascada marrón ondeó hacia abajo. "Veinte dólares", dijo Madame, levantando la masa con mano experimentada.

"Dámelo rápido", dijo Della.

Oh, y las próximas dos horas tropecé con alas rosadas. Olvida la metáfora forzada. Ella estaba saqueando las tiendas en busca del regalo de Jim.

Finalmente lo encontró. Seguramente había sido hecho para Jim y nadie más. No había otro igual en ninguna de las tiendas, y ella las había recorrido todas exhaustivamente. Era una cadena de reloj de platino, simple y casta en diseño, proclamando adecuadamente su valor solo por su sustancia y no por ornamentación mercenaria, como todas las cosas buenas deberían hacerlo. Incluso era digno del Reloj. Tan pronto como lo vio, supo que debía ser de Jim. Era como él. La tranquilidad y el valor, la descripción se aplicaba a ambos. Veintiún dólares le costó, y ella se apresuró a casa con los 87 centavos. Con esa cadena en su reloj, Jim podría estar adecuadamente preocupado por la hora en cualquier compañía. Por grandioso que fuera el reloj, a veces lo miraba de reojo por la vieja correa de cuero que usaba en lugar de una cadena.

Cuando Della llegó a casa, su embriaguez cedió ante la prudencia y la razón. Sacó sus tenacillas y encendió el gas, y se puso a trabajar reparando los estragos causados por la generosidad añadida al amor. Lo cual siempre es una tarea tremenda, queridos amigos, una tarea titánica.

En cuarenta minutos, su cabeza estaba cubierta de pequeños rizos cercanos que la hacían lucir maravillosamente como un travieso escolar. Se miró en el espejo durante mucho tiempo, cuidadosa y críticamente.

"Si Jim no me mata", se dijo a sí misma, "antes de volver a mirarme, dirá que parezco una corista de Coney Island. Pero qué podría hacer... oh! qué podría hacer con un dólar y ochenta y siete centavos?"

A las 7 en punto, el café estaba hecho y la sartén estaba en la parte trasera de la estufa, caliente y lista para cocinar las chuletas.

Jim nunca llegaba tarde. Della dobló la cadena del reloj de fob en su mano y se sentó en la esquina de la mesa cerca de la puerta por la que siempre entraba. Luego escuchó su paso en la escalera, lejos, en el primer tramo, y se puso pálida por un momento. Tenía la costumbre de decir pequeñas oraciones silenciosas sobre las cosas más simples de la vida cotidiana, y ahora susurró: "Por favor Dios, haz que piense que todavía soy bonita".

La puerta se abrió y Jim entró y la cerró. Se veía delgado y muy serio. Pobre muchacho, apenas tenía veintidós años, y cargar con una familia! Necesitaba un nuevo abrigo y no tenía guantes.

Jim se detuvo dentro de la puerta, tan inmóvil como un setter al percibir la presencia de codornices. Sus ojos estaban fijos en Della, y había una expresión en ellos que ella no podía entender, y la aterraba. No era ira, ni sorpresa, ni desaprobación, ni horror, ni ninguno de los sentimientos para los que ella estaba preparada. Simplemente la miraba fijamente con esa expresión peculiar en su rostro.

Della se deslizó fuera de la mesa y fue hacia él.

"Jim, cariño," gritó, "no me mires así. Me corté el pelo y lo vendí porque no podría haber sobrevivido la Navidad sin darte un regalo. Volverá a crecer, te importará? Simplemente tenía que hacerlo. Mi pelo crece muy rápido. Di 'Feliz Navidad!' Jim, y seamos felices. No sabes qué bonito... qué hermoso, bonito regalo te tengo."

"Te cortaste el pelo?" preguntó Jim, trabajosamente, como si aún no hubiera llegado a ese hecho evidente incluso después del mayor esfuerzo mental.

"Me lo corté y lo vendí," dijo Della. "De todos modos, no me sigues queriendo igual? No sigo siendo yo sin mi pelo, verdad?"

Jim miró alrededor de la habitación con curiosidad.

"Dices que te has cortado el pelo?" dijo, con un aire de casi idiotez.

"No necesitas buscarlo," dijo Della. "Te lo digo, está vendido y se ha ido. Es Nochebuena, chico. Sé bueno conmigo, porque lo hice por ti. Tal vez los cabellos de mi cabeza estaban contados", continuó con dulzura repentina y seria, "pero nadie podría contar mi amor por ti. Pongo las chuletas, Jim?"

De su trance, Jim pareció despertar rápidamente. Él abrazó a su Della. Por diez segundos, consideremos con discreta escrutinio algún objeto inconsecuente en la otra dirección. Ocho dólares a la semana o un millón al año, cuál es la diferencia? Un matemático o un ingenioso te darían la respuesta equivocada. Los magos trajeron regalos valiosos, pero ese no estaba entre ellos. Esta oscura afirmación será iluminada más adelante.

Jim sacó un paquete del bolsillo de su abrigo y lo arrojó sobre la mesa.

"No cometes ningún error, Della", dijo, "sobre mí. No creo que haya nada en forma de un corte de pelo, un afeitado o un champú que pudiera hacer que me gustara menos mi chica. Pero si desatas ese paquete, podrías ver por qué me tuviste confundido al principio".

Dedos blancos y ágiles rasgaron la cuerda y el papel. Y luego un grito extático de alegría; y luego, ay! un rápido cambio femenino a lágrimas histéricas y lamentos, que exigía el inmediato empleo de todos los poderes reconfortantes del señor del apartamento.

Porque allí estaban Los Peines: el conjunto de peines, lateral y posterior, que Della había adorado durante mucho tiempo en una ventana de Broadway. Hermosos peines, de pura concha de tortuga, con bordes engarzados con joyas, justo el tono para llevar en el hermoso cabello desaparecido. Eran peines caros, lo sabía, y su corazón simplemente los había anhelado y deseado sin la menor esperanza de posesión. Y ahora, eran suyos, pero las trenzas que deberían haber adornado los codiciados adornos se habían ido.

Pero los abrazó contra su pecho, y al fin pudo levantar los ojos con una mirada lánguida y una sonrisa y decir: "¡Mi cabello crece tan rápido, Jim!"

Y luego Della saltó como un pequeño gato chamuscado y lloró: "Oh, oh!"

Jim aún no había visto su hermoso regalo. Ella se lo ofreció ansiosamente en la palma de su mano abierta. El precioso metal opaco parecía brillar con un reflejo de su espíritu brillante y ardiente.

"No es estupendo, Jim? Busqué por toda la ciudad para encontrarlo. Ahora tendrás que mirar la hora cien veces al día. Dame tu reloj. Quiero ver cómo queda en él."

En lugar de obedecer, Jim se dejó caer en el sofá y puso las manos detrás de su cabeza y sonrió.

"Dell," dijo, "guardemos nuestros regalos de Navidad y los conservemos un tiempo. Son demasiado bonitos para usarlos ahora mismo. Vendí el reloj para conseguir el dinero para comprar tus peines. Y ahora supón que prepares las chuletas."

Los magos, como sabes, eran hombres sabios, maravillosamente sabios, que llevaron regalos al Niño en el pesebre. Inventaron el arte de dar regalos de Navidad. Siendo sabios, sus regalos sin duda fueron sabios, posiblemente con el privilegio de intercambio en caso de duplicación. Y aquí he relatado torpemente la crónica sin incidentes de dos niños tontos en un apartamento que, de manera muy poco sabia, sacrificaron el uno por el otro los mayores tesoros de su casa. Pero en una última palabra para los sabios de estos días, que se diga que de todos los que dan regalos, estos dos fueron los más sabios. De todos los que dan y reciben regalos, tales como ellos, son los más sabios. En todas partes son los más sabios. Ellos son los magos.

II

Un cosmopolita en un café.

A MEDIANOCHE, EL CAFÉ estaba abarrotado. Por alguna casualidad, la pequeña mesa en la que estaba sentado había escapado al ojo de los recién llegados, y dos sillas vacantes a su lado extendían sus brazos con hospitalidad venal hacia la afluencia de clientes. Y entonces un cosmopolita se sentó en una de ellas, y me alegré, porque sostenía la teoría de que desde Adán no ha existido ningún verdadero ciudadano del mundo. Oímos hablar de ellos y vemos etiquetas extranjeras en muchos equipajes, pero encontramos viajeros en lugar de cosmopolitas. Invoco su consideración de la escena: las mesas con tapa de mármol, el rango de asientos de pared tapizados en cuero, la alegre compañía, las damas vestidas con trajes de semi-gala, hablando en un coro exquisitamente visible de gusto, economía, opulencia o arte, los garzones sedulosos y amantes de la generosidad, la música que sabiamente atiende a todos con sus incursiones en los compositores; el mestizaje de conversación y risas -y, si lo desean, el Wurzburger en los altos conos de vidrio que se inclinan hacia tus labios como una cereza madura se balancea en su rama ante el pico de un arrendajo ladrón. Un escultor de Mauch Chunk me dijo que la escena era verdaderamente parisina. Mi cosmopolita se llamaba E. Rushmore Colgan, y se le escuchará el próximo verano en Coney Island. Según me informó, allí establecerá una nueva "atracción", ofreciendo diversiones reales. Y luego su conversación se desarrolló a lo largo de paralelos de latitud y longitud. Tomó el gran mundo en su mano, por así decirlo, familiarmente, con desprecio, y parecía no ser más grande que la semilla de una cereza Maraschino en una toronja de mesa. Hablaba irrespetuosamente del ecuador, saltaba de continente en continente, ridiculizaba las zonas, limpiaba los mares con su servilleta. Con un gesto de su mano hablaría de un cierto mercado en Hyderabad. Puff! Te tendría en esquíes en Laponia. Zip! Ahora cabalgabas las olas con los kanakas en To do Kealaikahiki. Presto! Te arrastraba a través de un pantano de roble post en Arkansas, te secaba por un momento en las llanuras alcalinas de su rancho de Idaho, luego te lanzaba a la sociedad de archiducos vieneses. En un momento te estaría contando sobre un resfriado que adquirió en Chicago Lake breeze y cómo el viejo Escamila lo curó en Buenos Aires con una infusión caliente de la hierba chuchula. Habrías dirigido la carta a "E. Rushmore Coglan, Sr., la Tierra, el Sistema Solar, el Universo", y la habrías enviado por correo, sintiéndote seguro de que le sería entregada. Estaba seguro de que había encontrado finalmente al único verdadero cosmopolita desde Adán, y escuché su discurso mundial temiendo descubrir en él la nota local del mero trotamundos.

pero sus opiniones nunca vacilaban ni decaían; era imparcial hacia las ciudades, países y continentes, igual que los vientos o la gravedad. Y mientras E. Rushmore Coglan parloteaba en este pequeño planeta, pensaba con alegría en un gran casi-cosmopolita que escribía para todo el mundo y se dedicaba a Bombay. En un poema tiene que decir que hay orgullo y rivalidad entre las ciudades de la tierra, y que "los hombres que se crían en ellas, trafican de arriba abajo, pero se aferran al borde de sus ciudades como un niño al dobladillo del vestido de su madre. Y siempre que caminan 'por calles rugientes desconocidas' recuerdan a su ciudad natal 'más fiel, tonta, cariñosa; haciendo de su nombre sus vínculos sobre vínculos.' Y mi alegría se despertó porque había pillado desprevenido al señor Kipling. Aquí había encontrado a un

hombre que no estaba hecho de polvo; uno que no tenía estrechas vanidades de lugar de nacimiento o país, uno que, si presumía en absoluto, presumiría de su globo entero contra los marcianos y los habitantes de la luna. La expresión sobre estos temas fue precipitada desde E. Rushmore Coglan por el tercer rincón de nuestra mesa. Mientras Coghlan me describía la topografía a lo largo del Ferrocarril Transiberiano, la orquesta se deslizó en un popurrí. El aire concluyente era 'Dixie', y mientras las notas estimulantes se derramaban, casi fueron sobrepasadas por un gran aplauso de casi todas las mesas.

Vale la pena mencionar que esta escena notable se puede presenciar todas las noches en numerosos cafés de la Ciudad de Nueva York. Se han consumido toneladas de cerveza sobre teorías para explicarla. Algunos han conjeturado apresuradamente que todos los sureños en la ciudad se apresuran a los cafés al anochecer. Este aplauso del aire 'rebelde' en una ciudad del norte desconcierta un poco; pero no es insoluble.

La guerra con España, muchos años de generosas cosechas de menta y sandía, algunos ganadores sorpresa en la pista de carreras de Nueva Orleans, y los brillantes banquetes ofrecidos por los ciudadanos de Indiana y Kansas que componen la Sociedad de Carolina del Norte, han hecho del Sur algo así como una 'moda' en Manhattan. Su manicura susurrará suavemente que su dedo índice izquierdo le recuerda mucho a un caballero en Richmond, Virginia. Oh, desde luego; pero muchas damas tienen que trabajar ahora -la guerra, ya sabe! Cuando sonaba 'Dixie', un joven de cabello oscuro saltó de algún lugar con un grito guerrillero de Mosby y agitó frenéticamente su sombrero de ala suave.

Y ahora el joven de cabello oscuro me habló a mí, y quedó claro que su mente también se movía a lo largo de sus propios surcos.

"Me gustaría ser una vinca", dijo misteriosamente, "en la cima de un valle, y cantar también too-ral loo-ral loo". Esto claramente fue demasiado oscuro, así que me volví de nuevo hacia Coghlan. "He dado la vuelta al mundo doce veces", dijo él. Conozco a un esquimal en Upernavik que manda a Cincinnati por sus corbatas, y vi a un pastor de cabras en Uruguay que ganó un premio en un concurso de rompecabezas de alimentos para el desayuno de Battle Creek. Pago alquiler por una habitación en El Cairo, Egipto, y otra en Yokohama todo el año. Tengo pantuflas esperándome en una casa de té en Shanghái, y no les he dicho cómo cocinar mis huevos en Río de Janeiro o Seattle. Es un mundo muy pequeño. De qué sirve presumir de ser del Norte, o del Sur, o de la antigua casa señorial en el valle, o de Euclid Avenue, Cleveland, o el Pico Pike, o el Condado de Fairfax, Virginia, o los terrenos de Hooligan o cualquier lugar? Será un mundo mejor cuando dejemos de ser tontos sobre alguna ciudad enmohecida o diez acres de pantano solo porque nacimos allí. "Pareces ser un auténtico cosmopolita", dije admirativamente. Pero también parece que despreciarías el patriotismo. "Un vestigio de la edad de piedra", declaró Coghlan con fervor. Todos somos hermanos: chinos, ingleses, zulúes, patagones y la gente en la curva del río Kaw. Algún día todo este orgullo mezquino por la ciudad, el estado, la sección o el país de uno será erradicado, y todos seremos ciudadanos del mundo, como deberíamos ser". "Pero mientras estás vagando por tierras extranjeras", insistí, "no vuelven tus pensamientos a algún lugar, algún lugar querido y..." "Ni un lugar", interrumpió E. R. Coghlan frívolamente. "El terráqueo, globular, planetario trozo de materia, ligeramente aplanado en los polos, y conocido como la Tierra, es mi morada. He conocido a muchos ciudadanos objeto de este país en el extranjero. He visto a hombres de Chicago sentados en una góndola en Venecia

en una noche de luna y jactarse de su canal de drenaje. He visto a un sureño al ser presentado al Rey de Inglaterra, entregarle a ese monarca, sin pestañear, la información de que su nieto por parte de su madre estaba emparentado por matrimonio con los Perkins, de Charleston. Conocí a un neoyorquino que fue secuestrado por rescate por algunos bandidos de Afganistán".

Su gente envió el dinero y él regresó a Kabul con el agente. "Afganistán?" los nativos le dijeron a través de un intérprete. "Bueno, no es tan lento, crees?" "Oh, no lo sé", dice él, y comienza a contarles sobre un taxista en la Sexta Avenida y Broadway. Esas ideas no me convencen. No estoy atado a nada que no tenga 8,000 millas de diámetro. Solo ponme como E. Rushmore Coglan, ciudadano de la esfera terrestre". Mi cosmopolita se despidió efusivamente y me dejó, porque pensó que vio a alguien entre el bullicio y el humo a quien conocía. Así que me quedé con el supuesto vinca, que se redujo a Wurzbürger sin poder expresar más sus aspiraciones de posarse, melodioso, en la cima de un valle. Me senté reflexionando sobre mi evidente cosmopolita y preguntándome cómo el poeta había logrado no verlo. Él fue mi descubrimiento y creí en él. Cómo fue? "Los hombres que se crían en ellas trafican de arriba abajo, pero se aferran al borde de sus ciudades como un niño al dobladillo del vestido de su madre". No así E. Rushmore Coglan. Con todo el mundo a su disposición. Mis meditaciones fueron interrumpidas por un ruido tremendo y un conflicto en otra parte del café. Vi por encima de las cabezas de los clientes sentados a E. Rushmore Coglan y a un desconocido para mí, comprometidos en una batalla impresionante. Lucharon entre las mesas como titanes, y los vasos se rompieron, y los hombres levantaron sus sombreros y fueron derribados, y una morena gritó, y una rubia comenzó a cantar "Teasing". Mi cosmopolita estaba sosteniendo el orgullo y la reputación de la Tierra cuando los camareros cerraron el cerco sobre ambos combatientes con su famosa formación de cuña voladora y los llevaron afuera, aún resistiéndose. Llamé a McCarthy, uno de los camareros franceses, y le pregunté la causa del conflicto. "El hombre con la corbata roja" (ese era mi cosmopolita), dijo él, "se calentó por cosas que se dijeron sobre las malas aceras y el suministro de agua del lugar del que venía el otro tipo". "Por qué?" dije, confundido, "ese hombre es un ciudadano del mundo, un cosmopolita. Él-" "Originario de Mattawamkeag, Maine", continuó McCarthy, "y no iba a permitir que nadie hablara mal del lugar".

III

Entre asaltos

LA LUNA DE MAYO BRILLABA sobre la pensión privada de la Sra. Murphy. Consultando el almanaque se descubrirá una gran cantidad de territorio sobre el cual sus rayos también caían. La primavera estaba en su apogeo, con la fiebre del heno a punto de seguir. Los parques estaban verdes con hojas nuevas y compradores para el comercio del Oeste y del Sur. Las flores y los agentes de resorts de verano estaban floreciendo; el aire y las respuestas a Lawson se volvían más suaves; los órganos de mano, las fuentes y el pinochle se jugaban en todas partes.

Las ventanas de la pensión de la Sra. Murphy estaban abiertas. Un grupo de pensionistas estaba sentado en la alta escalera sobre tapetes redondos y planos como panqueques alemanes.

En una de las ventanas del segundo piso, la Sra. McCaskey esperaba a su esposo. La cena se enfriaba en la mesa. Su calor se trasladó a la Sra. McCaskey.

A las nueve llegó el Sr. McCaskey. Llevaba su abrigo en el brazo y su pipa en los dientes; y se disculpó por molestar a los pensionistas en los escalones mientras seleccionaba lugares de piedra entre ellos en los que colocar sus zapatos de talla 9, ancho D.

Al abrir la puerta de su habitación, recibió una sorpresa. En lugar de la tapa de la estufa o el machacapatatas habitual para él, solo llegaron palabras.

El Sr. McCaskey pensó que la benigna luna de mayo había ablandado el pecho de su esposa.

"Te oí", vinieron los sustitutos orales de utensilios de cocina. "Puedes disculparte con la chusma de la calle por poner tus pies torpes en las faldas de sus vestidos, pero pisotearías el cuello de tu esposa a lo largo de una cuerda para ropa sin siquiera un 'Bésame los pies', y estoy segura de que es lo suficientemente largo como para fregar el ventanal para ti y que la comida se enfríe con lo que hay dinero para comprar después de beber tus salarios en Gallagher's cada sábado por la noche, y el del gas aquí dos veces hoy".

"Mujer", dijo el Sr. McCaskey, arrojando su abrigo y sombrero sobre una silla, "el ruido de tu voz es un insulto a mi apetito. Cuando desprecias la cortesía, quitas el mortero entre los ladrillos de los cimientos de la sociedad. No es más que ejercer la acritud de un caballero cuando pides el disenso de las damas que bloquean el paso para pasar entre ellas. Traerás tu cara de cerdo fuera de la ventana y te encargarás de la comida?"

La Sra. McCaskey se levantó pesadamente y fue hacia la estufa. Había algo en su manera que advirtió al Sr. McCaskey. Cuando las comisuras de su boca bajaban repentinamente como un barómetro, generalmente presagiaba una caída de vajilla y utensilios de cocina.

"Cara de cerdo, dices?" dijo la Sra. McCaskey, y lanzó una sartén llena de tocino y nabos a su señor.

El Sr. McCaskey no era novato en la repartee. Sabía lo que debería seguir al plato principal. En la mesa había un lomo de cerdo asado, adornado con tréboles. Retiró esto y recibió el regreso apropiado de un budín de pan en un plato de barro. Un pedazo de queso suizo arrojado con precisión por su esposo golpeó a la Sra. McCaskey debajo de un ojo. Cuando ella respondió con una cafetera bien dirigida llena de un líquido caliente, negro y semi fragante, la batalla, según los platos, debería haber terminado.

Pero el Sr. McCaskey no era un "table d'hote" de 50 centavos. Que los bohemios baratos consideraran el café como el fin, si querían. Que cometieran ese "faux pas". Él era aún más astuto. Los recipientes para dedos no estaban más allá de su experiencia. No se podían conseguir en la Pensión Murphy; pero su equivalente estaba a mano. Triunfalmente envió el lavamanos de granito a la cabeza de su adversaria matrimonial. La Sra. McCaskey esquivó a tiempo. Ella alcanzó una plancha, con la cual, como una especie de cordial, esperaba poner fin al duelo gastronómico. Pero un fuerte grito de angustia abajo hizo que tanto ella como el Sr. McCaskey se detuvieran en una especie de armisticio involuntario.

En la acera en la esquina de la casa, el policía Cleary estaba de pie con una oreja levantada, escuchando el estruendo de utensilios domésticos.

"Es Jawn McCaskey y su señora de nuevo", meditó el policía. "Me pregunto si debo subir y detener la pelea. No lo haré. Son gente casada; y tienen pocas alegrías. No durará mucho. Seguro, tendrán que pedir prestados más platos para seguir adelante".

Y justo entonces vino el fuerte grito de abajo, presagiando miedo o extrema necesidad. "Probablemente sea el gato", dijo el policía Cleary, y caminó rápidamente en la dirección opuesta.

Los pensionistas en los escalones estaban agitados. El Sr. Toomey, un solicitante de seguros por nacimiento y un investigador por profesión, entró para analizar el grito. Regresó con la noticia de que el niño pequeño de la Sra. Murphy, Mike, estaba perdido. Siguiendo al mensajero, salió disparada la Sra. Murphy, doscientas libras en lágrimas e histeria, agarrando el aire y aullando al cielo por la pérdida de treinta libras de pecas y travesuras. Un baño de lágrimas, verdaderamente; pero el Sr. Toomey se sentó al lado de la Srta. Purdy, modista, y sus manos se unieron en simpatía. Las dos solteronas, las Srta. Walsh, que se quejaban todos los días del ruido en los pasillos, preguntaron inmediatamente si alguien había mirado detrás del reloj.

El Mayor Grigg, que estaba junto a su esposa gorda en el último escalón, se levantó y se abrochó el abrigo. "El pequeño perdido?" exclamó. "Exploraré la ciudad". Su esposa nunca lo dejaba salir después de oscurecer. Pero ahora ella dijo: "Ve, Ludovic!" en voz de barítono. "Quien pueda ver el dolor de esa madre sin acudir a su rescate tiene un corazón de piedra".

"Dame unos treinta o... sesenta centavos, mi amor!", dijo el Mayor. "Los niños perdidos a veces se extravían mucho. Puede que necesite dinero para el transporte".

El anciano Denny, habitante del cuarto piso trasero, que estaba sentado en el escalón más bajo, tratando de leer un periódico junto a la lámpara de la calle, pasó una página para seguir el artículo sobre la huelga de carpinteros.

La Sra. Murphy gritaba a la luna: "Oh, por el amor de Dios, dónde está mi pequeño Mike!"

"Cuándo lo viste por última vez?", preguntó el anciano Denny, con un ojo en el informe de la Liga de Oficios de la Construcción.

"Oh", gemía la Sra. Murphy, "fue ayer, o tal vez hace cuatro horas. No sé. Pero está perdido, mi pequeño Mike. Estaba jugando en la acera esta mañana, o fue el miércoles? Estoy tan ocupada con el trabajo, es difícil seguir las fechas. Pero he buscado por toda la casa, desde arriba hasta el sótano, y se ha ido. Oh, por el amor de Dios!"

Silente, sombría, colosal, la gran ciudad siempre ha resistido a sus detractores. La llaman dura como el hierro; dicen que no late en su seno ningún pulso de piedad; comparan sus calles con bosques solitarios y desiertos de lava. Pero debajo de la dura corteza del langostino se encuentra un manjar delicioso y exquisito. Quizás una comparación diferente habría sido más sabia. Aún así, nadie debería ofenderse. No llamaríamos a nadie langostino sin buenas y suficientes pinzas.

Ninguna calamidad toca tanto el corazón común de la humanidad como el extravío de un niño pequeño. Sus pies son tan inciertos y débiles; los caminos son tan empinados y extraños.

El Mayor Griggs bajó apresuradamente hasta la esquina, y luego por la avenida hasta el lugar de Billy. "Dame un whisky", dijo al camarero. "No has visto por aquí a un mocoso de seis años, sucio y de piernas arqueadas en ningún lado?"

El Sr. Toomey mantuvo la mano de la Srta. Purdy en los escalones. "Piensa en ese querido bebé", dijo la Srta. Purdy, "perdido del lado de su madre, quizás ya caído bajo las herraduras de caballos galopantes, oh, no es horrible?"

"No es así?", coincidió el Sr. Toomey, apretándole la mano. "Digo, empiezo y lo ayudo a buscar!"

"Tal vez", dijo la Srta. Purdy, "deberías hacerlo. Pero, oh, Sr. Toomey, eres tan atrevido, tan temerario, supongamos que en tu entusiasmo te ocurriera algún accidente, entonces qué..."

En el segundo piso delantero, el Sr. y la Sra. McCaskey salieron a la ventana para recobrar el aliento. El Sr. McCaskey estaba sacando nabos de su chaleco con un dedo índice torcido, y su esposa se estaba secando un ojo que la sal del asado de cerdo no había beneficiado. Escucharon el clamor abajo y asomaron la cabeza por la ventana.

"Este pequeño Mike está perdido", dijo la Sra. McCaskey, en voz baja, "¡el hermoso, pequeño, problemático ángel de un chiquillo!"

"El niño perdido?", dijo el Sr. McCaskey, asomándose por la ventana. "Bueno, eso es bastante malo, totalmente. Los niños son diferentes. Si fuera una mujer, estaría dispuesto, porque dejan paz detrás de ellas cuando se van".

Ignorando el comentario, la Sra. McCaskey agarró el brazo de su esposo.

"Jawn", dijo, sentimentalmente, "el pequeño de la Sra. Murphy está perdido. Esta es una gran ciudad para perder niños pequeños. Tenía seis años. Jawn, es la misma edad que tendría nuestro pequeño si lo hubiéramos tenido hace seis años".

"Nunca lo tuvimos", dijo el Sr. McCaskey, reflexionando sobre el hecho. "Pero si lo hubiéramos tenido, Jawn, piensa en la tristeza que habría en nuestros corazones esta noche, con nuestro pequeño Phelan corriendo y siendo robado en la ciudad, en ninguna parte".

"Estás hablando tonterías", dijo el Sr. McCaskey. "Se llamaría Pat en honor a mi viejo padre en Cantrim".

"Mientes!", dijo la Sra. McCaskey, sin enojo. "Mi hermano valía por una docena de McCaskeys de la campiña. El niño llevaría su nombre". Se inclinó sobre el alféizar de la ventana y miró la prisa y el bullicio debajo.

"Jawn", dijo la Sra. McCaskey, suavemente, "lamento haber sido impulsiva".

"Fue un almuerzo rápido, como dices", dijo su esposo, "y nabos apresurados y café, apúrate. Fue lo que podrías llamar un almuerzo rápido, está bien, y no mentiré".

La Sra. McCaskey metió el brazo dentro del de su esposo y tomó su mano áspera en la suya.

"Escucha el llanto de la pobre Sra. Murphy", dijo. "Es terrible que un pequeño esté perdido en esta gran ciudad. Si fuera nuestro pequeño Phelan, Jawn, me estaría rompiendo el corazón". no Denny siguió leyendo sobre el acuerdo de arbitraje, con un dedo en las líneas.

Torpemente, el Sr. McCaskey retiró su mano. Pero la posó alrededor de los hombros de su esposa que se acercaban.

"Estas tonterías, por supuesto", dijo bruscamente, "pero yo también estaría triste si nuestro pequeño Pat fuera secuestrado o algo así. Pero nunca hubo niños para nosotros. A veces he sido grosero y duro contigo, Judy. Olvídalo".

Se inclinaron juntos y miraron el drama del corazón que se desarrollaba abajo.

Así estuvieron sentados mucho tiempo. La gente se agolpaba por la acera, apiñándose, preguntando, llenando el aire con rumores y suposiciones inconsecuentes. La Sra. Murphy se abrió paso de un lado a otro en medio de ellos, como una montaña suave por la que caía una catarata audible de lágrimas. Mensajeros iban y venían.

Voces fuertes y un alboroto renovado se levantaron frente a la pensión.

"¿Qué pasa ahora, Judy?" preguntó el Sr. McCaskey.

"Es la voz de la Sra. Murphy", dijo la Sra. McCaskey, escuchando. "Dice que ha encontrado al pequeño Mike dormido detrás del rollo de viejo linóleo bajo la cama en su habitación".

El Sr. McCaskey rió en voz alta.

"Ese es tu Phelan", gritó sarcásticamente. "Ni una pizca de eso habría hecho un Pat. Si el chico que nunca tuvimos se ha perdido y sido robado, por el poder, llámalo Phelan y mira cómo se esconde debajo de la cama como un cachorro sarnoso".

La Sra. McCaskey se levantó pesadamente y se dirigió hacia el armario de los platos, con las comisuras de la boca hacia abajo.

El policía Cleary volvió alrededor de la esquina mientras la multitud se dispersaba. Sorprendido, giró una oreja hacia el apartamento de los McCaskey, donde el estruendo de hierros y vajilla y el sonido de utensilios de cocina arrojados parecían tan fuertes como antes. El policía Cleary sacó su reloj.

"Por las serpientes deportadas!" exclamó, "Jawn McCaskey y su señora han estado peleando durante una hora y cuarto según el reloj. La misión podría darle cuarenta libras de peso. Fuerza en su brazo".

El policía Cleary paseó de vuelta alrededor de la esquina.

El anciano Denny dobló su periódico y subió corriendo los escalones justo cuando la Sra. Murphy estaba a punto de cerrar la puerta para la noche.

IV

El cuarto del lucernario

PRIMERO, LA SRA. PARKER te mostraría los salones dobles. No te atreverías a interrumpir su descripción de sus ventajas y de los méritos del caballero que los había ocupado durante ocho años. Luego lograrías balbucear la confesión de que no eras ni médico ni dentista. La forma en que la Sra. Parker recibía la admisión era tal que nunca más podrías tener el mismo sentimiento hacia tus padres, quienes no te habían educado en una de las profesiones que encajaban con los salones de la Sra. Parker.

Después subías un tramo de escaleras y mirabas el segundo piso trasero a \$8. Convencido por su manera de presentarlo de que valía los \$12 que siempre pagaba el Sr. Toosenberry hasta que se fue a hacerse cargo de la plantación de naranjos de su hermano en Florida, cerca de Palm Beach, donde la Sra. McIntyre siempre pasaba los inviernos que tenían la habitación del frente doble con baño privado, lograbas balbucear que querías algo aún más barato.

Si sobrevivías al desprecio de la Sra. Parker, te llevaban a ver la amplia habitación de Mr. Skinner en el tercer piso. La habitación de Mr. Skinner no estaba desocupada. Escribía obras de teatro y fumaba cigarrillos en ella todo el día. Pero a cada buscador de habitaciones se le hacía visitar su habitación para admirar las lambrequines. Después de cada visita, el Sr. Skidder, a causa del miedo provocado por la posible desalojo, pagaría algo de su alquiler.

Entonces, oh, entonces, si aún estabas de pie sobre un pie, con tu mano caliente agarrando los tres dólares húmedos en tu bolsillo, y proclamabas roncamente tu horrible y culposa pobreza, nunca más la Sra. Parker sería tu cicerone. Tocaría fuertemente el claxon con la palabra "Clara", te mostraría su espalda y bajaría las escaleras. Luego Clara, la criada de color, te llevaría por la escalera alfombrada que servía como cuarto piso, y te mostraría la habitación del lucernario. Ocupaba 7x8 pies de espacio en el suelo en medio del pasillo. A cada lado había un armario oscuro o trastero de madera.

Dentro había una cama de hierro, un lavamanos y una silla. Un estante hacía las veces de tocador.

Sus cuatro paredes desnudas parecían cerrarse sobre ti como los lados de un ataúd. Tu mano se deslizaba hacia tu garganta, jadeabas, mirabas hacia arriba como desde un pozo, y volvías a respirar. A través del cristal del pequeño lucernario veías un cuadrado de infinito azul.

"Dos dólares, señor", decía Clara con su tono medio desdeñoso, medio al estilo de Tuskegee Al.

Un día, la señorita Leeson vino buscando una habitación. Llevaba una máquina de escribir diseñada para ser cargada por una mujer mucho más grande. Era una chica muy pequeña, con ojos y cabello que seguían creciendo después de que ella había dejado de hacerlo y que siempre parecían decir: "Por Dios! Por qué no nos seguiste?".

La Sra. Parker le mostró los salones dobles. "En este armario", dijo, "se podría guardar un esqueleto o un anestésico o carbón".

"Pero ni soy médico ni dentista", dijo la señorita Leeson, con un escalofrío.

La Sra. Parker le dirigió la mirada incrédula, compasiva, burlona, helada que reservaba para aquellos que no calificaban como médicos o dentistas, y la condujo al segundo piso trasero.

"Ocho dólares?", dijo la señorita Leeson. "Dios mío! No soy Hetty aunque lo parezca. Solo soy una pobre jovencita trabajadora. Muéstrame algo más alto y más bajo".

El Sr. Skidder saltó y esparció el suelo con colillas de cigarrillos al golpear su puerta.

"Disculpe, Sr. Skidder", dijo la Sra. Parker, con su sonrisa demoníaca ante su aspecto pálido. "No sabía que estabas aquí. Le pedí a la señorita que echara un vistazo a tus lambrequins".

"Son demasiado encantadores para todo", dijo la señorita Leeson, sonriendo exactamente como lo hacen los ángeles.

Después de que se hubieron ido, el Sr. Skidder se puso muy ocupado borrando a la alta heroína de cabello negro de su última (no producida) obra e insertando a una pequeña y traviesa con cabello brillante y rasgos vivaces.

"Anna Held lo aceptará todo", se dijo el Sr. Skidder a sí mismo, apoyando los pies contra los lambrequins y desapareciendo en una nube de humo como un sepia aéreo.

Pronto el toque de "Clara!" anunció al mundo el estado del monedero de la señorita Leeson. Un goblin oscuro la agarró, subió por una escalera estigia, la empujó en una bóveda con un destello de luz en su parte superior y murmuró las palabras amenazantes y cabalísticas "Dos dólares!".

"La tomaré!" suspiró la señorita Leeson, hundiéndose en la chirriante cama de hierro.

Cada día, la señorita Leeson salía a trabajar. Por la noche, traía consigo papeles con escritura y hacía copias con su máquina de escribir. A veces no tenía trabajo por la noche, y entonces se sentaba en los escalones del alto portal con los otros compañeros de habitación. La señorita Leeson no estaba destinada a una habitación con tragaluz cuando se trazaron los planes para su creación. Era alegre y llena de caprichosas y tiernas fantasías. Una vez dejó que el Sr. Skidder le leyera tres actos de su gran (no publicada) comedia, "No es broma; o, El heredero del metro".

Había regocijo entre los caballeros huéspedes siempre que la señorita Leeson tenía tiempo para sentarse en los escalones durante una hora o dos. Pero la señorita Longnecker, la alta rubia que enseñaba en una escuela pública, decía "Vaya, de verdad!" a todo lo que decías, se sentaba en el escalón superior y olisqueaba. Y la señorita Dorn, que disparaba a los patos en movimiento en Coney Island cada domingo y trabajaba en una tienda por departamentos, se sentaba en el escalón inferior y olisqueaba. La señorita Leeson se sentaba en el escalón medio y los hombres rápidamente se agrupaban a su alrededor.

Especialmente el Sr. Skidder, que la había elegido en su mente para el papel principal en un drama privado, romántico (no hablado) de la vida real. Y especialmente el Sr. Hoover, que tenía cuarenta y cinco años, era gordo, adinerado y tonto. Y especialmente el joven Sr. Evans, que fingía una tos hueca para inducirla a que le pidiera que dejara de fumar.

Los hombres la votaron como "la más divertida y alegre de todas", pero los resoplidos en el escalón superior y el escalón inferior eran implacables.

Ruego que el drama se detenga mientras el Coro avanza hacia las candilejas y deja caer una lágrima épica sobre la gordura del Sr. Hoover. Afinen las flautas con la tragedia de la grasa, el azote del volumen, la calamidad de la corpulencia. Probado, Falstaff podría haber prestado más romance a la ciudad que los raquíuticos costillares de Romeo por onza. Un amante puede suspirar, pero no debe jadear. A la procesión de Momus se les exilia a los hombres gordos. En vano late el corazón más fiel sobre un cinturón de 52 pulgadas. Atrás, Hoover! Hoover, cuarenta y cinco, próspero y tonto, podría conquistar a Helena misma; Hoover, cuarenta y cinco, próspero, tonto y gordo, está condenado. Nunca hubo una oportunidad para ti, Hoover.

Mientras los huéspedes de la Sra. Parker estaban sentados así una tarde de verano, la señorita Leeson miró hacia el firmamento y exclamó con su pequeña risa alegre:

"Mira, allí está Billy Jackson! También puedo verlo desde aquí abajo".

Todos levantaron la vista, algunos mirando por las ventanas de los rascacielos, otros buscando un dirigible guiado por Jackson.

"Es esa estrella", explicó la señorita Leeson, señalando con un dedo pequeño. "No la grande que titila, la azul constante cerca de ella. Puedo verla todas las noches a través de mi tragaluz. La llamé Billy Jackson".

"Vaya, de verdad!" dijo la señorita Longnecker. "No sabía que eras astrónoma, señorita Leeson".

"Oh, sí", dijo la pequeña observadora de estrellas, "sé tanto como cualquiera de ellos sobre el estilo de mangas que van a llevar el próximo otoño en Marte".

"Vaya, de verdad!" dijo la señorita Longnecker. "La estrella a la que te refieres es Gamma, de la constelación de Casiopea. Está casi de segunda magnitud, y su paso por el meridiano es--"

"Oh", dijo el joven Sr. Evans, "creo que Billy Jackson es un nombre mucho mejor para ella".

"Igual aquí", dijo el Sr. Hoover, respirando ruidosamente desafiante a la señorita Longnecker. "Creo que la señorita Leeson tiene tanto derecho a nombrar estrellas como cualquiera de esos viejos astrólogos".

"Vaya, de verdad!" dijo la señorita Longnecker.

"Me pregunto si es una estrella fugaz", comentó la señorita Dorn. "Le di a nueve patos y a un conejo de cada diez en la galería en Coney el domingo".

"No se ve muy bien desde aquí abajo", dijo la señorita Leeson. "Deberías verlo desde mi habitación. Sabes que puedes ver estrellas incluso durante el día desde el fondo de un pozo. Por la noche, mi habitación es como el pozo de una mina de carbón, y hace que Billy Jackson parezca el gran broche de diamantes con el que la Noche sujeta su bata".

Llegó un momento después de eso en el que la señorita Leeson no trajo a casa papeles formidables para copiar. Y cuando salía por la mañana, en lugar de trabajar, iba de oficina en oficina y dejaba que su corazón se derritiera en el goteo de frías negativas transmitidas a través de insolentes mensajeros de oficina. Esto continuó.

Llegó una tarde en la que, cansada, subió la escalinata de la señora Parker a la hora en que siempre regresaba de su cena en el restaurante. Pero no había cenado.

Cuando entró en el vestíbulo, el Sr. Hoover la encontró y aprovechó su oportunidad. Le pidió que se casara con él, y su gordura se cernía sobre ella como una avalancha. Ella esquivó su propuesta y se agarró al pasamanos. Él intentó tomar su mano, y ella la levantó y lo golpeó débilmente en la cara. Paso a paso subió, arrastrándose por la barandilla. Pasó por delante de la puerta del Sr. Skidder mientras él estaba marcando en rojo una indicación escénica para Myrtle Delorme (la señorita Leeson) en su comedia (no aceptada), para "girar en punta de pie a través del escenario de L al lado del Conde". Finalmente, trepó por la escalera alfombrada y abrió la puerta de la habitación del tragaluz.

Estaba demasiado débil para encender la lámpara o para desvestirse. Se dejó caer sobre la cama de hierro, su cuerpo frágil apenas hundiendo los muelles gastados. Y en ese Erebus de la habitación del tragaluz, levantó lentamente los pesados párpados y sonrió.

Porque Billy Jackson brillaba sobre ella, tranquilo y brillante y constante a través del tragaluz. No había mundo a su alrededor. Estaba hundida en un pozo de oscuridad, con solo ese pequeño cuadrado de luz pálida enmarcando la estrella que había nombrado de forma caprichosa e ineficaz. La señorita Longnecker debía tener razón; era Gamma, de la constelación de Casiopea, y no Billy Jackson. Y sin embargo, no podía dejar que fuera Gamma.

Mientras estaba acostada boca arriba, intentó levantar el brazo dos veces. La tercera vez logró llevar dos dedos delgados a sus labios y le envió un beso desde el pozo negro a Billy Jackson. Su brazo cayó débilmente.

"Adiós, Billy", murmuró débilmente. "Estás a millones de millas de distancia y ni siquiera titilarás una vez. Pero te mantuviste donde podía verte la mayor parte del tiempo allá arriba cuando no había nada más que oscuridad para mirar, verdad?... Millones de millas... Adiós, Billy Jackson".

Clara, la criada de color, encontró la puerta cerrada con llave a las 10 del día siguiente, y la forzaron a abrirla. El vinagre, los golpes en las muñecas y las plumas quemadas resultaron inútiles, así que alguien corrió a llamar a una ambulancia.

En su momento, la ambulancia llegó y retrocedió hasta la puerta con mucho tintineo de campana, y el joven médico capacitado, con su bata de lino blanco, listo, activo, seguro, con su rostro suave medio arrogante, medio sombrío, subió las escaleras.

"Llamada de ambulancia al 49", dijo brevemente. "Cuál es el problema?"

"Oh, sí, doctor", sollozó la señora Parker, como si su preocupación por que hubiera problemas en la casa fuera mayor. "No puedo entender qué le pasa. Nada de lo que hicimos logró hacerla reaccionar. Es una joven, una tal Señorita Elsie... sí, una Señorita Elsie Leeson. Nunca antes en mi casa--"

"En qué habitación?" gritó el doctor con una voz terrible, a la que la señora Parker era ajena.

"La habitación del tragaluz. Es--"

Evidentemente, el médico de la ambulancia estaba familiarizado con la ubicación de las habitaciones del tragaluz. Subió las escaleras, cuatro a la vez. La señora Parker lo siguió lentamente, como su dignidad exigía.

En el primer rellano se encontró con él regresando llevando a la astrónoma en sus brazos. Se detuvo y dejó escapar el afilado escalpelo de su lengua entrenada, no muy alto. Gradualmente, la señora Parker se desmoronó como una prenda rígida que se deslizaba de un clavo. Desde entonces, quedaron pliegues en su mente y cuerpo.

A veces, sus curiosas compañeras de habitación le preguntaban qué le había dicho el médico.

"Dejen eso estar", respondería ella. "Si puedo obtener el perdón por haberlo escuchado, estaré satisfecha."

El médico de la ambulancia avanzó con su carga entre la multitud de curiosos que seguían el rastro de la curiosidad, e incluso ellos retrocedieron por la acera avergonzados, porque su rostro era el de alguien que lleva su propia muerte.

Notaron que no depositó sobre la cama preparada en la ambulancia la forma que llevaba, y todo lo que dijo fue: "Conduce como el infierno, Wilson!", al conductor.

Eso es todo. Es una historia? En el periódico de la mañana siguiente vi un pequeño artículo de noticias, y la última frase del mismo puede ayudarte (como me ayudó a mí) a unir los incidentes.

Relataba la recepción en el Hospital Bellevue de una joven que había sido trasladada desde el número 49 de la calle Este, sufriendo debilidad inducida por la inanición. Concluía con estas palabras:

"El Dr. William Jackson, el médico de la ambulancia que atendió el caso, dice que la paciente se recuperará".

El Servicio del Amor

CUANDO UNO AMA SU ARTE, ningún servicio parece demasiado difícil. Esa es nuestra premisa. Esta historia sacará una conclusión de ello, y al mismo tiempo mostrará que la premisa es incorrecta. Eso será algo nuevo en lógica y un logro en la narración de historias algo más antiguo que la gran muralla china.

Joe Larrabee salió de los llanos de roble rojo del Medio Oeste pulsando con un genio para el arte pictórico. A los seis años dibujó un cuadro de la bomba de agua del pueblo con un ciudadano prominente pasando junto a ella apresuradamente. Este esfuerzo fue enmarcado y colgado en la ventana de la farmacia junto al elote con un número impar de hileras. A los veinte años se fue a Nueva York con una corbata de lazo y un capital atado un poco más ajustado.

Delia Caruthers hizo cosas en seis octavas tan prometedoras en un pueblo de pinos en el Sur que sus familiares reunieron suficiente dinero en su sombrero de paja para que pudiera ir al "Norte" y "terminar". Ellos no podían ver su f--, pero esa es nuestra historia.

Joe y Delia se conocieron en un taller donde se habían reunido varios estudiantes de arte y música para discutir claroscuro, Wagner, música, obras de Rembrandt, pinturas, Waldteufel, papel tapiz, Chopin y té oolong. Joe y Delia se enamoraron el uno del otro, o el uno del otro, según lo prefiera, y en poco tiempo se casaron, porque (ver arriba), cuando uno ama su arte, ningún servicio parece demasiado difícil.

El Sr. y la Sra. Larrabee comenzaron a vivir juntos en un apartamento. Era un apartamento solitario, algo así como la A sostenido en el extremo izquierdo del teclado. Y eran felices; porque tenían su arte, y tenían el uno al otro. Y mi consejo para el joven rico sería: vende todo lo que tienes y dáselo al pobre--el conserje por el privilegio de vivir en un apartamento con tu arte y tu Delia.

Los habitantes de apartamentos respaldarán mi dictamen de que la suya es la única verdadera felicidad. Si un hogar es feliz, no puede ser demasiado estrecho--que el aparador se convierta en una mesa de billar; que la repisa se convierta en una máquina de remo, el escritorio en una habitación de repuesto, el lavamanos en un piano vertical; que las cuatro paredes se unan, si quieren, siempre que tú y tu Delia estén entre ellas.

Pero si el hogar es del otro tipo, que sea amplio y largo: entra por la Puerta Dorada, cuelga tu sombrero en Hatteras, tu capa en Cabo de Hornos y sal por Labrador.

Joe estaba pintando en la clase del gran Magister, conoces su fama. Sus honorarios son altos; sus lecciones son ligeras; sus toques de luz lo han hecho famoso. Delia estaba estudiando bajo Rosenstock, conoces su reputación como perturbador de las teclas del piano.

Eran muy felices mientras les duraba el dinero. Pero no seré cínico. Sus objetivos eran muy claros y definidos. Joe debía ser capaz muy pronto de producir cuadros que ancianos con patillas delgadas y billeteras gruesas se agolparían en su estudio para tener el privilegio de comprar. Delia debía familiarizarse y luego despreciar la música, para que cuando viera que los asientos de la orquesta y los palcos no se vendían, pudiera tener dolor de garganta y langosta en un comedor privado y negarse a subir al escenario.

Pero lo mejor, en mi opinión, era la vida hogareña en el pequeño apartamento: las conversaciones ardientes y volubles después del estudio del día; las cenas acogedoras y los desayunos frescos y ligeros; el intercambio de ambiciones, ambiciones entrelazadas entre sí o de lo contrario insignificantes; la ayuda y la inspiración mutuas; y, perdona mi ingenuidad, las aceitunas rellenas y los sándwiches de queso a las 11 p.m.

Pero después de un tiempo, el arte decayó. A veces lo hace, incluso si algún guardaagujas no lo detiene. Todo sale y nada entra, como dicen los vulgares. Faltaba dinero para pagar los precios del Sr. Magíster y del Sr. Rosenstock. Cuando uno ama su arte, ningún servicio parece demasiado difícil. Entonces, Delia dijo que debía dar clases de música para mantener la cacerola burbujeante.

Durante dos o tres días, salió a buscar alumnos. Una noche, regresó a casa eufórica.

"Joe, cariño", dijo, alegremente, "soy una alumna. Y, oh, las personas más encantadoras! La hija del General A. B. Pinkney, en la calle Setenta y Uno. Qué casa tan espléndida, Joe! Deberías ver la puerta principal. Creo que la llamarías bizantina. Y por dentro, oh, Joe, nunca vi nada igual antes!

"Mi alumna es su hija Clementina. Ya la adoro. Es una cosa delicada, siempre vestida de blanco; y los modales más dulces y sencillos! Solo tiene dieciocho años. Debo dar tres clases a la semana; y, solo piensa, Joe! \$5 por clase. No me importa en absoluto; porque cuando consiga dos o tres alumnos más, podré reanudar mis clases con el Sr. Rosenstock. Ahora, alisa esa arruga entre tus cejas, querido, y vamos a tener una buena cena".

"Eso está bien para ti, Delia", dijo Joe, atacando una lata de guisantes con un cuchillo de trinchar y un hacha, "pero ¿qué hay de mí? Crees que voy a permitir que tú te esfuerces por un salario mientras yo flirteo en las regiones del alto arte? Ni por los huesos de Benvenuto Cellini! Supongo que puedo vender periódicos o colocar adoquines y ganar uno o dos dólares".

Delia se acercó y se colgó de su cuello.

"Joe, querido, eres tonto. Debes seguir con tus estudios. No es como si hubiera dejado mi música y me hubiera puesto a trabajar en algo más. Mientras enseñe, aprendo. Siempre estoy con mi música. Y podemos vivir tan felices como millonarios con \$15 a la semana. No debes pensar en dejar al Sr. Magister".

"Está bien", dijo Joe, alcanzando el plato de verduras azul con borde festoneado. "Pero odio que des clases. No es Arte. Pero eres un as y un querido por hacerlo".

"Cuando uno ama su Arte, ningún servicio parece demasiado difícil", dijo Delia.

"Magister elogió el cielo en ese boceto que hice en el parque", dijo Joe. "Y Tinkle me dio permiso para colgar dos de ellos en su ventana. Puede que venda uno si el tipo correcto de idiota adinerado los ve".

"Estoy segura de que lo harás", dijo Delia, dulcemente. "Y ahora, seamos agradecidos por el General Pinkney y este asado de ternera".

Durante toda la semana siguiente, los Larrabees desayunaron temprano. Joe estaba entusiasmado con algunos bocetos del efecto de la mañana que estaba haciendo en Central Park, y Delia lo envió al desayuno, mimado, elogiado y besado a las 7 de la mañana. El Arte es una amante cautivadora. La mayoría de las veces era las 7 en punto cuando regresaba por la noche.

Al final de la semana, Delia, dulcemente orgullosa pero lánguida, lanzó triunfalmente tres billetes de cinco dólares sobre la mesa central de 8x10 (pulgadas) del salón de 8x10 (pies) del apartamento.

"A veces", dijo, un poco cansada, "Clementina me pone a prueba. Me temo que no practica lo suficiente, y tengo que decirle las mismas cosas tantas veces. Y luego siempre se viste completamente de blanco, y eso se vuelve monótono. Pero el General Pinkney es el hombre más encantador! Ojalá pudieras conocerlo, Joe. A veces entra cuando estoy con Clementina en el piano, él es viudo, ya sabes, y se queda parado allí tirando de su barba blanca. 'Y cómo van progresando las semifusas y las semifusas dobles?' siempre pregunta.

"Ojalá pudieras ver el lambrín en esa sala de dibujo, Joe! Y esos cortinajes de alfombra de Astracán. Y Clementina tiene una tos un poco extraña. Espero que sea más fuerte de lo que parece. Oh, realmente me estoy encariñando con ella, es tan gentil y de alta cuna. El hermano del General Pinkney fue una vez Ministro en Bolivia."

Y entonces Joe, con el aire de un Monte Cristo, sacó un billete de diez, uno de cinco, uno de dos y uno de uno, todos billetes de curso legal, y los puso junto a las ganancias de Delia.

"He vendido ese acuarela del obelisco a un hombre de Peoria", anunció abrumadoramente.

"No bromees conmigo", dijo Delia, "no de Peoria!"

"Desde allí. Ojalá pudieras verlo, Dele. Hombre gordo con una bufanda de lana y un palillo de dientes de pluma. Al principio pensó que el boceto en la ventana de Tinkle era un molino de viento, pero se animó y lo compró de todos modos. Encargó otro! Un boceto al óleo de la estación de carga de Lackawanna, para llevarlo consigo. Lecciones de música! Oh, supongo que el Arte todavía tiene su lugar."

"Estoy tan contenta de que hayas seguido adelante", dijo Delia, sinceramente. "Estás destinado a triunfar, querido. Treinta y tres dólares! Nunca antes habíamos tenido tanto para gastar. Tendremos ostras esta noche".

"Y filete mignon con champiñones", dijo Joe. "Dónde está el tenedor para aceitunas?"

El próximo sábado por la noche, Joe llegó a casa primero. Extendió sus \$18 sobre la mesa del salón y se lavó lo que parecía ser mucha pintura oscura de sus manos.

Media hora después, llegó Delia, con su mano derecha envuelta en un montón de vendajes y envolturas.

"Qué es esto?" preguntó Joe después de los saludos habituales. Delia rió, pero no muy alegremente.

"Clementina", explicó, "insistió en comer un Welsh rabbit después de su lección. Es una chica tan extraña. Welsh rabbits a las 5 de la tarde. El General estaba allí. Deberías haberlo visto correr por el calentaplatos, Joe, como si no hubiera ningún criado en la casa. Sé que Clementina no está bien de salud; está muy nerviosa. Al servir el rabbit, derramó una gran cantidad de él, hirviendo, sobre mi mano y muñeca. Me dolió muchísimo, Joe. Y la querida chica estaba tan arrepentida! Pero el General Pinkney! Joe, ese anciano casi se vuelve loco! Bajó corriendo las escaleras y envió a alguien, dijeron que al hombre del horno o a alguien en el sótano, a una farmacia por aceite y cosas para vendármelo. Ahora ya no duele tanto".

"Qué es esto?" preguntó Joe, tomando la mano con ternura y tirando de algunos hilos blancos debajo de los vendajes.

"Es algo suave", dijo Delia, "que tenía aceite. Oh, Joe, vendiste otro boceto?" Había visto el dinero sobre la mesa.

"Lo hice?", dijo Joe; "pregúntale al hombre de Peoria. Hoy recibió su estación, y no está seguro pero cree que quiere otro paisaje urbano y una vista del Hudson. A qué hora de esta tarde te quemaste la mano, Dele?"

"A las cinco, creo," dijo Dele, plañideramente. "La plancha... quiero decir, el conejo se sacó del fuego alrededor de esa hora. Deberías haber visto al General Pinkney, Joe, cuando..."

"Siéntate aquí un momento, Dele," dijo Joe. La atrajo hacia el sofá, se sentó a su lado y pasó su brazo por sus hombros. "Qué has estado haciendo en las últimas dos semanas, Dele?", preguntó.

Ella lo enfrentó por un momento o dos con un ojo lleno de amor y terquedad, y murmuró un par de frases vagamente sobre el General Pinkney; pero al final bajó la cabeza y salió la verdad y las lágrimas.

"No pude conseguir ningún alumno", confesó. "Y no podía soportar que dejaras tus lecciones; así que conseguí un trabajo planchando camisas en esa gran lavandería de la Calle Veinticuatro. Y creo que me fue bastante bien inventándome tanto al General Pinkney como a Clementina, no crees, Joe? Y cuando una chica de la lavandería dejó caer una plancha caliente en mi mano esta tarde, todo el camino a casa estuve inventando esa historia sobre el conejo galés. No estás enojado, verdad, Joe? Y si no hubiera conseguido el trabajo, tal vez no habrías vendido tus bocetos a ese hombre de Peoria."

"No era de Peoria", dijo Joe, lentamente.

"Bueno, no importa de dónde era. Qué ingenioso eres, Joe... y... bésame, Joe... y qué te hizo sospechar que no estaba dando clases de música a Clementina?"

"No lo hice", dijo Joe, "hasta esta noche. Y ni siquiera lo habría pensado entonces, solo que esta tarde envié este algodón y aceite de la sala de máquinas a una chica del piso de arriba que se había quemado la mano con una plancha. He estado encendiendo la caldera en esa lavandería durante las últimas dos semanas."

"Y entonces tú no--"

"Mi comprador de Peoria", dijo Joe, "y el General Pinkney son ambas creaciones del mismo arte, pero no lo llamarías ni pintura ni música.

Y entonces ambos rieron, y Joe comenzó:

"Cuando uno ama su Arte ningún servicio parece--"

Pero Delia lo detuvo con su mano en sus labios. "No", dijo ella, "solo 'Cuando uno ama'".

VI

La salida de Maggie

CADA SÁBADO POR LA NOCHE, el Club Social Trébol daba un baile en el salón de la Asociación Atlética Dar y Tomar en el lado este. Para asistir a uno de estos bailes, debías ser miembro de Dar y Tomar, o, si pertenecías a la división que comenzaba con el pie derecho en el vals, debías trabajar en la fábrica de cajas de papel de Rhinegold. Aún así, cualquier miembro del Trébol estaba autorizado a acompañar o ser acompañado por un forastero a un solo baile. Pero en su mayoría, cada miembro de Dar y Tomar llevaba a la chica de la caja de papel que le gustaba; y pocos extraños podían presumir de haber sacudido el pie en los bailes regulares.

Maggie Toole, debido a sus ojos apagados, boca ancha y estilo de baile zurdo en los dos tiempos, iba a los bailes con Anna McCarty y su "novio". Anna y Maggie trabajaban juntas en la fábrica y eran las mejores amigas. Así que Anna siempre hacía que Jimmy Burns la llevara a la casa de Maggie cada sábado por la noche para que su amiga pudiera ir al baile con ellas.

La Asociación Atlética Dar y Tomar cumplía con su nombre. El salón de la asociación en la calle Orchard estaba equipado con inventos para fortalecer los músculos. Con las fibras así construidas, los miembros solían enfrentarse a la policía y a otras organizaciones sociales y atléticas en alegres combates. Entre estas ocupaciones más serias, el baile del sábado por la noche con las chicas de la fábrica de cajas de papel venía como una influencia refinadora y como una pantalla eficiente. A veces, la propina se repartía, y si estabas entre los elegidos que subían de puntillas por la oscura escalera trasera, podrías presenciar un pequeño combate de peso wélter tan ordenado y satisfactorio como nunca sucedió dentro de las cuerdas.

Los sábados, la fábrica de cajas de papel de Rhinegold cerraba a las 3 p.m. En una tarde así, Anna y Maggie caminaban juntas de regreso a casa. En la puerta de Maggie, Anna dijo, como de costumbre: "Estarás lista a las siete en punto, Mag; y Jimmy y él pasarán por ti".

Pero, qué era esto? En lugar de los habituales agradecimientos humildes y agradecidos de quien no era acompañado, se podía percibir una cabeza erguida, un orgulloso hundimiento en las comisuras de una boca ancha y casi un destello en un ojo marrón opaco.

"Gracias, Anna", dijo Maggie; "pero tú y Jimmy no necesitan molestarse esta noche. Tengo un amigo caballero que vendrá a acompañarme a la fábrica."

La bella Anna se abalanzó sobre su amiga, la sacudió, la reprendió y le suplicó. Maggie Toole consiguió un compañero? Maggie, sencilla, querida, leal, poco atractiva, tan dulce como amiga, tan poco solicitada para un dos pasos o un banco iluminado por la luna en el pequeño parque. Cómo fue? Cuándo sucedió? Quién fue?

"Lo verás esta noche", dijo Maggie, sonrojada por el vino de las primeras uvas que había cosechado en el viñedo de Cupido. "Es genial, eso seguro. Es dos pulgadas más alto que Jimmy, y viste muy a la moda. Te lo presentaré, Anna, tan pronto como lleguemos al salón."

Anna y Jimmy fueron de los primeros miembros del Trébol en llegar esa noche. Los ojos de Anna estaban fijos y brillantes en la puerta del salón para captar el primer vistazo del "logro" de su amiga.

A las 8:30 la señorita Toole entró en el salón con su acompañante. Rápidamente, su ojo triunfante descubrió a su amiga bajo el ala de su fiel Jimmy.

"Oh, vaya!", exclamó Anna, "Mag no ha triunfado, oh, no! Hola, amigo? vaya, creo que sí! Estilo? Míralo".

"Ve tan lejos como quieras", dijo Jimmy, con aspereza en su voz. "Cópialo si lo deseas. Estos tipos nuevos siempre salen adelante con el grupo. No me hagas caso. Supongo que él no exprime todos los limones. Ja!"

"Cállate, Jimmy. Sabes a lo que me refiero. Me alegro por Mag. Es el primer chico que tiene. Oh, aquí vienen."

A través del piso, Maggie navegaba como un yate coqueto, escoltado por un crucero majestuoso. Y verdaderamente, su compañero justificaba los elogios de la fiel amiga. Era dos pulgadas más alto que el atleta promedio de Give and Take; su pelo oscuro se rizaba; sus ojos y sus dientes destellaban cada vez que brindaba sus frecuentes sonrisas. Los jóvenes del Club Trébol no confiaban tanto en los encantos de la persona como lo hacían en su destreza, sus logros en conflictos mano a mano y su preservación de la presión legal que constantemente la amenazaba. El miembro de la asociación que quisiera ligar a una doncella de caja de papel a su carro triunfador despreciaba el empleo de aires de Beau Brummel. No se consideraban métodos honorables de guerra. Los bíceps hinchados, el abrigo apretando sus botones sobre el pecho, el aire de convicción consciente de la supremacía del hombre en la cosmogonía de la creación, incluso una exhibición tranquila de piernas arqueadas como agentes sometedores y encantadores en los gentiles torneos de Cupido, estos eran los brazos y municiones aprobados de los galanes de Clover Leaf. Entonces, contemplaban genuflexiones y poses seductoras de este visitante con sus mentones en un ángulo nuevo.

"Un amigo mío, el Sr. Terry O'Sullivan," fue la fórmula de introducción de Maggie. Lo llevó alrededor de la sala, presentándolo a cada nuevo Clover Leaf que llegaba. Ella era casi bonita ahora, con la luminosidad única en sus ojos que llega a una chica con su primer pretendiente y a un gatito con su primer ratón.

"Maggie Toole finalmente tiene un chico!", fue la palabra que se extendió entre las chicas de la caja de papel. "Observa al supervisor de piso de Mag", así expresaban su indiferente desprecio los Give and Takes. Por lo general, en los bailes semanales, Maggie mantenía un lugar en la pared caliente con su espalda. Sentía y mostraba tanta gratitud siempre que un compañero sacrificado la invitaba a bailar, que su placer se abarataba y disminuía. Incluso había llegado a acostumbrarse a notar cómo Anna empujaba

con el codo al reacio Jimmy como una señal para que él invitara a su amiga a pasar por encima de sus pies en un dos pasos.

Pero esta noche la calabaza se había convertido en un carruaje con seis caballos. Terry O'Sullivan era un príncipe encantador victorioso, y Maggie Toole ganó su primer vuelo de mariposa. Y aunque nuestras metáforas de la tierra de las hadas se mezclen con las de la entomología, no derramarán ni una gota de ambrosía de la melodía coronada de rosas de la única noche perfecta de Maggie.

Las chicas la asediaron para que las presentara a su "chico". Los jóvenes del Club Trébol, después de dos años de ceguera, de repente percibieron encantos en la señorita Toole. Flexionaron sus músculos convincentes ante ella y la pidieron para bailar.

Así que ella marcó puntos; pero para Terry O'Sullivan los honores de la noche cayeron espesos y rápidos. Sacudió sus rizos; sonrió y pasó fácilmente por los siete movimientos para adquirir gracia en tu propia habitación frente a una ventana abierta durante diez minutos cada día. Bailó como un abanico; introdujo manera y estilo y atmósfera; sus palabras fluían ágilmente de su lengua, y —bailó dos veces seguidas con la chica de la caja de papel que Dempsey Donovan trajo.

Dempsey era el líder de la asociación. Vestía un traje de etiqueta y podía hacer dominadas en la barra dos veces con una mano. Era uno de los lugartenientes de "Big Mike" O'Sullivan y nunca tenía problemas. Ningún policía se atrevía a arrestarlo. Siempre que le rompía la cabeza a un hombre de los carros de venta ambulante o disparaba a un miembro de la Asociación Literaria y Recreativa Heinrich B. Sweeney en la rodilla, un oficial pasaba por allí y decía:

"El capitán te gustaría verte unos minutos en la oficina cuando tengas tiempo, Dempsey, chico."

Pero habría varios caballeros allí con grandes cadenas de oro para reloj de bolsillo y puros negros; y alguien contaría una historia graciosa, y luego Dempsey volvería y trabajaría media hora con las mancuernas de seis libras. Así que hacer un acto de equilibrio en una cuerda extendida sobre el Niágara era una actuación terpsicoreana segura en comparación con bailar dos veces con la chica de la caja de papel de Dempsey Donovan. A las 10 en punto, la redonda y alegre cara de "Big Mike" O'Sullivan brillaba en la puerta durante cinco minutos sobre la escena. Siempre miraba durante cinco minutos, sonreía a las chicas y repartía puros reales perfectos a los chicos encantados. Dempsey Donovan estaba a su lado al instante, hablando rápidamente.

"Big Mike" miró cuidadosamente a los bailarines, sonrió, negó con la cabeza y se marchó. La música se detuvo. Los bailarines se dispersaron hacia las sillas a lo largo de las paredes. Terry O'Sullivan, con su encantadora reverencia, entregó a una bonita chica de azul a su pareja y comenzó a buscar a Maggie. Dempsey lo interceptó en medio del piso.

Un fino instinto que Roma debe habernos legado hizo que casi todos se volvieran para mirarlos; había un sentimiento sutil de que dos gladiadores se habían encontrado en la arena. Dos o tres miembros de Give and Take con mangas de abrigo ajustadas se acercaron.

"Un momento, Sr. O'Sullivan", dijo Dempsey. "Espero que esté disfrutando. Dónde dijo que vive?"

Los dos gladiadores estaban bien emparejados. Dempsey tenía, quizás, diez libras de peso para dar. O'Sullivan tenía amplitud con rapidez. Dempsey tenía un ojo glacial, una boca dominante y una mandíbula indestructible, una tez como la de una bella y la calma de un campeón. El visitante mostraba más fuego en su desprecio y menos control sobre su mueca conspicua. Eran enemigos por la ley escrita cuando las rocas estaban fundidas. Eran cada uno demasiado espléndidos, demasiado poderosos, demasiado incomparables para dividir la preeminencia. Solo uno debía sobrevivir.

"Vivo en Grand", dijo O'Sullivan, insolentemente, "y no hay problema para encontrarme en casa. Dónde vive usted?"

Dempsey ignoró la pregunta.

"Dices que tu nombre es O'Sullivan", continuó. "Bueno, 'Big Mike' dice que nunca te ha visto antes."

"Hay muchas cosas que nunca ha visto", dijo el favorito de la tienda. "Como regla general", continuó Dempsey, con dulzura ronca, "los O'Sullivan en este distrito se conocen entre sí. Usted escoltó a una de nuestras miembros aquí, y queremos una oportunidad para demostrarlo. Si tienes un árbol genealógico, dejemos que algunos brotes históricos de O'Sullivan salgan de él. O quieres que lo saquemos de ti por las raíces?"

"Supongo que deberías ocuparte de tus propios asuntos", sugirió O'Sullivan, con amabilidad.

Los ojos de Dempsey se iluminaron. Levantó un dedo inspirado como si una brillante idea le hubiera golpeado.

"Lo tengo ahora", dijo cordialmente. "Fue solo un pequeño error. No eres ningún O'Sullivan. Eres un mono de cola enroscada. Disculpe por no reconocerte al principio". Los ojos de O'Sullivan destellaron. Hizo un movimiento rápido, pero Andy Geoghan estaba listo y le agarró el brazo. Dempsey asintió a Andy y William McMahan, el secretario del club, y caminó rápidamente hacia una puerta en la parte trasera del salón. Dos miembros más de la Asociación Give and Take se unieron rápidamente al pequeño grupo. Terry O'Sullivan estaba ahora en manos de la Junta de Reglas y Árbitros Sociales. Le hablaron brevemente y con suavidad, y lo condujeron hacia afuera por la misma puerta trasera.

Este movimiento por parte de los miembros de Clover Leaf requiere una explicación. Detrás del salón de la asociación había una sala más pequeña alquilada por el club. En esta habitación se resolvían las dificultades personales que surgían en la pista de baile, hombre a hombre, con las armas de la naturaleza, bajo la supervisión de la junta directiva. Ninguna dama podía decir que había presenciado una pelea en un baile de Clover Leaf en varios años. Sus miembros caballeros lo garantizaban.

Tan fácil y suavemente habían hecho Dempsey y la junta su trabajo preliminar que muchos en el salón no habían notado la interrupción del triunfo social del fascinante O'Sullivan. Entre ellos estaba Maggie. Buscó a su acompañante.

"Apúrate!" dijo Rose Cassidy. "No estabas viendo? Demp Donovan se peleó con tu chico Lizzie, y se fueron a la sala de la pelea con él. Cómo me queda el pelo así, Mag?"

Maggie puso una mano en el pecho de su blusa de muselina.

"Fue a pelear con Dempsey!" dijo, sin aliento. "Tienen que detenerlos. Dempsey Donovan no puede pelear con él. Porque, él... él lo matará!"

"Ah, qué te importa?" dijo Rosa. "No se pelean algunos en cada baile?"

Pero Maggie salió corriendo, abriéndose camino a través del laberinto de bailarines. Atravesó la puerta trasera hacia el oscuro pasillo y luego empujó con su hombro contra la puerta de la habitación de combate singular. Cedieron, y en el instante en que entró, su ojo captó la escena: la Junta parada con relojes abiertos; Dempsey Donovan en mangas de camisa, bailando ligero de pies con la gracia cautelosa del pugilista moderno, al alcance fácil de su adversario; Terry O'Sullivan con los brazos cruzados y una mirada asesina en sus oscuros ojos. Y sin disminuir la velocidad de su entrada, saltó hacia adelante con un grito, alcanzando y aferrándose al brazo de O'Sullivan que se alzaba repentinamente, y arrebatando de él el largo y brillante estilete que había sacado de su pecho.

La daga cayó y sonó en el suelo. Acero frío desenfundado en las salas de la Asociación Give and Take! Algo así nunca había sucedido antes! Todos permanecieron inmóviles durante un minuto. Andy Geoghan pateó el estilete con la punta de su zapato, curiosamente, como un anticuario que ha encontrado alguna arma antigua desconocida para su aprendizaje.

Y entonces O'Sullivan susurró algo ininteligible entre sus dientes. Dempsey y la junta se intercambiaron miradas. Y luego Dempsey miró a O'Sullivan sin enojo, como se mira a un perro callejero, y asintió con la cabeza en dirección a la puerta.

"Las escaleras de atrás, Giuseppe", dijo, brevemente. "Alguien te tirará tu sombrero después de ti".

Maggie se acercó a Dempsey Donovan. Había un brillante punto rojo en sus mejillas, por donde corrían lágrimas lentas. Pero lo miró valientemente a los ojos.

"Lo sabía, Dempsey", dijo, mientras sus ojos se volvían opacos incluso en sus lágrimas. "Sabía que era un italiano. Su nombre es Tony Spinelli. Corrí cuando me dijeron que tú y él estaban peleando. Los italianos siempre llevan cuchillos. Pero no entiendes, Dempsey. Nunca tuve un chico en mi vida. Me cansé de venir con Anna y Jimmy todas las noches, así que arreglé con él que se hiciera llamar O'Sullivan y lo traje. Sabía que no habría nada para él si venía como un italiano. Supongo que renunciaré al club ahora".

Dempsey se volvió hacia Andy Geoghan.

"Tira ese rebanador de queso por la ventana", dijo, "y diles adentro que el Sr. O'Sullivan ha recibido un mensaje telefónico para ir a la Sala Tammany".

Y luego se volvió hacia Maggie.

"Oye, Mag", dijo, "te acompañaré a casa. Y qué tal el próximo sábado por la noche? Vendrás a la tienda conmigo si paso a buscarte?"

Era notable lo rápido que los ojos de Maggie podían pasar de opacos a un marrón brillante.

"Contigo, Dempsey?" balbuceó. "Dime, nadaría un pato?"

VII

El Policía y el Himno

EN SU BANCO EN MADISON SQUARE, Soapy se movía inquieto. Cuando los gansos salvajes graznan alto por las noches, y cuando las mujeres sin abrigo de piel de foca se vuelven amables con sus maridos, y cuando Soapy se mueve inquieto en su banco en el parque, puedes saber que el invierno está cerca.

Una hoja muerta cayó en el regazo de Soapy. Esa era la tarjeta de Jack Frost. Jack es amable con los habitantes regulares de Madison Square, y da una advertencia justa de su visita anual. En las esquinas de cuatro calles entrega su cartón al Viento del Norte, lacayo de la mansión de Todo al Aire Libre, para que los habitantes de la misma puedan prepararse.

La mente de Soapy se dio cuenta de que había llegado el momento de que él se convirtiera en un singular Comité de Medios y Modos para proveerse contra el rigor venidero. Y por lo tanto, se movió inquieto en su banco.

Las ambiciones hibernales de Soapy no eran de las más altas. En ellas no había consideraciones de cruceros por el Mediterráneo, de cielos somnolientos del Sur que flotan en la Bahía de Vesubio. Tres meses en la Isla era lo que su alma anhelaba. Tres meses de comida y alojamiento asegurados y compañía amigable, a salvo de Boreas y los policías, parecían ser la esencia de las cosas deseables.

Durante años, los hospitalarios Blackwell habían sido su residencia de invierno. Así como sus compatriotas neoyorquinos más afortunados compraban sus boletos para Palm Beach y la Riviera cada invierno, Soapy había hecho sus humildes arreglos para su peregrinación anual a la Isla. Y ahora había llegado el momento. En la noche anterior, tres periódicos de sábado, distribuidos bajo su abrigo, alrededor de sus tobillos y sobre su regazo, no habían logrado repeler el frío mientras dormía en su banco cerca de la fuente que brotaba en la antigua plaza. Así que la Isla aparecía grande y oportuna en la mente de Soapy. Despreciaba las provisiones hechas en nombre de la caridad para los dependientes de la ciudad. En opinión de Soapy, la Ley era más benigna que la Filantropía. Había un sinnúmero de instituciones, municipales y elementales, a las que podía acudir y recibir alojamiento y comida de acuerdo con la vida sencilla. Pero para uno de los espíritus orgullosos de Soapy, los regalos de caridad estaban encadenados. Si no era en moneda, debías pagar con la humillación del espíritu por cada beneficio recibido de manos de la filantropía. Como César tenía su Bruto, cada cama de caridad debía tener su tributo de un baño, cada hogaza de pan su compensación de una inquisición privada y personal. Por lo tanto, era mejor ser un huésped de la ley, que aunque se conducía por reglas, no se entrometía demasiado en los asuntos privados de un caballero. Soapy, habiendo decidido ir a la Isla, se dispuso inmediatamente a lograr su deseo. Había muchas maneras fáciles de hacer esto. La más agradable era cenar lujosamente en algún restaurante caro; y luego, después de declarar su insolvencia, ser entregado tranquilamente y sin alboroto a un policía. Un magistrado complaciente haría el resto.

Soapy dejó su banco y paseó fuera de la plaza y a través del nivel mar de asfalto, donde Broadway y la Quinta Avenida se fusionan. Subió por Broadway y se detuvo en un café reluciente, donde cada noche se reúnen los mejores productos de la uva, el gusano de seda y el protoplasma. Soapy tenía confianza en sí mismo desde el botón más bajo de su chaleco hacia arriba. Estaba afeitado, y su abrigo era decente y su corbata negra, lista y atada de antemano, le había sido regalada por una misionera en el Día de Acción de Gracias. Si podía llegar a una mesa en el restaurante sin ser descubierto, el éxito sería suyo. La parte de él que se vería por encima de la mesa no despertaría dudas en la mente del camarero. Un pato asado al estilo mallard, pensó Soapy, sería lo adecuado, con una botella de Chablis, y luego Camembert, un demi-tasse y un cigarro. Un dólar por el cigarro sería suficiente. El total no sería tan alto como para provocar ninguna manifestación suprema de venganza por parte de la gerencia del café; y sin embargo, la comida lo dejaría lleno y feliz para el viaje a su refugio invernal. Pero cuando Soapy puso un pie dentro de la puerta del restaurante, el ojo del jefe de camareros cayó sobre sus pantalones raídos y sus zapatos decadentes. Manos fuertes y listas lo voltearon y lo llevaron en silencio y prisa a la acera y evitaron el destino ignominioso del amenazado pato. Soapy se apartó de Broadway. Parecía que su ruta hacia la isla codiciada no iba a ser una epicúrea. Debía pensarse en otro modo de entrar en el limbo. En una esquina de la Sexta Avenida, las luces eléctricas y los productos astutamente exhibidos detrás de cristal hicieron destacar una vitrina. Soapy tomó un adoquín y lo lanzó a través del cristal. La gente comenzó a correr alrededor de la esquina, un policía a la cabeza. Soapy se quedó quieto, con las manos en los bolsillos, y sonrió al ver los botones de latón.

"Dónde está el hombre que hizo eso?" preguntó el oficial emocionado.

"No piensas que podría haber tenido algo que ver con eso?" dijo Soapy, no sin sarcasmo, pero amigable, como se saluda a la buena fortuna.

La mente del policía se negaba a aceptar a Soapy ni siquiera como una pista. Los hombres que rompen ventanas no se quedan a parlamentar con los esbirros de la ley. Se dan a la fuga. El policía vio a un hombre a medio camino de la cuadra corriendo para alcanzar un coche.

Guardando su porra, se unió a la persecución. Soapy, con disgusto en su corazón, vagó a lo largo, dos veces sin éxito.

Al otro lado de la calle había un restaurante de no muchas pretensiones. Atendía a grandes apetitos y modestos bolsillos. Su vajilla y su ambiente eran toscos; su sopa y su mantelería, delgados. En este lugar, Soapy llevó sus zapatos abusivos y sus pantalones delatorios sin desafío. Se sentó en una mesa y consumió biftec, panqueques, donas y pastel. Y luego, el camarero traicionó el hecho de que la moneda más pequeña y él mismo eran extraños.

"Ahora, ponte ocupado y llama a un policía", dijo Soapy. "Y no hagas esperar a un caballero".

"No hay policía para usted", dijo el camarero, con una voz como pasteles de mantequilla y un ojo como la cereza en un cóctel Manhattan. "Oye, Con!"

Con habilidad, dos camareros arrojaron a Soapy sobre su oreja izquierda en el pavimento calloso. Se levantó, articulación por articulación, como una regla de carpintero que se abre, y sacudió el polvo de su ropa. El arresto parecía ser solo un sueño color de rosa. La Isla parecía estar muy lejos. Un policía que estaba parado frente a una farmacia a dos puertas de distancia se rió y caminó por la calle.

Soapy recorrió cinco cuadras antes de que su valentía le permitiera ser capturado nuevamente. Esta vez, la oportunidad se presentaba, lo que él fatuamente se autodenominaba a sí mismo como un "chollo". Una joven de aspecto modesto y agradable estaba parada frente a un escaparate mirando con vivo interés su exhibición de tazas de afeitar y portaplumas, y a dos metros del escaparate, un gran policía de severo porte se apoyaba contra un grifo de agua.

El diseño de Soapy era asumir el papel del despreciable y ejecutado "pulpero". El aspecto refinado y elegante de su víctima y la contigüidad del consciente policía lo alentaron a creer que pronto sentiría el agradable agarre oficial en su brazo que aseguraría sus cuarteles de invierno en la pequeña y ajustada isla.

Soapy enderezó la corbata prehecha de la misionera, sacó sus puños encogidos al descubierto, ajustó su sombrero con un ángulo matador y se acercó de lado hacia la joven. Le hizo ojos, comenzó con toses repentinas y "jemidos", sonrió, se burló y pasó descaradamente por la impudente y despreciable letanía del "pulpero". Con la mitad de un ojo, Soapy vio que el policía lo estaba mirando fijamente. La joven se alejó unos pasos, y nuevamente dirigió su atención absorbida hacia las tazas de afeitar. Soapy la siguió, avanzando audazmente a su lado, levantó su sombrero y dijo:

"Ahí está, Bedelia! No quieres venir a jugar a mi patio?"

El policía seguía mirando. La joven perseguida solo tenía que hacer un gesto con el dedo y Soapy estaría prácticamente en camino hacia su refugio insular. Ya imaginaba que podía sentir el acogedor calor de la comisaría. La joven lo miró y, extendiendo una mano, agarró la manga del abrigo de Soapy.

"Seguro, Mike," dijo alegremente, "si me llevas a un cubo de espuma. Te habría hablado antes, pero el policía estaba mirando". Con la joven mujer interpretando la enredadera aferrada a su roble, Soapy pasó junto al policía abrumado por la tristeza. Parecía condenado a la libertad.

En la siguiente esquina se deshizo de su compañera y corrió. Se detuvo en el distrito donde por la noche se encuentran las calles más animadas, los corazones, los votos y los libretos más ligeros.

Mujeres con pieles y hombres con gabardinas se movían alegremente en el aire invernal. Un temor repentino se apoderó de Soapy de que algún encantamiento terrible lo había vuelto inmune al arresto. El pensamiento trajo un poco de pánico consigo, y cuando se encontró con otro policía descansando grandiosamente frente a un teatro resplandeciente, se aferró a la pajita inmediata de "conducta desordenada".

En la acera, Soapy comenzó a gritar palabras incoherentes de borracho a pleno pulmón. Bailaba, aullaba, deliraba y de cualquier otra forma perturbaba el cielo.

El policía giró su porra, dio la espalda a Soapy y comentó con un ciudadano.

"Este es uno de esos jóvenes de Yale celebrando" el cero que le dieron al Hartford College. Ruidosos; pero no hacen daño. Tenemos instrucciones de dejarlos en paz." Desconsolado, Soapy cesó en su inútil alboroto. Nunca pondría un policía sus manos sobre él? En su fantasía, la Isla parecía una Arcadia inalcanzable. Abrochó su delgado abrigo contra el viento helado. En una tienda de cigarros vio a un hombre bien vestido encendiendo un cigarro en una luz oscilante. Su paraguas de seda lo había dejado junto a la puerta al entrar. Soapy entró, aseguró el paraguas y se alejó con él lentamente. El hombre de la luz del cigarro lo siguió apresuradamente. "Mi paraguas", dijo él, severamente. "Ah, sí?" se burló Soapy, añadiendo insulto al robo menor. "Bueno, por qué no llamas a un policía? Lo tomé. Tu paraguas! Por qué no llamas a un policía? Ahí está uno en la esquina." El dueño del paraguas frenó sus pasos. Soapy hizo lo mismo, con presentimiento de que la suerte volvería a jugar en su contra. El policía miró a los dos con curiosidad. "Por supuesto", dijo el hombre del paraguas -"es decir--bueno, sabes cómo ocurren estos errores--yo--si es tu paraguas espero que me disculpes--lo recogí esta mañana en un restaurante--Si lo reconoces como tuyo, entonces--espero que--" "Por supuesto que es mío", dijo Soapy, maliciosamente. El exdueño del paraguas se retiró. El policía se apresuró a ayudar a una rubia alta con una capa de ópera a cruzar la calle frente a un tranvía que se acercaba a dos cuadras de distancia. Soapy caminó hacia el este por una calle dañada por mejoras. Lanzó el paraguas con ira a una excavación. Murmuró contra los hombres que llevan cascos y portan porras. Porque deseaba caer en sus garras, parecían considerarlo como un rey que no podía hacer nada malo. Finalmente, Soapy llegó a una de las avenidas hacia el este donde el brillo y el tumulto eran apenas perceptibles. Encaminó su rostro hacia Madison Square, porque el instinto de volver a casa sobrevive incluso cuando el hogar es un banco en el parque.

Pero en una esquina inusualmente tranquila, Soapy se detuvo. Aquí había una iglesia antigua, pintoresca y con aleros. A través de una ventana teñida de violeta, una luz suave brillaba, donde, sin duda, el organista vagaba por las teclas, asegurándose de su dominio del próximo himno del sábado. Porque de allí llegaba a los oídos de Soapy una dulce música que lo atrapaba y lo mantenía inmóvil contra las vueltas de la verja de hierro.

La luna estaba arriba, lustrosa y serena; había pocos vehículos y peatones; los gorriones piaban adormilados en los aleros... por un momento, la escena podría haber sido un cementerio de iglesia de campo. Y el himno que el organista tocaba mantenía a Soapy pegado a la verja de hierro, pues lo había conocido bien en los días en que su vida contenía cosas como madres y rosas y ambiciones y amigos y pensamientos immaculados y cuellos impecables.

La conjunción del estado de ánimo receptivo de Soapy y las influencias alrededor de la vieja iglesia obraron un cambio repentino y maravilloso en su alma. Vio con horror repentino el abismo en el que había caído, los días degradados, los deseos indignos, las esperanzas muertas, las facultades arruinadas y los motivos bajos que constituían su existencia.

Y también en un momento su corazón respondió emocionantemente a este estado de ánimo nuevo. Un impulso instantáneo y fuerte lo llevó a luchar contra su destino desesperado. Se sacaría del fango; se haría hombre de nuevo; conquistaría el mal que se había apoderado de él. Había tiempo; aún era relativamente

joven; resucitaría sus antiguas ambiciones ansiosas y las perseguiría sin vacilar. Esas notas de órgano solemnes pero dulces habían provocado una revolución en él.

Mañana irá al bullicioso distrito del centro y buscará trabajo. Una vez un importador de pieles le había ofrecido un trabajo como conductor. Lo encontraría mañana y pediría el puesto. Sería alguien en el mundo. Sería...

Soapy sintió una mano posarse en su brazo. Miró rápidamente alrededor, hacia el amplio rostro de un policía.

"Qué estás haciendo aquí?" preguntó el oficial.

"Nada", dijo Soapy.

"Entonces ven conmigo", dijo el policía.

"Tres meses en la Isla", dijo el Magistrado en la Corte de Policía a la mañana siguiente.

VIII

Recuerdos de un perro amarillo

NO CREO que ninguno de ustedes se sorprenda al leer una contribución de un animal. El señor Kipling y muchos otros han demostrado que los animales pueden expresarse en un inglés remunerativo, y ninguna revista se imprime hoy en día sin una historia de animales, excepto las revistas antiguas que todavía muestran imágenes de Bryan y el horror de Mont Pelee.

Pero no necesitas buscar una literatura pretenciosa en mi relato, como Bearoo, el oso, y Snakoo, la serpiente, y Tammanoo, el tigre, hablan en los libros de la jungla. Un perro amarillo que ha pasado la mayor parte de su vida en un apartamento barato de Nueva York, durmiendo en un rincón sobre una vieja falda de satén (la que ella derramó vino de Oporto en el banquete de las Lady Longshoremen), no se espera que realice ningún truco con el arte del habla.

Nací como un cachorro amarillo; fecha, localidad, pedigrí y peso desconocidos. Lo primero que puedo recordar es que una anciana me tenía en una cesta en Broadway y la calle Veintitrés, tratando de venderme a una señora gorda. La vieja Madre Hubbard me promocionaba como un verdadero terrier de zorro Pomeranian-Hambletonian-Red-Irish-CochinChina-Stoke-Poges. La señora gorda perseguía una "V" entre las muestras de franela grosgrain en su bolso de compras hasta que la acorralaba y se daba por vencida. Desde ese momento fui una mascota, una verdadera joya de mi mamá. Sabes, amable lector, alguna vez has tenido a una mujer de 200 libras respirando un aroma a queso Camembert y "Peau d'Espagne" que te levanta y te llena la nariz de besos, diciendo todo el tiempo con un tono de voz a lo Emma Eames: "Oh, quién es un bonito cachorrito?" De un cachorro amarillo de pura raza crecí hasta convertirme en un perro callejero anónimo que parecía una mezcla entre un gato Angora y una caja de limones. Pero mi dueña nunca se dio cuenta. Pensaba que los dos cachorros primigenios que Noé persiguió al arca eran solo una rama colateral de mis antepasados. Se necesitaron dos policías para evitar que ella me inscribiera en el Madison Square Garden para el premio del bloodhound siberiano.

Te contaré sobre ese apartamento. La casa era lo normal en Nueva York, pavimentada con mármol de Paros en el vestíbulo de entrada y adoquines por encima del primer piso. Nuestro piso estaba en el tercer piso, bueno, no exactamente tres pisos, sino tres escaleras arriba. Mi dueña lo alquiló sin amueblar y puso las cosas habituales: un juego de salón antiguo tapizado de 1903, un óleo de geishas en un salón de té de Harlem, una planta de goma y un esposo.

Por Sirius! Había un bípedo por el que sentía lástima! Era un hombre pequeño con cabello arenoso y barba bastante parecida a la mía. Domesticado por su esposa? Bueno, tucanes, flamencos y pelícanos todos tenían su pico en él. Él fregaba los platos y escuchaba a mi dueña contar sobre las cosas baratas y raídas que la señora con abrigo de piel de ardilla en el segundo piso colgaba en su cuerda para secar. Y todas las tardes mientras ella preparaba la cena, él me sacaba a pasear al final de una cuerda.

Si los hombres supieran cómo pasan el tiempo las mujeres cuando están solas, nunca se casarían. Laura Lean Jibbey, caramelo de maní, un poco de crema de almendra en los músculos del cuello, platos sin lavar, media hora de charla con el repartidor de hielo, leer un paquete de cartas viejas, un par de pepinillos y dos botellas de extracto de malta, una hora espiondo a través de un agujero en la persiana hacia el apartamento al otro lado del patio de aire, eso es más o menos todo. Veinte minutos antes de que él llegara a casa del trabajo, ella arreglaba la casa, arreglaba su peluca para que no se notara y sacaba mucha costura para un farol de diez minutos.

Llevaba una vida de perros en ese apartamento. Casi todo el día me quedaba allí en mi rincón observando cómo esa mujer gorda mataba el tiempo. A veces dormía y tenía sueños despiertos sobre estar persiguiendo gatos en sótanos y gruñendo a viejas con guantes negros, como un perro estaba destinado a hacer. Luego ella se lanzaba sobre mí con un montón de charlatanería de caniche y me besaba en la nariz, pero qué podía hacer? Un perro no puede masticar clavos.

Empecé a sentir lástima por el esposo, por Dios gatos si no lo hacía. Nos parecíamos tanto que la gente lo notaba cuando salíamos; así que evitábamos las calles por donde pasaba el taxi de Morgan, y nos pusimos a subir los montones de nieve del diciembre pasado en las calles donde viven personas de clase baja.

Una tarde, mientras paseábamos así, y yo intentaba parecer un premiado San Bernardo, y el viejo intentaba parecer que no habría asesinado al primer organillero que escuchara tocar la marcha nupcial de Mendelssohn, lo miré y le dije, a mi manera:

"Por qué estás tan amargado, langosta recortada con estopa? Ella no te besa. No tienes que sentarte en su regazo y escuchar conversaciones que harían que el libro de una comedia musical pareciera los máximas de Epicteto. Deberías estar agradecido de no ser un perro. Anímate, Benedick, y haz que los blues desaparezcan."

El desafortunado matrimonio me miró con casi inteligencia canina en su rostro.

"Qué pasa, perrito?" dice él, "buen perrito. Casi pareces que podrías hablar. Qué pasa, perrito? Gatos?"

Gatos? Podría hablar?

Pero, por supuesto, no podía entender. A los humanos se les negaba el habla de los animales. El único terreno común de comunicación en el que los perros y los hombres pueden encontrarse es en la ficción.

En el apartamento al otro lado del pasillo vivía una dama con un terrier negro y bronceado. Su esposo lo sacaba a pasear todas las noches, pero siempre regresaba alegre y silbando. Un día toqué narices con el terrier negro y bronceado en el pasillo, y le pregunté por una aclaración.

"Mira, Wiggle-and-Skip", le digo, "sabes que no es natural para un hombre de verdad ser niñera de un perro en público. Nunca vi a uno atado a un chucho que no pareciera que le gustaría lamer a cualquier otro hombre que lo mirara. Pero tu jefe llega todos los días tan animado y firme como un aficionado a la prestidigitación haciendo el truco del huevo. Cómo lo hace? No me digas que le gusta".

"Él?" dice el terrier negro y bronceado. "Bueno, él usa el remedio propio de la naturaleza. Se emborracha. Al principio, cuando salimos, es tan tímido como el hombre en el vapor que preferiría jugar a las cartas cuando los hacen todos a jackpots. Para cuando hemos estado en ocho salones, no le importa si la cosa al final de su línea es un perro o un pez gato. He perdido dos pulgadas de mi cola tratando de esquivar esas puertas oscilantes".

El consejo que recibí de ese terrier - por favor, vaudeville, copia! - me puso a pensar.

Una tarde, alrededor de las 6 en punto, mi dueña le ordenó que se pusiera en marcha y que hiciera el acto del ozono para Lovey. Lo he ocultado hasta ahora, pero así es como me llamaba. Al terrier negro y bronceado se le llamaba "Sweetness". Considero que tengo la ventaja sobre él hasta donde se podría perseguir a un conejo. Aún así, "Lovey" es algo así como una lata de nomenclatura en el rastro de uno mismo respeto.

En un lugar tranquilo en una calle segura, apreté la línea de mi custodio frente a un salón atractivo y refinado. Me lancé hacia las puertas, lloriqueando como un perro en los despachos de prensa que deja saber a la familia que la pequeña Alice está atrapada mientras recoge lirios en el arroyo.

"Por los clavos de mi abuela!" dice el viejo, con una sonrisa; "por los clavos de mi abuela si el hijo de una limonada de seltzer de color azafrán no me está invitando a tomar una copa. A ver... cuánto tiempo ha pasado desde que ahorré cuero manteniendo un pie en el reposapiés? Creo que lo haré..."

Sabía que lo tenía. Tomó Scotchs Calientes, sentado en una mesa. Durante una hora, mantuvo llegando a los Campbells. Me senté a su lado, golpeando al camarero con mi cola y comiendo almuerzo gratis como nunca igualó mamá en su apartamento con su comida casera comprada en una tienda de delicatessen ocho minutos antes de que papá llegara a casa.

Cuando los productos de Escocia se agotaron excepto el pan de centeno, el viejo me desenroscó de la pata de la mesa y me sacó afuera como un pescador juega con un salmón. Allí afuera se quitó mi collar y lo lanzó a la calle.

"Pobrecito perrito," dice él; "buen perrito. Ella no te besará más. Es una maldita vergüenza. Buen perrito, vete y déjate atropellar por un tranvía y sé feliz."

Me negué a irme. Salté y brinqué alrededor de las piernas del viejo feliz como un carlino en una alfombra.

"Tú, viejo cazador de marmotas cabeza de pulga," le dije, "tú, aullador a la luna, apuntador de conejos, viejo sabueso ladrón de huevos, no puedes ver que no quiero dejarte? No puedes ver que ambos somos Cachorros en el Bosque y la señora es el tío cruel que te persigue con el trapo de cocina y a mí con el linimento para pulgas y un lazo rosa para atar en mi cola? Por qué no cortar todo eso y ser compañeros para siempre?"

Quizás dirás que no entendió, quizás no lo hizo. Pero de alguna manera captó la idea de los Scotchs Calientes, y se quedó quieto durante un minuto, pensando.

"Perrito," dice él, finalmente, "no vivimos más de una docena de vidas en esta tierra, y muy pocos de nosotros vivimos para tener más de 300. Si vuelvo a ver ese apartamento, soy un apartamento, y si tú lo haces, eres más plano; y eso no es adulación. Ofrezco 60 a 1 que Westward Ho gana por la longitud de un perro salchicha."

No había cuerda, pero jugué junto a mi amo hasta el ferry de la calle Veintitrés. Y los gatos en la ruta vieron razones para dar gracias por haberles sido dado garras prensiles.

En el lado de Jersey, mi amo dijo a un desconocido que estaba comiendo un bollo de grosella:

"Mi perrito y yo nos dirigimos hacia las Montañas Rocosas."

Pero lo que más me complació fue cuando mi viejo me tiró de ambas orejas hasta que aullé, y dijo:

"Tú, cabeza de mono común, cola de rata, hijo de color de azufre de un felpudo, sabes cómo te voy a llamar?"

Pensé en "Lovey", y gimoteé lastimosamente.

"Te voy a llamar 'Pete'", dice mi amo; y si hubiera tenido cinco colas, no habría podido moverlas lo suficiente como para hacer justicia a la ocasión.

El filtro de amor de Ikey Schoenstein

LA BOTICA LUZ AZUL está en el centro, entre la Bowery y la Primera Avenida, donde la distancia entre las dos calles es la más corta. La Luz Azul no considera que la farmacia sea algo de cachivaches, perfume y soda helada. Si le pides analgésicos, no te dará un bombón. La Luz Azul desprecia las artes de ahorro de trabajo de la farmacia moderna. Macera su opio y percola su propio láudano y paregórico. Hasta el día de hoy, las pastillas se hacen detrás de su alta barra de recetas, pastillas enrolladas en su propia baldosa de pastillas, divididas con una espátula, enrolladas con el dedo y el pulgar, espolvoreadas con magnesia calcinada y entregadas en pequeñas cajas redondas de cartón. La tienda está en una esquina alrededor de la cual bandadas de niños vestidos de harapos, alegres, juegan y se convierten en candidatos para los caramelos para la tos y los jarabes calmantes que los esperan dentro.

Ikey Schoenstein era el empleado nocturno de la Luz Azul y el amigo de sus clientes. Así es en el lado este, donde el corazón de la farmacia no es gloria. Allí, como debería ser, el farmacéutico es un consejero, un confesor, un consejero, un misionero y mentor capaz y dispuesto cuyo conocimiento es respetado, cuya sabiduría oculta es venerada y cuya medicina a menudo se vierte, sin probar, en la alcantarilla. Por lo tanto, la nariz cornea y las gafas de Ikey y su figura estrecha, inclinada por el conocimiento, eran bien conocidas en los alrededores de la Luz Azul, y su consejo y atención eran muy deseados.

Ikey alojaba y desayunaba en la casa de la Sra. Riddle, a dos cuadras de distancia. La Sra. Riddle tenía una hija llamada Rosy. La circunlocución ha sido en vano, debes haberlo adivinado, Ikey adoraba a Rosy. Ella teñía todos sus pensamientos; era el extracto compuesto de todo lo que era químicamente puro y oficial, el dispensario no contenía nada igual a ella. Pero Ikey era tímido y sus esperanzas permanecían insolubles en el menstro de su timidez y temores. Detrás de su mostrador era un ser superior, consciente calmadamente de un conocimiento y un valor especiales; afuera era un deambulante débil y miope, mal vestido, manchado de productos químicos y oliendo a aloe de socotrina y valerianato de amonio. La mosca en la pomada de Ikey (tres veces bienvenido, pat trope!) era Chunk McGowan.

El Sr. McGowan también estaba tratando de atrapar las brillantes sonrisas lanzadas por Rosy. Pero no era un jardinero como Ikey; él las agarraba al vuelo. Al mismo tiempo, era amigo y cliente de Ikey, y a menudo pasaba por la Farmacia Luz Azul para que le pintaran un moretón con yodo o para que le pusieran un vendaje de goma después de una agradable noche pasada por la Bowery.

Una tarde, McGowan entró a su manera silenciosa y tranquila, y se sentó, apuesto, de rostro suave, duro, indomable, de buen carácter, en un taburete.

"Ikey," dijo, cuando su amigo había traído su mortero y se sentó frente a él, moliendo goma benjuí en polvo, "pon en marcha tu oído. Si tienes la línea que necesito, aquí tienes mis drogas."

Ikey escudriñó el semblante del Sr. McGowan en busca de la evidencia habitual de conflicto, pero no encontró ninguna.

"Quítate el abrigo", ordenó. "Ya supongo que te han clavado en las costillas con un cuchillo. Te lo he dicho muchas veces, esos dagos te acabarán."

El Sr. McGowan sonrió. "No son ellos", dijo. "No son ningún dago. Pero has acertado el diagnóstico, está debajo de mi abrigo, cerca de las costillas. Oye, Ikey! Rosie y yo vamos a fugarnos y casarnos esta noche."

El dedo índice izquierdo de Ikey estaba doblado sobre el borde del mortero, manteniéndolo firme. Le dio un golpe salvaje con el mortero, pero no lo sintió. Mientras tanto, la sonrisa del Sr. McGowan se desvaneció para convertirse en una expresión de desconcierto sombrío.

"Es decir," continuó, "si ella mantiene la idea hasta que llegue el momento. Hemos estado preparando el terreno para la fuga durante dos semanas. Un día dice que sí; esa misma noche dice que no. Hemos acordado esta noche, y Rosy ha mantenido el sí esta vez durante dos días enteros. Pero todavía faltan cinco horas hasta entonces, y tengo miedo de que me deje plantado cuando llegue el momento."

"Dijiste que querías drogas", comentó Ikey.

El Sr. McGowan parecía incómodo y preocupado, una condición contraria a su línea habitual de comportamiento. Hizo un rollo con un almanaque de medicamentos patentados y lo ajustó con cuidado poco rentable alrededor de su dedo.

"No permitiría que esta doble desventaja comience mal esta noche por un millón", dijo. "Tengo un pequeño apartamento en Harlem listo, con crisantemos en la mesa y una tetera lista para hervir. Y he contratado a un predicador para que esté listo en su casa para nosotros a las 9:30. Tiene que salir bien. Y si Rosy no cambia de opinión otra vez!" - El Sr. McGowan se detuvo, presa de sus dudas.

"Aún no los veo", dijo Ikey bruscamente, "qué te hace hablar de drogas, o qué puedo hacer al respecto?"

"El viejo Riddle no me quiere ni un poquito", continuó el pretendiente inquieto, empeñado en presentar sus argumentos. "Durante una semana no ha dejado que Rosy salga por la puerta conmigo. Si no fuera por perder un inquilino, me habrían echado hace tiempo. Estoy ganando \$20 a la semana y ella nunca lamentará irse con Chunk McGowan."

"Me disculparás, Chunk", dijo Ikey. "Debo preparar una receta que se recogerá pronto."

"Dime," dijo McGowan, levantando la vista de repente, "dime, Ikey, no hay alguna droga, algún tipo de polvos que hagan que a una chica le gustes más si se los das?"

El labio de Ikey bajo su nariz se rizó con el desprecio de una iluminación superior; pero antes de que pudiera responder, McGowan continuó:

"Tim Lacy me dijo que una vez consiguió algunos de un médico por el norte y se los dio a su chica en agua con soda. Desde la primera dosis él era el número uno y todos los demás le parecían de segunda clase. Se casaron en menos de dos semanas."

Chunk McGowan era fuerte y sencillo. Un lector de hombres mejor que Ikey podría haber visto que su robusto cuerpo estaba tenso con hilos finos. Como un buen general que estaba a punto de invadir el territorio enemigo, buscaba proteger cada punto contra posibles fallos.

"Pensé", continuó Chunk con esperanza, "que si tuviera uno de esos polvos para darle a Rosy cuando la vea en la cena esta noche, podría animarla y evitar que se retracte de la propuesta de escapar. Supongo que no necesita un equipo de mulas para arrastrarla, pero las mujeres son mejores entrenadoras que corredoras. Si la cosa funciona solo por un par de horas, hará el truco".

"Cuándo está sucediendo esta tontería de escaparse?" preguntó Ikey.

"A las nueve en punto", dijo el Sr. McGowan. "La cena es a las siete. A las ocho Rosy se acuesta con dolor de cabeza. A las nueve, el viejo Parvenzano me deja pasar a su patio trasero, donde hay un tablón de la cerca de Riddle, al lado. Paso por debajo de su ventana y la ayudo a bajar por el escape de incendios. Tenemos que hacerlo temprano por el bien del predicador. Todo es muy fácil si Rosy no se echa para atrás cuando cae la señal. Puedes prepararme uno de esos polvos, Ikey?"

Ikey Schoenstein se frotó la nariz lentamente.

"Chunk", dijo, "es de drogas de esa naturaleza que la farmacia debe tener mucho cuidado. Solo a ti de entre mis conocidos confiaría un polvo como ese. Pero por ti lo haré, y verás cómo hace que Rosy piense en ti".

Ikey se fue detrás del mostrador de recetas. Allí trituró en polvo dos tabletas solubles, cada una conteniendo un cuarto de gramo de morfina. Añadió un poco de azúcar de leche para aumentar el volumen y envolvió la mezcla cuidadosamente en un papel blanco. Tomado por un adulto, este polvo aseguraría varias horas de sueño profundo sin peligro para el durmiente. Esto se lo entregó a Chunk McGowan, diciéndole que lo administrara en forma líquida si era posible, y recibió los cálidos agradecimientos del intrépido del patio trasero.

La sutileza de la acción de Ikey se hace evidente al relatar su movimiento posterior. Envío un mensajero por el Sr. Riddle y le reveló los planes del Sr. McGowan para fugarse con Rosy. El Sr. Riddle era un hombre corpulento, de tez rojiza y de acción repentina.

"Muchas gracias", dijo brevemente a Ikey. "El perezoso holgazán irlandés! Mi habitación está justo encima de la de Rosy. Después de la cena, subiré allí mismo y cargaré la escopeta y esperaré. Si entra en mi patio trasero, se irá en una ambulancia en lugar de en una carroza nupcial."

Con Rosy atrapada en las garras de Morfeo para un sueño profundo de muchas horas, y el sanguinario padre esperando, armado y avisado, Ikey sentía que su rival estaba cerca, realmente, de la derrota.

Toda la noche en la Farmacia Luz Azul esperó en sus deberes por alguna noticia fortuita de la tragedia, pero ninguna llegó.

A las ocho en punto de la mañana llegó el empleado del día y Ikey salió apresuradamente hacia la casa de la Sra. Riddle para conocer el resultado. Y, oh sorpresa! Al salir de la tienda, Chunk McGowan saltó de un tranvía en marcha y le agarró la mano, Chunk McGowan con una sonrisa de victoria y con el rostro enrojecido de alegría.

"Lo logré", dijo Chunk con el Elíseo en su sonrisa. "Rosy agarró el escape de incendios en el momento justo, y estábamos bajo la cuerda en casa del reverendo a las 9:30 y cuarto. Está en el piso; esta mañana cocinó huevos con un kimono azul. Dios! Qué suerte tengo! Debes venir un día, Ikey, y comer con nosotros. Tengo un trabajo cerca del puente, y hacia allá me dirijo ahora."

"El--el--polvo?" tartamudeó Ikey.

"Oh, ese polvo que me diste", dijo Chunk, ampliando su sonrisa; "bueno, fue así. Me senté en la mesa de la cena anoche en casa de los Riddle, y miré a Rosy, y me dije a mí mismo: 'Chunk, si te quedas con la chica, hazlo honestamente, no intentes ningún truco con una chica de pura cepa como ella'. Y guardé el papel que me diste en mi bolsillo. Y luego mis ojos se posaron en otra persona presente, que, me dije, no está mostrando un afecto adecuado hacia su futuro yerno, así que aproveché mi oportunidad y eché ese polvo en el café del viejo Riddle, entiendes?"

El cuarto amueblado

Inquietos, cambiantes, fugaces como el propio tiempo, es una cierta vasta masa de la población del distrito de ladrillos rojos del lado oeste inferior. Sin hogar, tienen cien hogares. Vagan de habitación amueblada en habitación amueblada, siempre transeúntes, transeúntes en adobe, transeúntes en corazón y mente. Cantan "Hogar, Dulce Hogar" en ragtime; llevan sus lares et penates en una caja; su vid está enredada alrededor de un sombrero de moda; una planta de caucho es su higuera.

Por lo tanto, las casas de este distrito, habiendo tenido mil habitantes, deberían tener mil historias que contar, en su mayoría aburridas, sin duda; pero sería extraño si no pudiera encontrarse uno o dos fantasmas tras todos estos huéspedes vagabundos.

Una noche, después del anochecer, un joven merodeaba entre estas ruinosas mansiones rojas, llamando a sus timbres. En la duodécima, apoyó su magra maleta en el escalón y se limpió el polvo de la banda del sombrero y de la frente. El timbre sonó débil y lejano en alguna profundidad remota y hueca.

A la puerta de esta, la duodécima casa cuyo timbre había sonado, llegó una ama de llaves que le hizo pensar en un gusano insano y saciado que había comido su nuez hasta dejarla vacía y ahora buscaba llenar el vacío con inquilinos comestibles.

Preguntó si había una habitación disponible.

"Entra," dijo la ama de llaves. Su voz salía de su garganta; su garganta parecía forrada de piel. "Tengo el tercer piso trasero, vacante desde hace una semana. Quieres verlo?"

El joven la siguió escaleras arriba. Una tenue luz de ninguna fuente en particular mitigaba las sombras de los pasillos. Pisaban silenciosamente sobre una alfombra de escalera que su propio telar habría renunciado. Parecía haberse vuelto vegetal; haber degenerado en ese aire rancio y sin sol a un exuberante líquen o musgo que crece en parches en la escalera y era viscoso bajo el pie como materia orgánica. En cada giro de la escalera había nichos vacíos en la pared. Tal vez alguna vez se habían plantado plantas dentro de ellos. Si es así, habían muerto en ese aire fétido y contaminado. Puede ser que estatuas de los santos hubieran estado allí, pero no era difícil concebir que demonios y diablos las habían arrastrado en la oscuridad y hacia las profundidades impías de algún pozo amueblado abajo.

"Esta es la habitación", dijo la ama de llaves, desde su garganta peluda. "Es una habitación bonita. No suele estar vacante a menudo. Tuve a unas personas muy elegantes aquí el verano pasado, sin ningún problema, y pagaron por adelantado, al minuto. El agua está al final del pasillo. Sprowls y Mooney la tuvieron durante tres meses. Hicieron un sketch de vodevil. La señorita Beretta Sprowls --puede que hayas oído hablar de ella-- Oh, esos eran solo los nombres artísticos --justo ahí encima de la cómoda es

donde estaba colgado el certificado de matrimonio, enmarcado. El gas está aquí, y como ves, hay mucho espacio en el armario. Es una habitación que a todo el mundo le gusta. Nunca está vacía mucho tiempo".

"Tiene muchos artistas teatrales alojados aquí?" preguntó el joven.

"Vienen y van. Una buena proporción de mis huéspedes están relacionados con los teatros. Sí, señor, este es el distrito teatral. La gente de teatro nunca se queda mucho tiempo en ningún lugar. Tengo mi parte. Sí, vienen y van".

Alquiló la habitación, pagando por una semana por adelantado. Estaba cansado, dijo, y tomaría posesión de inmediato. Contó el dinero. La habitación estaba lista, dijo la ama de llaves, incluso había toallas y agua. Mientras la ama de llaves se alejaba, él formuló, por milésima vez, la pregunta que llevaba al final de la lengua.

"Una joven, señorita Vashner, señorita Eloise Vashner, recuerda a alguien así entre sus huéspedes? Probablemente estaría cantando en el escenario. Una chica rubia, de estatura mediana y delgada, con cabello dorado rojizo y un lunar oscuro cerca de su ceja izquierda".

"No, no recuerdo ese nombre. Estos artistas teatrales tienen nombres que cambian tan a menudo como sus habitaciones. Vienen y van. No, ese no me suena".

No. Siempre no. Cinco meses de interrogatorios incesantes y el inevitable negativo. Se pasó mucho tiempo durante el día interrogando a gerentes, agentes, escuelas y coros; por la noche, entre el público de teatros desde elenco de estrellas hasta teatros de música tan bajos que temía encontrar lo que más esperaba. Él, que más la había amado, había intentado encontrarla. Estaba seguro de que desde su desaparición de casa, esta gran ciudad rodeada de agua la mantenía en algún lugar, pero era como un monstruoso banco de arena movedizo, cambiando constantemente sus partículas, sin fundamento, sus gránulos superiores de hoy sepultados mañana en lodo y fango.

La habitación amueblada recibió a su último huésped con un primer destello de pseudo hospitalidad, una bienvenida frenética, extenuada y perfunctoria, como la sonrisa espuria de una cortesana. La comodidad sofisticada llegaba en destellos reflejados de los muebles deteriorados, la tapicería desgarrada de un sofá y dos sillas, un espejo de tocador barato entre las dos ventanas, uno o dos marcos de cuadros dorados y una cama de latón en una esquina.

El huésped se recostó, inerte, sobre una silla, mientras la habitación, confundida en su discurso como si fuera un apartamento en Babel, intentaba hablarle de su diversa tenencia.

Una alfombra policromática como una isleta tropical brillante y florecida yacía rodeada por un mar ondulado de esterillas sucias. En la pared con papel pintado alegre estaban esas imágenes que perseguían a los sin hogar de casa en casa: Los Amantes Hugonotes, La Primera Pelea, El Desayuno de Bodas, Psique en la Fuente.

El contorno castamente severo de la repisa estaba deshonorosamente velado detrás de unas cortinas atrevidamente desviadas como las fajas del ballet Amazónico. Sobre ella había algunos despojos

desolados dejados por los huéspedes de la habitación cuando un viento favorable los había llevado a un puerto fresco: un par de jarrones insignificantes, imágenes de actrices, un frasco de medicina, algunas cartas sueltas de una baraja.

Uno a uno, como los caracteres de un criptograma se vuelven explícitos, los pequeños signos dejados por la procesión de huéspedes de la habitación amueblada desarrollaron un significado. El espacio raído en la alfombra frente al tocador indicaba que una mujer encantadora había desfilado en la multitud. Las huellas digitales diminutas en la pared hablaban de pequeños prisioneros tratando de encontrar su camino hacia el sol y el aire. Una mancha salpicada, irradiando como la sombra de una bomba estallada, testificaba donde un vaso o una botella arrojada se había estrellado con su contenido contra la pared. A través del espejo de tocador se había escrito con un diamante en letras tambaleantes el nombre "Marie". Parecía que la sucesión de moradores en la habitación amueblada se había vuelto en furia, tal vez tentada más allá de la tolerancia por su chillona frialdad, y había desatado sobre ella sus pasiones. Los muebles estaban astillados y magullados; el sofá, distorsionado por muelles que se habían roto, parecía como un monstruo horrible que había sido sacrificado durante el estrés de alguna convulsión grotesca. Alguno cambio más potente había partido un gran trozo de la repisa de mármol. Cada tabla en el suelo tenía su giro y chillido particular como si fueran de un sufrimiento individual y separado. Parecía increíble que toda esta malicia y daño hubiera sido causada a la habitación por aquellos que la habían llamado hogar por un tiempo; y sin embargo, puede haber sido el instinto de hogar engañado sobreviviendo ciegamente, la rabia resentida hacia los falsos dioses domésticos que había encendido su ira. Una cabaña que es nuestra propia podemos barrerla, adornarla y cuidarla.

El joven inquilino en la silla permitió que estos pensamientos desfilaran, suaves y silenciosos, por su mente, mientras entraban en la habitación sonidos y olores amueblados. Escuchó en una habitación risas tontas y descontroladas; en otras, el monólogo de una regañona, el tintineo de dados, una canción de cuna y alguien llorando sin fuerzas; sobre él, un banjo tintineaba con espíritu. Puertas golpeaban en algún lugar; los trenes elevados rugían intermitentemente; un gato maullaba miserablemente en una cerca trasera. Y respiró el aliento de la casa, un sabor húmedo más que un olor, un húmedo y frío flujo como de bóvedas subterráneas mezclado con las exhalaciones malolientes de linóleo y madera podrida y mohosa.

Entonces, de repente, mientras descansaba allí, la habitación se llenó con el fuerte y dulce olor de la reseda. Llegó con una ráfaga de viento tan segura, fragante y enfatizada que casi parecía como una visita viva. Y el hombre gritó en voz alta: "Qué pasa, querida?" como si lo hubieran llamado, y se levantó y se dio la vuelta. El rico olor se aferró a él y lo envolvió. Extendió los brazos hacia él, todos sus sentidos confundidos y entremezclados por un momento. Cómo podía uno ser llamado imperiosamente por un olor? Seguramente debió haber sido un sonido. Pero, no fue el sonido lo que lo había tocado, lo que lo había acariciado?

"Ella ha estado en esta habitación", gritó, y se lanzó a arrebatarle un recuerdo, porque sabía que reconocería la más mínima cosa que le hubiera pertenecido o que hubiera tocado. Este envolvente aroma de reseda, el olor que ella había amado y hecho suyo, de dónde venía?

La habitación había sido ordenada descuidadamente. Dispersos sobre la flácida cenefa del tocador había media docena de horquillas: esos discretos, indistinguibles amigos de la mujer, femeninos de género, infinitos de humor e incommunicativos de tiempo. Los ignoró, consciente de su triunfante falta de identidad. Rebuscando en los cajones del tocador encontró un pañuelo descartado, pequeño y raído. Lo presionó contra su rostro. Era atrevido e insolente con heliotropo; lo arrojó al suelo. En otro cajón encontró botones sueltos, un programa de teatro, una tarjeta de casa de empeño, dos malvaviscos perdidos, un libro sobre la interpretación de los sueños. En el último había un lazo de cabello de satén negro de mujer, que lo detuvo, suspendido entre el hielo y el fuego. Pero el lazo de cabello de satén negro también es el adorno común, recatado e impersonal de la feminidad, y no cuenta historias.

Y luego recorrió la habitación como un sabueso siguiendo el rastro, rozando las paredes, considerando las esquinas de la alfombra abultada en sus manos y rodillas, rebuscando en la repisa y las mesas, las cortinas y tapices, el armario borracho en la esquina, en busca de un signo visible, incapaz de percibir que ella estaba allí junto a él, alrededor, contra, dentro, sobre él, aferrándose a él, cortejándolo, llamándolo tan dolorosamente a través de los sentidos más finos que incluso los más groseros se daban cuenta del llamado. Una vez más respondió en voz alta: "Sí, querida!" y se volvió, con los ojos desorbitados, para contemplar el vacío, porque aún no podía distinguir forma y color y amor y brazos extendidos en el olor de la reseda. Oh, Dios! De dónde viene ese olor, y desde cuándo los olores tienen voz para llamar? Así él buscó a tientas.

Se metió en grietas y rincones, y encontró corchos y cigarrillos. Estos los pasó con un desprecio pasivo. Pero una vez encontró en un pliegue de la alfombra un cigarro medio fumado, y esto lo aplastó bajo su talón con un juramento verde y tajante. Tamizó la habitación de un extremo a otro. Encontró registros pequeños y miserables de muchos inquilinos peripatéticos; pero de ella a quien buscaba, y que puede haberse alojado allí, y cuyo espíritu parecía rondar allí, no encontró rastro alguno.

Y entonces pensó en la encargada de la casa.

Corrió desde la habitación embrujada hacia abajo y hacia una puerta que mostraba una grieta de luz. Ella salió a su golpe. Ahogó su emoción lo mejor que pudo.

"Me podría decir, señora," le preguntó, "quién ocupaba la habitación que tengo antes de que yo llegara?"

"Sí, señor. Puedo decirle de nuevo. Fueron Sprowls y Mooney, como dije. Era la señorita Beretta Sprowls en los teatros, pero era la señora Mooney. Mi casa es bien conocida por su respetabilidad. El certificado de matrimonio colgaba, enmarcado, en un clavo sobre--"

"Cómo era la señorita Sprowls--en apariencia, quiero decir?"

"Bueno, de cabello negro, señor, baja y robusta, con una cara cómica. Se fueron hace una semana, el martes pasado."

"Y antes de que ellos la ocuparan?"

"Bueno, había un caballero soltero relacionado con el negocio de acarreo. Se fue debiéndome una semana. Antes que él estaba la señora Crowder y sus dos hijos, que se quedaron cuatro meses; y detrás de ellos estaba el viejo Sr. Doyle, cuyos hijos pagaron por él. Mantuvo la habitación durante seis meses. Eso se remonta a un año, señor, y más allá no recuerdo."

Le agradeció y regresó sigilosamente a su habitación. La habitación estaba muerta. La esencia que la había vivificado se había ido. El perfume de la reseda había desaparecido. En su lugar estaba el viejo olor rancio de los muebles de casa mohosos, de la atmósfera en almacenamiento.

La mengua de su esperanza drenó su fe. Se sentó mirando fijamente la luz amarilla y cantarina del gas. Pronto caminó hacia la cama y comenzó a rasgar las sábanas en tiras. Con la hoja de su cuchillo, las introdujo firmemente en cada grieta alrededor de las ventanas y la puerta. Cuando todo estaba apretado y tenso, apagó la luz, volvió a encender el gas y se acostó agradecido en la cama. Era la noche de Mrs. McCool para ir por la cerveza. Así que la trajo y se sentó con Mrs. Purdy en uno de esos refugios subterráneos donde las dueñas de casa se reúnen y el gusano muere raramente.

"Alquilé mi tercer piso, trasero, esta tarde", dijo Mrs. Purdy, a través de un fino círculo de espuma. "Un joven lo tomó. Se fue a la cama hace dos horas."

"Ahora, lo hiciste, Mrs. Purdy, señora?", dijo Mrs. McCool, con una intensa admiración. "Uno se maravilla de alquilar habitaciones de ese tipo. Y le dijiste, entonces?", concluyó en un susurro ronco, cargado de misterio.

"Las habitaciones", dijo Mrs. Purdy, en sus tonos más peludos, "se alquilan amuebladas. No se lo dije, Mrs. McCool."

"Tienes toda la razón, señora; es alquilando habitaciones como nos mantenemos con vida. Tienes un verdadero sentido para los negocios, señora. Hay mucha gente que rechazará alquilar una habitación si se les dice que alguien se ha suicidado en la cama de ella."

"Como dices, tenemos que ganarnos la vida", comentó Mrs. Purdy.

"Sí, señora; es verdad. Justo hace una semana hoy que te ayudé a preparar el tercer piso, trasero. Era una chica bonita para matarse con el gas, tenía una carita dulce, Mrs. Purdy, señora."

"Habría sido llamada hermosa, como dices", dijo Mrs. Purdy, asintiendo pero crítica, "pero por ese lunar que tenía creciendo junto a su ceja izquierda. Llena tu vaso de nuevo, Mrs. McCool."

XI

La Última Hoja

EN UN PEQUEÑO DISTRITO al oeste de Washington Square, las calles se han vuelto locas y se han roto en pequeñas franjas llamadas "lugares". Estos "lugares" forman extraños ángulos y curvas. Una calle se cruza a sí misma una o dos veces. Un artista descubrió una posibilidad valiosa en esta calle una vez. Supongamos que un coleccionista con una factura por pinturas, papel y lienzo debería, al recorrer esta ruta, encontrarse repentinamente a sí mismo volviendo, sin que se haya pagado un centavo a cuenta!

Así que, a la pintoresca Greenwich Village pronto llegaron los artistas merodeando, buscando ventanas al norte, aleros del siglo dieciocho y áticos holandeses y alquileres bajos. Luego importaron algunas jarras de peltre y una o dos cazuelas de la Sexta Avenida, y se convirtieron en una "colonia".

En lo alto de un ladrillo bajo y achaparrado de tres pisos, Sue y Johnsy tenían su estudio. "Johnsy" era familiar para Joanna. Una era de Maine; la otra de California. Se habían conocido en la mesa d'hôte de un "Delmonico's" de la Octava Calle, y encontraron que sus gustos en arte, ensalada de achicoria y mangas de obispo eran tan afines que resultó el estudio conjunto.

Eso fue en mayo. En noviembre, un frío y desconocido extraño, a quien los médicos llamaban Neumonía, acechó a la colonia, tocando aquí y allá con sus dedos helados. En el lado este, este saqueador avanzó audazmente, golpeando a sus víctimas por docenas, pero sus pies avanzaron lentamente a través del laberinto de los angostos y musgosos "lugares".

El Sr. Neumonía no era lo que podrías llamar un caballero galante. Una pequeña mujer con la sangre adelgazada por los vientos de California difícilmente era una presa justa para el viejo y rechoncho golpeador de manos rojas y aliento corto. Pero Johnsy fue golpeada; y yacía, apenas moviéndose, en su cama de hierro pintada, mirando a través de los pequeños cristales holandeses en blanco del lado de la casa de ladrillo contigua.

Una mañana, el ocupado médico invitó a Sue al pasillo con una ceja canosa y gris.

"Tiene una oportunidad en - digamos, diez," dijo, mientras agitaba el mercurio en su termómetro clínico. "Y esa oportunidad es que ella quiera vivir. Esta forma en que la gente se alinea del lado del enterrador hace que toda la farmacopea parezca tonta. Su pequeña dama ha decidido que no va a mejorar. Tiene algo en la mente?"

"Ella - ella quería pintar la Bahía de Nápoles algún día", dijo Sue.

"Pintar? - tonterías! Tiene algo en su mente que valga la pena pensar dos veces - un hombre, por ejemplo?"

"Un hombre?" dijo Sue, con un tono de voz de arpa judía. "Un hombre digno - pero, no, doctor; no hay nada por el estilo."

"Bueno, entonces es debilidad", dijo el doctor. "Haré todo lo que la ciencia, hasta donde pueda filtrarse a través de mis esfuerzos, pueda lograr. Pero cada vez que mi paciente comienza a contar los coches en su cortejo fúnebre, resto un 50 por ciento del poder curativo de los medicamentos. Si logras que ella haga una pregunta sobre los nuevos estilos de mangas de abrigo para invierno, te prometo una oportunidad de uno de cada cinco para ella, en lugar de uno de cada diez".

Después de que el médico se fue, Sue entró en la sala de trabajo y lloró un servilleta japonesa hasta convertirla en pulpa. Luego entró en la habitación de Johnsy con su tablero de dibujo, silbando ragtime. Johnsy yacía, apenas haciendo una ondulación bajo las sábanas, con la cara hacia la ventana. Sue dejó de silbar, pensando que estaba dormida.

Organizó su tablero y comenzó un dibujo a tinta para ilustrar una historia de revista. Los jóvenes artistas deben abrirse camino hacia el Arte dibujando imágenes para historias de revistas que jóvenes autores escriben para abrirse camino hacia la Literatura.

Mientras Sue dibujaba unos elegantes pantalones de montar para un espectáculo ecuestre y un monocle para la figura del héroe, un vaquero de Idaho, escuchó un sonido bajo, repetido varias veces. Fue rápidamente a la cama.

Los ojos de Johnsy estaban bien abiertos. Estaba mirando por la ventana y contando, contando hacia atrás.

"Doce", dijo, y poco después "once"; y luego "diez", y "nueve"; y luego "ocho" y "siete", casi juntos.

Sue miró con preocupación por la ventana. Qué había que contar? Solo se veía un patio desnudo y triste, y el lado en blanco de la casa de ladrillo a veinte pies de distancia. Una vieja hiedra, vieja y decrepita en las raíces, trepaba hasta la mitad de la pared de ladrillos. El frío aliento del otoño había quitado sus hojas a la vid hasta que sus ramas esqueléticas se aferraban, casi desnudas, a los ladrillos desmoronados.

"Qué pasa, querida?" preguntó Sue.

"Seis", dijo Johnsy, casi en un susurro. "Están cayendo más rápido ahora. Hace tres días había casi cien. Contarlos me dio dolor de cabeza. Pero ahora es fácil. Ahí va otro. Ahora solo quedan cinco."

"Cinco qué, querida? Cuéntale a tu Sudie".

"Hojas. En la enredadera de hiedra. Cuando caiga la última, debo irme también. Lo sé desde hace tres días. El médico no te lo dijo?"

"Oh, nunca he oído semejante tontería", se quejó Sue, con magnífico desdén. "Qué tienen que ver las viejas hojas de hiedra con tu recuperación? Y solías amar tanto esa enredadera, niña traviesa. No seas una tonta. Oh, el médico me dijo esta mañana que tus posibilidades de recuperarte pronto eran - veamos exactamente lo que dijo - dijo que las posibilidades eran de diez a uno! Oh, eso es casi tan buena

oportunidad como tenemos en Nueva York cuando viajamos en los tranvías o pasamos junto a un edificio nuevo! Trata de tomar un poco de caldo ahora, y deja que Sudie vuelva a su dibujo, para que pueda venderlo al editor y comprar vino de Oporto para su hijo enfermo, y chuletas de cerdo para ella misma, la codiciosa."

"No necesitas conseguir más vino", dijo Johnsy, manteniendo sus ojos fijos en la ventana. "Ahí va otra. No, no quiero ningún caldo. Eso deja solo cuatro. Quiero ver caer la última antes de que oscurezca. Entonces también me iré."

"Johnsy, querida", dijo Sue, inclinándose sobre ella, "me prometes mantener tus ojos cerrados y no mirar por la ventana hasta que termine de trabajar? Debo entregar esos dibujos mañana. Necesito la luz, de lo contrario bajaría la persiana."

"No podrías dibujar en la otra habitación?", preguntó Johnsy, fríamente.

"Preferiría estar aquí contigo", dijo Sue. "Además, no quiero que sigas mirando esas tontas hojas de hiedra."

"Avísame tan pronto como hayas terminado", dijo Johnsy, cerrando los ojos, yaciendo blanca y quieta como una estatua caída, "porque quiero ver caer la última. Estoy cansada de esperar. Estoy cansada de pensar. Quiero perder mi agarre en todo, y navegar hacia abajo, abajo, como una de esas pobres hojas cansadas."

"Intenta dormir", dijo Sue. "Debo llamar a Behrman para que sea mi modelo del viejo minero ermitaño. No estaré ausente ni un minuto. No intentes moverte hasta que vuelva."

El viejo Behrman era un pintor que vivía en el piso de abajo debajo de ellos. Tenía más de sesenta años y tenía una barba al estilo Moisés de Miguel Ángel que le caía desde la cabeza de un sátiro junto con el cuerpo de un diablillo. Behrman era un fracaso en el arte. Durante cuarenta años había empuñado el pincel sin acercarse lo suficiente como para tocar el dobladillo del vestido de su Señora. Siempre había estado a punto de pintar una obra maestra, pero nunca la había empezado. Durante varios años no había pintado nada excepto de vez en cuando un garabato en la línea de comercio o publicidad. Ganaba algo sirviendo de modelo a esos jóvenes artistas de la colonia que no podían pagar el precio de un profesional. Bebía ginebra en exceso y aún hablaba de su próxima obra maestra. Por lo demás, era un pequeño anciano feroz que escarnecía terriblemente la suavidad en cualquiera, y que se consideraba a sí mismo como un mastín especial en espera para proteger a los dos jóvenes artistas en el estudio de arriba.

Sue encontró a Behrman oliendo fuertemente a bayas de enebro en su antro poco iluminado debajo. En un rincón había un lienzo en blanco en un caballete que había estado esperando allí durante veinticinco años para recibir la primera línea de la obra maestra. Le contó sobre la fantasía de Johnsy y cómo temía que ella, de hecho, ligera y frágil como una hoja, flotara cuando su débil conexión con el mundo se debilitara aún más.

El viejo Behrman, con sus ojos rojos claramente llorosos, gritó su desprecio y burla por tales imaginaciones idiotas.

"Vass!" exclamó. "Hay gente en el mundo con la tontería de morir porque las hojas caen de una maldita enredadera? No había oído tal cosa. No, no seré modelo para tu tonto ermitaño. Por qué permites que tonterías entren en la cabeza de ella? Ach, esa pobre pequeña Miss Johnsy."

"Ella está muy enferma y débil", dijo Sue, "y la fiebre ha dejado su mente morbosa y llena de extrañas fantasías. Muy bien, Sr. Behrman, si no quieres posar para mí, no hace falta. Pero creo que eres un viejo horripilante - un viejo charlatán."

"Eres igual que una mujer!" gritó Behrman. "Quién dijo que no bosearé? Sigue adelante. Vine a encontrarte. Durante media hora he estado tratando de decir que estoy listo para bosear. Dios! este no es un lugar en el que una tan buena como la señorita Yohnsy debería estar enferma. Algún día pintaré una obra maestra, y todos nos iremos. Dios! sí."

Johnsy estaba dormida cuando subieron las escaleras. Sue bajó la persiana hasta el alféizar de la ventana y señaló a Behrman hacia la otra habitación. Allí miraron por la ventana temerosos hacia la enredadera de hiedra. Luego se miraron el uno al otro durante un momento sin hablar. Una persistente lluvia fría caía, mezclada con nieve. Behrman, con su vieja camisa azul, se sentó como el minero ermitaño en un caldero volteado para una roca.

Cuando Sue se despertó de una hora de sueño la mañana siguiente, encontró a Johnsy con ojos apagados y abiertos de par en par mirando la persiana verde cerrada.

"Sube la persiana; quiero ver", ordenó en un susurro.

Fatigada, Sue obedeció. Pero, oh sorpresa! Después de la lluvia golpeadora y los fuertes ráfagas de viento que habían soportado durante toda la noche, aún sobresalía contra la pared de ladrillo una hoja de hiedra. Era la última en la enredadera. Aún de un verde oscuro cerca de su tallo, con sus bordes serrados teñidos con el amarillo de la disolución y la decadencia, colgaba valientemente de la rama unos veinte pies sobre el suelo.

"Es la última", dijo Johnsy. "Pensé que seguramente caería durante la noche. Oí el viento. Caerá hoy, y yo moriré al mismo tiempo."

"Querida, querida!", dijo Sue, inclinando su rostro desgastado hacia la almohada, "piensa en mí, si no piensas en ti misma. Qué haría yo?"

Pero Johnsy no respondió. La cosa más solitaria en todo el mundo es un alma cuando está lista para emprender su misterioso viaje. La fantasía parecía poseerla más fuertemente a medida que uno por uno los lazos que la unían a la amistad y a la tierra se desataban.

El día pasó, e incluso a través del crepúsculo pudieron ver la solitaria hoja de hiedra aferrándose a su tallo contra la pared. Y luego, con la llegada de la noche, el viento del norte estaba suelto de nuevo, mientras la lluvia seguía golpeando contra las ventanas y goteaba desde los aleros bajos.

Cuando fue lo suficientemente claro, Johnsy, implacable, ordenó que se levantara la persiana.

La hoja de hiedra seguía allí.

Johnsy permaneció acostada durante mucho tiempo mirándola. Y luego llamó a Sue, que estaba revolviendo su caldo de pollo en la estufa de gas.

"He sido una mala chica, Sudie", dijo Johnsy. "Algo ha hecho que esa última hoja permanezca allí para mostrarme lo mala que fui. Es un pecado querer morir. Puedes traerme un poco de caldo ahora, y un poco de leche con un poco de oporto, y - no; tráeme primero un espejo de mano, y luego coloca algunos cojines alrededor de mí, y me sentaré y te veré cocinar".

Una hora después dijo:

"Sudie, algún día espero pintar la Bahía de Nápoles."

El médico llegó por la tarde, y Sue tuvo una excusa para salir al pasillo mientras él se iba.

"Probabilidades parejas", dijo el médico, tomando la delgada y temblorosa mano de Sue en la suya. "Con una buena atención enfermera, saldrás adelante". Y ahora debo ver otro caso que tengo abajo. Se llama Behrman, creo que es algún tipo de artista. Neumonía también. Es un hombre mayor, débil, y el ataque es agudo. No hay esperanza para él; pero hoy va al hospital para estar más cómodo".

Al día siguiente, el médico le dijo a Sue: "Ella está fuera de peligro. Has ganado. Nutrición y cuidado ahora, eso es todo".

Y esa tarde, Sue se acercó a la cama donde Johnsy yacía, tejiendo contenta una bufanda de lana azul muy inútil, y puso un brazo alrededor de ella, almohadas incluidas.

"Tengo algo que decirte, ratón blanco", dijo. "El Sr. Behrman murió de neumonía hoy en el hospital. Estuvo enfermo solo dos días. El conserje lo encontró la mañana del primer día en su habitación abajo, indefenso por el dolor. Sus zapatos y ropa estaban empapados, con un frío helado. No podían imaginar dónde había estado en una noche tan espantosa. Y luego encontraron una linterna, aún encendida, y una escalera que había sido arrastrada de su lugar, y algunos pinceles dispersos, y una paleta con colores verdes y amarillos mezclados en ella, y - mira por la ventana, querida, a la última hoja de hiedra en la pared. No te preguntaste por qué nunca revoloteaba o se movía cuando soplabla el viento? Ah, cariño, es la obra maestra de Behrman - la pintó allí la noche que cayó la última hoja".

XII

El Poeta y el Campesino

El otro día, un amigo poeta mío, que ha vivido en estrecha comunión con la naturaleza toda su vida, escribió un poema y lo llevó a un editor.

Era una viva pastoril, llena del genuino aliento de los campos, el canto de los pájaros y el agradable murmullo de arroyos goteantes.

Cuando el poeta volvió para preguntar al respecto, con esperanzas de una cena de biftec en su corazón, se lo devolvieron con el comentario: "Demasiado artificial".

Varios de nosotros nos encontramos sobre spaghetti y chianti del condado de Dutchess, y tragamos indignación con bocados resbaladizos. Y allí cavamos un hoyo para el editor. Con nosotros estaba Conant, un escritor bien llegado de ficción, un hombre que había pisado asfalto toda su vida y que nunca había contemplado escenas bucólicas excepto con sensaciones de disgusto desde las ventanas de los trenes expresos.

Conant escribió un poema y lo llamó "La Cierva y el Arroyo". Fue un buen ejemplo del tipo de trabajo que esperarías de un poeta que solo había vagado con Amarilis hasta las ventanas de la floristería, y cuya única discusión ornitológica había sido llevada a cabo con un camarero. Conant firmó este poema, y lo enviamos al mismo editor.

Pero esto tiene muy poco que ver con la historia. Justo cuando el editor estaba leyendo la primera línea del poema, a la mañana siguiente, una criatura tropezó fuera del ferryboat de West Shore y se movió lentamente hacia arriba por la calle Cuarenta y Dos.

El invasor era un joven con ojos azul claro, un labio caído y cabello del exacto color del de la pequeña huérfana (descubierta después como la hija del conde) en una de las obras del Sr. Blaney. Sus pantalones eran de pana, su abrigo de mangas cortas, con botones en medio de su espalda. Una pierna de su bota estaba por fuera de los corduroys. Mirabas expectante, aunque en vano, su sombrero de paja en busca de agujeros para las orejas, su forma inauguraba la sospecha de que había sido arrebatado de un anterior poseedor equino. En su mano había un maletín, describirlo es una tarea imposible; un hombre de Boston no hubiera llevado su almuerzo y libros de leyes a su oficina en él. Y sobre una de sus orejas, en su cabello, había un mechón de heno: la carta de crédito del campesino, su insignia de inocencia, el último toque que se aferra al Jardín del Edén para avergonzar a los estafadores de oro.

Conocedoramente, sonriendo, las multitudes de la ciudad lo ignoraban. Vieron al extraño crudo pararse en la cuneta y alargar el cuello hacia los altos edificios. En este punto, dejaron de sonreír, e incluso de mirarlo. Se ha hecho tantas veces. Algunos echaron un vistazo al anticuado maletín para ver qué "atracción" de Coney Island o marca de chicle podría estar memorizando. Pero en su mayoría fue

ignorado. Incluso los vendedores de periódicos parecían aburridos cuando él corría como un payaso de circo fuera del camino de los taxis y los tranvías.

En la Octava Avenida estaba "Bunco Harry", con su bigote teñido y sus ojos brillantes y amables. Harry era un artista demasiado bueno como para no sentir dolor al ver a un actor exagerando su papel. Se acercó al campesino, que se había detenido para abrir la boca frente a una joyería, y sacudió la cabeza.

"Demasiado obvio, amigo," dijo críticamente, "demasiado obvio por un par de pulgadas. No sé cuál es tu trato; pero tienes los accesorios demasiado obvios. Ese heno, ahora... ni siquiera lo permiten en el circuito de Proctor."

"No te entiendo, señor," dijo el novato. "No estoy buscando ningún circo. Acabo de venir desde el Condado de Ulster para ver la ciudad, ya que la temporada de heno ha terminado. Vaya! Esto es enorme. Pensé que Poughkeepsie era algo, pero esta ciudad es cinco veces más grande."

"Bueno, ya sabes," dijo "Bunco Harry", levantando las cejas, "no quise entrometerme. No tienes por qué decirme. Pensé que deberías moderarte un poco, así que intenté ser sabio. Te deseo éxito en tu golpe, sea lo que sea. De todos modos, ven y toma algo."

"No me importaría tomar una cerveza de barril," reconoció el otro.

Fueron a un café frecuentado por hombres con caras lisas y ojos astutos, y se sentaron a tomar sus bebidas.

"Me alegra haberte encontrado, señor," dijo Haylocks. "Te gustaría jugar uno o dos juegos de siete y medio? Tengo las cartas."

Las sacó del maletín de Noah: un mazo raro e inimitable, grasiento por cenas de tocino y sucio con la tierra de los campos de maíz.

"Bunco Harry" rió en voz alta y brevemente.

"No es para mí, amigo," dijo firmemente. "No me enfrento a ese disfraz tuyo ni por un centavo. Pero sigo diciendo que te has pasado. Los campesinos no se visten así desde el '79. Dudo que puedas vender un reloj de cuerda en Brooklyn con ese aspecto."

"Oh, no creas que no tengo dinero," presumió Haylocks. Sacó un fajo de billetes enrollados tan grande como una taza de té y lo colocó sobre la mesa.

"Conseguí eso como parte de la herencia de la granja de mi abuela," anunció. "Hay 950 dólares en ese fajo. Pensé en venir a la ciudad y buscar un negocio prometedor en el que entrar."

"Bunco Harry" tomó el fajo de dinero y lo miró con casi respeto en sus ojos sonrientes.

"He visto peores", dijo críticamente. "Pero nunca lo lograrás con su ropa. Debes conseguir zapatos color beige claro, un traje negro y un sombrero de paja con una banda de color, y hablar mucho sobre Pittsburg y diferenciales de flete, y tomar jerez para desayunar para deshacerte de cosas falsas como esa".

"Cuál es su rollo?" preguntaron dos o tres hombres de ojos astutos a "Bunco Harry" después de que Haylocks recogiera su dinero impugnado y se marchara.

"El extraño, supongo", dijo Harry. "O tal vez es uno de los hombres de Jerome. O algún tipo con un nuevo timo. Es demasiado campesino. Tal vez eso sea lo suyo... me pregunto ahora... oh, no, no podría haber sido dinero real".

Haylocks siguió deambulando. Probablemente la sed lo asaltó de nuevo, porque se metió en una taberna oscura en una calle lateral y compró cerveza. A primera vista, sus ojos se iluminaron; pero cuando su rusticidad insistente y exagerada se hizo evidente, sus expresiones cambiaron a una sospecha cautelosa.

Haylocks colgó su maletín sobre la barra.

"Guárdamelo un rato, amigo", dijo masticando el extremo de un virulento cigarro de arcilla. "Volveré después de dar una vuelta. Y mantenlo bajo vigilancia, porque hay \$950 dentro, aunque quizás no lo creerías al verme".

En algún lugar afuera, un fonógrafo comenzó a tocar una pieza de banda, y Haylocks se fue hacia allí, con los botones de su abrigo chapoteando en medio de su espalda.

"Reparte, Mike", dijeron los hombres apoyados en la barra, guiñándose abiertamente unos a otros.

"Sinceramente, ahora", dijo el barman, pateando el maletín hacia un lado. "No creen que caería en eso, verdad? Cualquiera puede ver que él no es ningún ingenuo. Supongo que es uno de los reclutadores de McAdoo. Brillaría si se maquillara. Ya no hay partes del país donde se vistan así desde que pusieron el servicio rural de entrega en Providence, Rhode Island. Si tiene novecientos cincuenta en ese maletín, es un reloj Waterbury de noventa y ocho centavos que se detuvo a las diez menos diez".

Cuando Haylocks había agotado los recursos del Sr. Edison para entretenerse, regresó por su maletín. Y luego, por Broadway, paseó, seleccionando los lugares con sus ansiosos ojos azules. Pero aun así, Broadway lo rechazaba con miradas cortantes y sonrisas sardónicas. Era el más antiguo de los "chistes" que la ciudad debía soportar. Era tan flagrantemente imposible, tan ultra rústico, tan exagerado más allá de los productos más extravagantes del establo, el campo y el escenario de vodevil, que solo provocaba cansancio y sospecha. Y el mechón de heno en su cabello era tan genuino, tan fresco y perfumado de los prados, tan clamorosamente rural que incluso un tramposo habría recogido sus guisantes y cerrado su mesa al verlo.

Haylocks se sentó en un tramo de escalones de piedra y una vez más sacó su fajo de billetes amarillos del maletín. El exterior, un billete de veinte, lo desprendió y llamó a un vendedor de periódicos.

"Hijo", dijo, "ve y cámbiame esto en algún lugar. Estoy casi sin un duro. Supongo que recibirás un níquel si te das prisa".

Una mirada herida apareció a través de la suciedad en el rostro del vendedor.

"Oh, qué crees? Ve y cámbiate ese billete de payaso tú mismo. No llevas ropa de granja. Vete con tu dinero de escenario".

En una esquina se recostaba un reclutador astuto para una casa de juego. Vio a Haylocks, y su expresión de repente se volvió fría y virtuosa.

"Señor", dijo el campesino. "He oído hablar de lugares en esta ciudad donde un tipo podría tener un buen juego de old sledge o echar una carta en el keno. Tengo \$950 en este fajo, y bajé desde el viejo Ulster para ver los lugares de interés. Sabes dónde un tipo podría conseguir acción con unos \$9 o \$10? Voy a divertirme un poco, y luego tal vez compre algún tipo de negocio".

El reclutador pareció consternado e investigó una mota blanca en la uña de su dedo índice izquierdo.

"Vete, viejo", murmuró, reprochándolo. "La Oficina Central debe estar loca para enviarte así, pareciendo un campesino. No podrías acercarte a dos cuadras de un juego de dados en la acera con esas apariencias de Tony Pastor. El reciente Sr. Scotty del Valle de la Muerte te ha dejado atrás una cuadra en cuanto a escenografía isabelina y accesorios mecánicos. Que sea "skiddoo" para ti. No, no conozco ningún salón dorado donde uno pueda ser una camioneta de patrulla en el as de espadas".

Rechazado una vez más por la gran ciudad que es tan rápida para detectar artificialidades, Haylocks se sentó en el bordillo y convocó a sus pensamientos para celebrar una conferencia.

"Son mis ropas", dijo él; "maldición si no lo son. Piensan que soy un paleta y no quieren tener nada que ver conmigo. Nunca nadie se burló de este sombrero en el condado de Ulster. Supongo que si quieres que la gente te note en Nueva York, debes vestirse como ellos lo hacen."

Así que Haylocks fue de compras a los bazares donde los hombres hablaban a través de sus narices y se frotaban las manos, y pasaron la cinta métrica extáticamente sobre la protuberancia de su bolsillo interior donde reposaba un mazorca roja de maíz con un número par de hileras. Y mensajeros llevando paquetes y cajas acudieron a su hotel en Broadway, dentro de las luces de Long Acre.

A las 9 en punto de la noche descendió a la acera alguien a quien el condado de Ulster hubiera renegado. Brillantes eran sus zapatos de color beige claro; su sombrero el último modelo. Sus pantalones grises claro estaban profundamente planchados; un pañuelo de seda azul alegre ondeaba desde el bolsillo de su pecho de su elegante abrigo inglés para caminar. Su cuello podría haber adornado una ventana de lavandería; su cabello rubio estaba recortado corto; el mechón de heno había desaparecido.

Por un instante se quedó, resplandeciente, con el aire despreocupado de un paseante del bulevar ideando en su mente la ruta para sus placeres nocturnos. Y luego se dirigió por la alegre y brillante calle con el paso fácil y elegante de un millonario.

Pero en el instante en que se detuvo, los ojos más sabios y agudos de la ciudad lo habían envuelto en su campo de visión. Un hombre corpulento con ojos grises escogió a dos de sus amigos con un levantamiento de cejas de entre la fila de holgazanes frente al hotel.

"El más suculento pardillo que he visto en seis meses", dijo el hombre de ojos grises. "Vamos".

Era la media noche cuando un hombre entró corriendo en la Comisaría de Policía de la Calle Cuarenta y Siete Oeste con la historia de sus injusticias.

"Novecientos cincuenta dólares", jadeó, "todo mi parte de la granja de mi abuela".

El sargento de guardia le arrancó el nombre de Jabez Bulltongue, de la granja de Locust Valley, condado de Ulster, y luego comenzó a tomar las descripciones de los caballeros de los golpes.

Cuando Conant fue a ver al editor sobre el destino de su poema, fue recibido por encima del muchacho de la oficina en la oficina interior que está decorada con las estatuillas de Rodin y J. G. Brown.

"Cuando leí la primera línea de 'La Cierva y el Arroyo'", dijo el editor, "supe que era obra de alguien cuya vida ha estado corazón a corazón con la Naturaleza. El arte acabado de la línea no me cegó ante ese hecho. Para usar una comparación algo hogareña, fue como si un niño salvaje y libre de los bosques y campos se pusiera la vestimenta de la moda y caminara por Broadway. Bajo el atuendo, el hombre se mostraría".

"Gracias", dijo Conant. "Supongo que el cheque estará listo el jueves, como de costumbre."

Las moralejas de esta historia de alguna manera se han mezclado. Puedes elegir entre "Quédate en la granja" o "No escribas poesía".

XIII

Un Paseo por la Afasia

MI ESPOSA Y YO NOS SEPARAMOS esa mañana de manera precisa en nuestro usual estilo. Dejó su segunda taza de té para seguirme hasta la puerta principal. Allí arrancó de mi solapa el invisible hilo de pelusa (acto universal de la mujer para proclamar propiedad) y me rogó que cuidara mi resfriado. No tenía resfriado. Luego vino su beso de despedida, el beso de palanca de la domesticidad con sabor a Young Hyson. No había temor de lo espontáneo, de la variedad que adereza su costumbre infinita. Con el toque hábil de la larga mala práctica, ella apartó mi broche de corbata bien colocado; y luego, mientras cerraba la puerta, escuché sus zapatillas de la mañana retumbando de vuelta hacia su té enfriándose.

Cuando salí no tuve pensamientos ni presentimientos de lo que ocurriría. El ataque llegó de repente.

Durante muchas semanas estuve trabajando, casi noche y día, en un famoso caso de derecho ferroviario que gané triunfalmente unos días antes. De hecho, había estado cavando en la ley casi sin cesar durante muchos años. Una o dos veces, el buen Doctor Volney, mi amigo y médico, me había advertido.

"Si no aflojas, Belford", dijo, "te desmoronarás repentinamente. O tus nervios o tu cerebro cederán. Dime, pasa una semana en la que no lees en los periódicos sobre un caso de afasia, de algún hombre perdido, vagando sin nombre, con su pasado y su identidad borrados, y todo por ese pequeño coágulo cerebral causado por el exceso de trabajo o preocupación?"

"Siempre pensé", dije yo, "que el coágulo en esos casos realmente se encontraba en los cerebros de los reporteros de periódicos."

El Doctor Volney negó con la cabeza.

"La enfermedad existe", dijo. "Necesitas un cambio o un descanso. Sala de audiencias, oficina y hogar: ese es el único camino que recorres. Para recrearte, tú... lees libros de derecho. Será mejor que tomes la advertencia a tiempo".

"Los jueves por la noche", dije en mi defensa, "mi esposa y yo jugamos a las cartas. Los domingos ella me lee la carta semanal de su madre. Aún queda por establecer que los libros de derecho no sean recreativos".

Esa mañana, mientras caminaba, pensaba en las palabras del Doctor Volney. Me sentía tan bien como de costumbre, posiblemente en mejor estado de ánimo de lo habitual.

Desperté con los músculos rígidos y contraídos por haber dormido mucho en el asiento incómodo de un coche de día. Apoyé mi cabeza contra el asiento e intenté pensar. Después de mucho tiempo, me dije a mí

mismo: "Debo tener algún tipo de nombre". Busqué en mis bolsillos. No había tarjeta, carta ni papel con monograma que pudiera encontrar. Pero encontré en el bolsillo de mi abrigo casi \$3,000 en billetes de gran denominación. "Debo ser alguien, por supuesto", repetí para mí mismo, y comencé de nuevo a considerarlo.

El vagón estaba bien lleno de hombres, entre los cuales, me dije a mí mismo, debía haber algún interés común, pues se mezclaban libremente y parecían estar de buen humor y animados. Uno de ellos, un caballero robusto y con gafas envuelto en un decidido olor a canela y aloe, ocupó la mitad vacía de mi asiento con un gesto amistoso y desplegó un periódico. En los intervalos entre sus períodos de lectura, conversamos, como suelen hacer los viajeros, sobre asuntos de actualidad. Me encontré capaz de sostener la conversación sobre tales temas con crédito, al menos para mi memoria. Con el tiempo, mi compañero dijo:

"Tú eres uno de nosotros, por supuesto. Un gran grupo de hombres que el Oeste envía esta vez. Me alegra que hayan celebrado la convención en Nueva York; nunca antes había estado en el Este. Mi nombre es R. P. Bolder, Boulder & Son, de Hickory Grove, Missouri".

Aunque no estaba preparado, me enfrenté a la emergencia, como los hombres hacen cuando se ven obligados. Ahora debía llevar a cabo un bautizo y ser al mismo tiempo bebé, sacerdote y padre. Mis sentidos vinieron al rescate de mi cerebro más lento. El persistente olor a medicamentos de mi compañero proporcionó una idea; una mirada a su periódico, donde mi ojo se encontró con un anuncio llamativo, me ayudó aún más.

"Mi nombre", dije con fluidez, "es Edward Pinkhammer. Soy farmacéutico y mi hogar está en Cornopolis, Kansas".

"Sabía que eras farmacéutico", dijo amablemente mi compañero de viaje. "Vi la mancha callosa en tu dedo índice derecho donde roza el mango del mortero. Por supuesto, eres delegado en nuestra Convención Nacional".

"Todos estos hombres son farmacéuticos?", pregunté, asombrado.

"Lo son. Este vagón vino del Oeste. Y son tus farmacéuticos de siempre, también: ninguno de esos farmacéuticos de píldoras y gránulos patentados que usan máquinas tragamonedas en lugar de un mostrador de recetas. Nosotros destilamos nuestro propio paregórico y fabricamos nuestras propias píldoras, y no nos importa vender algunas semillas de jardín en primavera, y tener una línea secundaria de confitería y zapatos. Te digo, Hampinker, tengo una idea para presentar en esta convención; nuevas ideas es lo que quieren. Ahora, conoces las botellas en el estante de antimónico tartárico y sal de Rochelle? Una es veneno, ya sabes, y la otra es inofensiva. Es fácil confundir una etiqueta con la otra. Dónde suelen guardarlas los farmacéuticos? Bueno, lo más separadas posible, en estantes diferentes. Eso está mal. Yo digo que hay que ponerlas una al lado de la otra, así cuando necesitas una, siempre puedes compararla con la otra y evitar errores. Captas la idea?"

"Me parece una muy buena idea", dije.

"Perfecto! Cuando la presente en la convención, tú la respaldas. Vamos a hacer que algunos de estos profesores de fosfato de naranja y crema de masaje del Este que creen que son las únicas pastillas en el mercado parezcan tabletas hipodérmicas".

"Si puedo ayudar en algo", dije, entusiasmándome, "las dos botellas de... ehm..."

"Tartrato de antimonio y potasio, y tartrato de sodio y potasio".

"A partir de ahora se sentarán una al lado de la otra", concluí, firmemente.

"Ahora, hay otra cosa", dijo el Sr. Bolder. "Para un excipiente en la manipulación de una masa de píldoras, cuál prefieres: el carbonato de magnesio o la raíz pulverizada de gliciriza?"

"El... eh... magnesio", dije. Era más fácil de decir que la otra palabra.

El Sr. Bolder me miró desconfiadamente a través de sus gafas.

"Dame la gliciriza", dijo. "Magnesia hace que las píldoras se apelmacen".

"Aquí tienes otro de estos casos falsos de afasia", dijo luego, entregándome su periódico y señalando un artículo con su dedo. "No creo en ellos. Pongo nueve de cada diez como fraudes. Un hombre se cansa de su negocio y su familia y quiere divertirse. Se escapa a algún lugar y cuando lo encuentran, finge haber perdido la memoria: no sabe su propio nombre y ni siquiera reconoce la marca de fresa en el hombro izquierdo de su esposa. Afasia! Tss! Por qué no pueden quedarse en casa y olvidarse?"

Tomé el periódico y leí, después de los titulares punzantes, lo siguiente:

"DENVER, 12 de junio. - Elwyn C. Belford, un destacado abogado, ha estado misteriosamente desaparecido de su hogar desde hace tres días, y todos los esfuerzos por localizarlo han sido en vano. El Sr. Belford es un ciudadano muy conocido de la más alta posición, y ha disfrutado de una práctica legal amplia y lucrativa. Está casado y posee una casa hermosa y la biblioteca privada más extensa del estado. El día de su desaparición, retiró una suma bastante grande de dinero de su banco. No se encuentra a nadie que lo haya visto después de que salió del banco. El Sr. Belford era un hombre de gustos singularmente tranquilos y domésticos, y parecía encontrar su felicidad en su hogar y su profesión. Si existe alguna pista para su extraña desaparición, puede encontrarse en el hecho de que durante algunos meses ha estado profundamente absorto en un caso legal importante en relación con la Compañía de Ferrocarriles Q.U. y Z. Se teme que el exceso de trabajo haya afectado su mente. Se están haciendo todos los esfuerzos posibles para descubrir el paradero del hombre desaparecido."

"Me parece que no eres del todo incrédulo, Sr. Bolder", dije después de leer el despacho. "Esto suena, para mí, como un caso genuino. Por qué este hombre, próspero, felizmente casado y respetado, elige de repente abandonarlo todo? Sé que estas lagunas de memoria ocurren, y que los hombres se encuentran a la deriva sin nombre, historia o hogar."

"Oh, tonterías y charlatanería", dijo el Sr. Bolder. "Lo que buscan son travesuras. Hay demasiada educación hoy en día. Los hombres conocen la afasia y la utilizan como excusa. Las mujeres también son sabias. Cuando todo ha terminado, te miran a los ojos, tan científicamente como les plazca, y dicen: 'Me hipnotizó'."

Así que el Sr. Bolder me desvió, pero no me ayudó, con sus comentarios y filosofía.

Llegamos a Nueva York alrededor de las diez de la noche. Viajé en un taxi hacia un hotel, y escribí mi nombre "Edward Pinkhammer" en el registro. Mientras lo hacía, sentí una espléndida, salvaje e intoxicante euforia, un sentido de libertad ilimitada, de posibilidades recién adquiridas. Acababa de nacer en el mundo. Las viejas cadenas, cualesquiera que fueran, se desprendieron de mis manos y pies. El futuro se extendía ante mí como un camino claro, como el de un recién nacido, y podía emprenderlo equipado con el conocimiento y la experiencia de un hombre.

Pensé que el empleado del hotel me miró cinco segundos demasiado tiempo. No tenía equipaje.

"La Convención de Farmacéuticos", dije. "Mi maleta no ha llegado de alguna manera." Saqué un fajo de dinero.

"Ah!" dijo, mostrando un diente aurífero, "tenemos varios delegados del Oeste alojados aquí." Golpeó una campana para llamar al chico.

Traté de darle color a mi papel.

"Hay un movimiento importante entre nosotros, los del Oeste", dije, "con respecto a una recomendación a la convención para que las botellas que contienen el tartrato de antimonio y potasio, y el tartrato de sodio y potasio se mantengan en una posición contigua en el estante."

"Caballero en el tres catorce", dijo el empleado, apresuradamente. Fui llevado rápidamente a mi habitación.

Al día siguiente compré una maleta y ropa, y comencé a vivir la vida de Edward Pinkhammer. No agoté mi cerebro con intentos de resolver problemas del pasado.

Fue una taza picante y brillante la que la gran ciudad insular me ofreció. La bebí con gratitud. Las llaves de Manhattan pertenecen a aquel que pueda llevarlas. Debes ser el huésped de la ciudad o su víctima.

Los siguientes días fueron de oro y plata. Edward Pinkhammer, contando su nacimiento en horas solamente, conocía la rara alegría de haber encontrado un mundo tan divertido y desinhibido. Me senté embelesado en las alfombras mágicas proporcionadas en teatros y jardines en la azotea, que transportaban a uno a tierras extrañas y encantadoras llenas de música alegre, chicas bonitas y grotescos drolly extravagantes parodias sobre la humanidad. Iba de aquí para allá a mi propia voluntad, sin límites de espacio, tiempo o comportamiento. Cenaba en extraños cabarets, en mesas d'hote aún más extrañas, al son de música húngara y los salvajes gritos de artistas y escultores mercuriales. O, de nuevo, donde la vida nocturna tiembla bajo el resplandor eléctrico como una imagen cinematográfica, y la sombrerería del

mundo, y sus joyas, y aquellas a las que adornan, y los hombres que hacen todo esto posible se encuentran para alegría y el efecto espectacular. Y entre todas estas escenas que he mencionado aprendí una cosa que nunca supe antes. Y es que la clave de la libertad no está en manos de la Licencia, sino que la Convención la sostiene. La Cortesía tiene una barrera de peaje que debes pagar, o de lo contrario no podrás entrar en la tierra de la Libertad. En todo el brillo, el aparente desorden, el desfile, el abandono, vi esta ley, discreta pero como de hierro, prevalecer. Por lo tanto, en Manhattan debes obedecer estas leyes no escritas, y entonces serás libre entre los libres. Si te niegas a estar atado por ellas, te pones grilletes.

A veces, según mi estado de ánimo me impulsaba, buscaría los salones de palmeras estatutarios, susurrantes y suavemente murmurantes, perfumados con vida de alta alcurnia y delicada restricción, para cenar. Otra vez bajaría a las vías navegables en barcos llenos de vociferantes empleados y dependientes engalanados, desenfrenados en su amor no controlado por las orillas de la isla. Y siempre estaba Broadway, resplandeciente, opulento, astuto, variado, deseable Broadway, creciendo sobre uno como un hábito de opio.

Una tarde, al entrar en mi hotel, un hombre corpulento con una gran nariz y un bigote negro bloqueó mi camino en el pasillo. Cuando intenté pasar a su alrededor, me saludó con una familiaridad ofensiva.

"Hola, Bellford!" gritó, en voz alta. "Qué diablos haces en Nueva York? No sabía que algo pudiera sacarte de ese viejo antro de libros tuyo. Está sola la Sra. B. o es esto un pequeño asunto llevado a cabo solo, eh?"

"Ha cometido un error, señor", dije fríamente, liberando mi mano de su agarre. "Mi nombre es Pinkhammer. Me disculpará".

El hombre se apartó a un lado, aparentemente asombrado. Mientras caminaba hacia el mostrador del recepcionista, lo escuché llamar a un botones y decir algo sobre formularios de telegrafía.

"Me dará mi cuenta", dije al recepcionista, "y hará que bajen mi equipaje en media hora. No deseo permanecer donde me molestan hombres confiados".

Esa tarde me trasladé a otro hotel, uno sobrio y de estilo antiguo en la parte baja de la Quinta Avenida.

Había un restaurante un poco alejado de Broadway donde se podía ser atendido casi al aire libre en medio de una variedad tropical de flora que servía de pantalla. El lujo tranquilo y un servicio perfecto lo convertían en un lugar ideal para almorzar o tomar un refrigerio. Una tarde estaba allí abriéndome paso hacia una mesa entre los helechos cuando sentí que me agarraban la manga.

"Sr. Bellford!" exclamó una voz sorprendentemente dulce.

Me volví rápidamente para ver a una dama sentada sola, una dama de unos treinta años, con unos ojos extremadamente hermosos, que me miraba como si fuera su amigo más querido.

"Ibas a pasar de largo", dijo acusatoriamente. "No me digas que no me conoces. Por qué no deberíamos estrecharnos la mano, al menos una vez en quince años?"

Le estreché la mano de inmediato. Tomé una silla frente a ella en la mesa. Llamé con mis cejas a un camarero que rondaba. La dama coqueteaba con un helado de naranja. Pedí un creme de menthe. Su cabello era de un bronce rojizo. No podías mirarlo, porque no podías apartar la vista de sus ojos. Pero eras consciente de él como eres consciente del atardecer mientras miras en las profundidades de un bosque al anochecer.

"Estás seguro de que me conoces?" pregunté.

"No", dijo, sonriendo. "Nunca estuve segura de eso".

"Qué pensarías", dije, un poco ansioso, "si te dijera que mi nombre es Edward Pinkhammer, de Cornopolis, Kansas?"

"Qué pensaría?" repitió, con una mirada alegre. "Pues que no has traído a la Sra. Bellford contigo a Nueva York, por supuesto. Me hubiera gustado ver a Marian". Su voz bajó ligeramente: "No has cambiado mucho, Elwyn".

Sentí sus maravillosos ojos buscando los míos y mi rostro más de cerca.

"Sí, has cambiado", corrigió, y había una nota suave y triunfante en sus últimas palabras; "Lo veo ahora. No has olvidado. No has olvidado por un año, un día o una hora. Te dije que nunca podrías hacerlo".

Revolví nerviosamente mi pajita en el creme de menthe.

"Le ruego sinceramente disculpas", dije, un poco inquieto por su mirada. "Pero ese es precisamente el problema. Lo he olvidado todo. He olvidado todo".

Ella despreció mi negación. Se rió deliciosamente de algo que parecía ver en mi rostro.

"He oído hablar de ti a veces", continuó. "Eres un abogado importante en el Oeste, no es así? Denver, o Los Ángeles? Marian debe estar muy orgullosa de ti. Supongo que sabías que me casé seis meses después que tú. Puede que lo hayas visto en los periódicos. Las flores solas costaron dos mil dólares".

Había mencionado quince años. Quince años es mucho tiempo.

"Sería demasiado tarde", pregunté, un poco temeroso, "para ofrecerte mis felicitaciones?"

"No, si te atreves a hacerlo", respondió, con tanta fina intrepidez que me quedé en silencio y empecé a marcar patrones en la tela con mi uña del pulgar.

"Dime una cosa", dijo, inclinándose hacia mí con cierto entusiasmo, "una cosa que he querido saber durante muchos años, solo por curiosidad de mujer, por supuesto: te has atrevido desde aquella noche a tocar, oler o mirar rosas blancas, rosas blancas mojadas por la lluvia y el rocío?"

Di un sorbo al creme de menthe.

"Sería inútil, supongo", dije con un suspiro, "repetir que no tengo ningún recuerdo de estas cosas".

Mi memoria está completamente equivocada. No necesito decir cuánto lo lamento."

La dama apoyó los brazos sobre la mesa, y nuevamente sus ojos despreciaron mis palabras y viajaron por su propio camino directo a mi alma. Se rió suavemente, con una extraña cualidad en el sonido, era una risa de felicidad, sí, y de contento, y de miseria. Traté de apartar la mirada de ella.

"Mientes, Elwyn Belford", respiró, dichosa. "Oh, sé que mientes!"

Miré sin vida hacia los helechos.

"Mi nombre es Edward Pinkhammer", dije. "Vine con los delegados a la Convención Nacional de Farmacéuticos. Hay un movimiento en marcha para organizar una nueva posición para las botellas de tartrato de antimonio y tartrato de potasio, en la cual, muy probablemente, tendrías poco interés".

Un lujoso landó se detuvo frente a la entrada. La dama se levantó. Tomé su mano y me incliné.

"Lamento profundamente", le dije, "no poder recordar. Podría explicar, pero temo que no entenderías. No cederás en Pinkhammer; y realmente no puedo concebir en absoluto las rosas y otras cosas".

"Adiós, Sr. Belford", dijo, con su sonrisa feliz y triste, mientras se subía a su carruaje.

Asistí al teatro esa noche. Cuando regresé a mi hotel, un hombre tranquilo con ropa oscura, que parecía interesado en frotarse las uñas con un pañuelo de seda, apareció mágicamente a mi lado.

"Sr. Pinkhammer", dijo, prestando la mayor parte de su atención a su dedo índice, "puedo pedirle que se aparte conmigo para una pequeña conversación? Hay una habitación aquí".

"Por supuesto", respondí.

Me condujo a un pequeño salón privado. Había una dama y un caballero allí. La dama, supuse, habría sido excepcionalmente atractiva si sus rasgos no estuvieran nublados por una expresión de preocupación aguda y fatiga. Tenía un estilo de figura y un colorido y rasgos que eran agradables a mi gusto. Estaba vestida para viajar; me fijó una mirada seria de extrema ansiedad y apretó una mano inestable contra su pecho. Creo que habría dado un paso adelante, pero el caballero detuvo su movimiento con un gesto autoritario de su mano. Luego vino él mismo a recibirme. Era un hombre de cuarenta años, un poco canoso alrededor de las sienes, y con un rostro fuerte y reflexivo.

"Belford, viejo amigo", dijo cordialmente, "me alegra verte de nuevo. Por supuesto que sabemos que todo está bien. Te advertí, ¿sabes?, que te estabas excediendo. Ahora, volverás con nosotros y volverás a ser tú mismo en poco tiempo".

Sonreí irónicamente.

"He sido 'Belfordizado' tantas veces", dije, "que ha perdido su filo. Aun así, al final, podría volverse tedioso. Estarías dispuesto en absoluto a considerar la hipótesis de que mi nombre es Edward Pinkhammer, y que nunca te he visto antes en mi vida?"

Antes de que el hombre pudiera responder, un grito lastimero vino de la mujer. Saltó más allá de su brazo que la detenía. "Elwyn!", sollozó, y se arrojó sobre mí, y se aferró con fuerza. "Elwyn", volvió a llorar, "no rompas mi corazón. Soy tu esposa, llama mi nombre una vez, solo una vez. Preferiría verte muerto antes que de esta manera".

Desaté sus brazos respetuosamente, pero con firmeza.

"Señora", dije severamente, "permítame sugerirle que acepte una semejanza demasiado precipitadamente. Es una lástima", continué con una risa divertida, mientras se me ocurría el pensamiento, "que este Bellford y yo no pudiéramos ser mantenidos uno al lado del otro en el mismo estante como tartratos de sodio y antimonio para fines de identificación. Para entender la alusión", concluí con aire de suficiencia, "puede ser necesario que siga de cerca las actividades de la Convención Nacional de Farmacéuticos".

La dama se volvió hacia su compañero y agarró su brazo.

"Qué pasa, Doctor Volney? Oh, qué pasa?" gimió.

"Ve a tu habitación por un rato", le oí decir. "Yo me quedaré y hablaré con él. Su mente? No, creo que no, solo una parte del cerebro. Sí, estoy seguro de que se recuperará. Ve a tu habitación y déjame solo con él".

La dama desapareció. El hombre de ropa oscura también salió, aún arreglándose las uñas de manera pensativa. Creo que esperaba en el pasillo.

"Me gustaría hablar contigo por un tiempo, Sr. Pinkhammer, si me lo permites", dijo el caballero que se quedó.

"Muy bien, si lo deseas", respondí, "y discúlpame si lo tomo con comodidad; estoy bastante cansado". Me estiré en un sofá junto a una ventana y encendí un cigarro. Él acercó una silla.

"Hablemos al grano", dijo tranquilizadamente. "Tu nombre no es Pinkhammer".

"Lo sé tan bien como tú", dije con frialdad. "Pero un hombre debe tener algún nombre. Puedo asegurarte que no admiro exageradamente el nombre de Pinkhammer. Pero cuando uno se bautiza repentinamente, los nombres finos no parecen sugerirse. Pero, y si hubiera sido Scheringhausen o Scroggins? Creo que me fue muy bien con Pinkhammer".

"Tu nombre", dijo el otro hombre, "en serio, es Elwyn C. Bellford. Eres uno de los mejores abogados de Denver. Estás sufriendo un ataque de afasia, que te ha hecho olvidar tu identidad. La causa de ello fue la sobreaplicación a tu profesión y, quizás, una vida demasiado carente de recreación natural y placeres. La dama que acaba de salir de la habitación es tu esposa".

"Diría que es una mujer de aspecto distinguido", dije, tras una pausa judicial. "Admiro especialmente el tono de marrón de su cabello".

"Es una esposa de la que estar orgulloso. Desde tu desaparición, hace casi dos semanas, apenas ha cerrado los ojos. Supimos que estabas en Nueva York a través de un telegrama enviado por Isidore Newman, un viajero de Denver. Dijo que te había encontrado en un hotel aquí, y que no lo reconociste".

"Creo recordar la ocasión", dije. "El tipo me llamó 'Bellford', si no me equivoco. Pero no crees que es hora ya de que te presentes tú?"

"Soy Robert Volney, el Doctor Volney. He sido tu amigo cercano durante veinte años, y tu médico durante quince. Vine con la Sra. Bellford para localizarte tan pronto como recibimos el telegrama. Intenta recordar, Elwyn, viejo amigo, intenta recordar!"

"De qué sirve intentarlo?", pregunté con un pequeño ceño fruncido. "Dices que eres médico. Es curable la afasia? Cuando un hombre pierde la memoria, vuelve lentamente o de repente?"

"A veces gradualmente e imperfectamente; a veces tan repentinamente como se fue".

"Te encargarás del tratamiento de mi caso, Doctor Volney?", pregunté.

"Viejo amigo", dijo él, "haré todo lo que esté en mi poder y habré hecho todo lo que la ciencia pueda hacer para curarte".

"Muy bien", dije yo. "Entonces considerarás que soy tu paciente. Todo está en confianza ahora, confidencialidad profesional".

"Por supuesto", dijo el Doctor Volney.

Me levanté del sofá. Alguien había puesto un jarrón de rosas blancas en la mesa central, un ramo de rosas blancas, recién rociadas y fragantes. Las arrojé lejos por la ventana y luego me recosté en el sofá de nuevo.

"Será mejor, Bobby", dije, "que esta cura ocurra de repente. De todos modos, estoy bastante cansado de todo esto. Puedes irte ahora y traer a Marian. Pero, oh, Doc", dije, con un suspiro, mientras le daba una patada en la espinilla, "buen viejo Doc, fue glorioso!"

XIV

Un Informe Municipal

Las ciudades están llenas de orgullo, desafiándose mutuamente: Esta desde su montaña, aquella desde su playa cargada.

R. KIPLING.

Te imaginas una novela sobre Chicago o Buffalo, digamos, o Nashville, Tennessee? Solo hay tres grandes ciudades en los Estados Unidos que son "ciudades de historias": Nueva York, por supuesto, Nueva Orleans y, la mejor de todas, San Francisco.

FRANK NORRIS.

Las ciudades están llenas de orgullo, desafiándose mutuamente: Esta desde su montaña, aquella desde su playa cargada.

R. KIPLING.

Te gustaría una novela sobre Chicago o Buffalo, digamos, o Nashville, Tennessee! Solo hay tres grandes ciudades en los Estados Unidos que son "ciudades de historias": Nueva York, por supuesto, Nueva Orleans y, la mejor de todas, San Francisco.

FRANK NORRIS.

EL ESTE ES EL ESTE, y el Oeste es San Francisco, según los californianos. Los californianos son una raza de personas; no son simplemente habitantes de un estado. Son los sureños del Oeste. Ahora, los habitantes de Chicago no son menos leales a su ciudad; pero cuando les preguntas por qué, tartamudean y hablan de pescado de lago y el nuevo edificio de Odd Fellows. Pero los californianos entran en detalles. Por supuesto, tienen, en el clima, un argumento que es bueno durante media hora mientras estás pensando en tus facturas de carbón y ropa interior pesada. Pero tan pronto como confunden tu silencio con convicción, la locura los invade y pintan la ciudad de la Puerta Dorada como la Bagdad del Nuevo Mundo. Hasta ahora, en cuanto a una cuestión de opinión, no es necesaria ninguna refutación. Pero, queridos primos todos (descendientes de Adán y Eva), es un temerario quien pondrá su dedo en el mapa y dirá: "En esta ciudad no puede haber romance, qué podría pasar aquí?" Sí, es un acto audaz y temerario desafiar a la historia, el romance y Rand y McNally.

NASHVILLE - Una ciudad, puerto de entrega y la capital del Estado de Tennessee, está en el río Cumberland y en los ferrocarriles N. C. & St. L. y L. & N. Esta ciudad es considerada como el centro educativo más importante del Sur.

Bajé del tren a las 8 P.M. Después de buscar en vano en el tesoro adjetivos, debo, como sustituto, contratarme para comparar en forma de receta.

Toma una niebla londinense 30 partes; malaria 10 partes; fugas de gas 20 partes; gotas de rocío recogidas en un patio de ladrillos al amanecer, 25 partes; olor a madreSelva 15 partes. Mezclar.

La mezcla te dará una concepción aproximada de un llovizna en Nashville. No es tan fragante como una bola de polilla ni tan espeso como una sopa de guisantes; pero es suficiente - servirá.

Fui a un hotel en un desorden. Requirió una fuerte auto contención para evitar que me subiera a la cima y diera una imitación de Sidney Carton. El vehículo era tirado por bestias de una era pasada y conducido por algo oscuro y emancipado.

Estaba cansado y con sueño, así que cuando llegué al hotel pagué rápidamente los cincuenta centavos que exigía (con lagniappe aproximado, te lo aseguro). Conocía sus hábitos; y no quería escucharlo hablar sobre su viejo "amo" o cualquier cosa que sucediera "antes de la guerra".

El hotel era uno de los que se describían como "renovado". Eso significaba \$20,000 en nuevas columnas de mármol, azulejos, luces eléctricas y cuspidores de latón en el vestíbulo, y un nuevo horario de trenes de L. & N. y una litografía del Lookout Mountain en cada una de las grandes habitaciones de arriba. La dirección era irreprochable, la atención llena de exquisita cortesía sureña, el servicio tan lento como el progreso de un caracol y tan buen humorado como Rip Van Winkle. La comida valía la pena viajar mil millas por ella. No hay otro hotel en el mundo donde se puedan conseguir hígados de pollo en brocheta como esos.

En la cena le pregunté a un camarero negro si había algo que hacer en la ciudad. Reflexionó gravemente durante un minuto y luego respondió: "Bueno, jefe, realmente no creo que haya nada en absoluto después del atardecer".

El atardecer había llegado; había sido ahogado en la llovizna mucho antes. Así que ese espectáculo me fue negado. Pero salí a las calles en la llovizna para ver qué podría haber allí.

Está construido en terrenos ondulados; y las calles están iluminadas por electricidad a un costo de \$32,470 al año.

Cuando salí del hotel hubo un disturbio racial. Una compañía de hombres libres, o árabes, o zulúes, cargaron contra mí, armados con... no, vi con alivio que no eran rifles, sino látigos. Y vi vagamente una caravana de vehículos negros y torpes; y ante los gritos tranquilizadores de "Te llevo a algún lugar de la ciudad, jefe, por cincuenta centavos?", razoné que yo era simplemente un "pasajero" en lugar de una víctima.

Caminé por largas calles, todas subiendo cuesta arriba. Me pregunté cómo esas calles bajaban de nuevo. Quizás no lo hacían hasta que estuvieran "niveladas". En algunas de las "calles principales" vi luces en tiendas aquí y allá; vi tranvías pasar llevando a respetables burgueses de aquí para allá; vi gente pasar dedicada al arte de la conversación, y escuché una ráfaga de risas semi-animadas saliendo de una

heladería y refresquería. Las calles que no eran "principales" parecían haber atraído sobre sus bordes casas consagradas a la paz y la vida doméstica. En muchas de ellas brillaban luces detrás de cortinas de ventana discretamente corridas; en algunas pianos sonaban música ordenada e irreprochable. De hecho, había poco "haciéndose". Desearía haber venido antes del atardecer. Así que regresé a mi hotel.

En noviembre de 1864, el general confederado Hood avanzó contra Nashville, donde sitiaba a una fuerza nacional bajo el general Thomas. Este último luego salió y derrotó a los confederados en un terrible conflicto.

Toda mi vida he oído hablar, admirado y presenciado la fina puntería del Sur en sus conflictos pacíficos en las regiones donde se masca tabaco. Pero en mi hotel me esperaba una sorpresa. Había doce cuspidores de latón brillantes, nuevos, imponentes y espaciosos en el gran vestíbulo, lo suficientemente altos como para ser llamados urnas y tan anchos que la mejor lanzadora de un equipo de béisbol femenino debería haber sido capaz de lanzar una pelota hacia uno de ellos a cinco pasos de distancia. Pero, aunque una terrible batalla había estallado y seguía en curso, el enemigo no había sufrido. Brillantes, nuevos, imponentes, espaciosos, intocados, permanecían. Pero, sombras de Jefferson Brick! el suelo de baldosas... el hermoso suelo de baldosas! No pude evitar pensar en la batalla de Nashville, y traté de sacar, como es mi hábito tonto, algunas conclusiones sobre la puntería hereditaria. Aquí vi por primera vez al Mayor (por cortesía mal ubicada) Wentworth Caswell. Lo reconocí como un tipo en el momento en que mis ojos sufrieron la vista de él. Una rata no tiene hábitat geográfico. Mi viejo amigo, A. Tennyson, dijo, como decía tan bien casi todo: "Profeta, maldice el labio charlatán, y maldice a la alimaña británica, la rata". Consideremos la palabra "británica" como intercambiable _ad lib_. Una rata es una rata.

Este hombre estaba husmeando por el vestíbulo del hotel como un perro hambriento que había olvidado dónde había enterrado un hueso. Tenía una cara de gran extensión, roja, pulposa, y con una especie de masividad adormilada como la de Buda. Poseía una sola virtud: estaba muy bien afeitado. La marca de la bestia no es indeleble en un hombre hasta que anda con una barba de tres días. Creo que si no hubiera usado su navaja ese día, habría rechazado sus avances, y el calendario criminal del mundo se habría ahorrado la adición de un asesinato.

Resultó que estaba parado a menos de cinco pies de un cuspidor cuando el Mayor Caswell abrió fuego contra él. Había sido lo suficientemente observador como para percibir que la fuerza atacante estaba usando Gatlings en lugar de rifles de ardilla; así que me aparté rápidamente para que el mayor aprovechara la oportunidad para disculparse con un no combatiente. Tenía un labio charlatán. En cuatro minutos se había convertido en mi amigo y me había arrastrado al bar.

Deseo intercalar aquí que soy sureño. Pero no lo soy por profesión o comercio. Rechacé la corbata de lazo, el sombrero caído, el frac, el número de fardos de algodón destruidos por Sherman, y la masticación de tabaco. Cuando la orquesta toca Dixie, no aplaudo. Me deslizo un poco más bajo en el asiento de cuero y, bueno, pido otro Würzburger y desearía que Longstreet hubiera... pero para qué sirve?

El Mayor Caswell golpeó la barra con su puño, y el primer disparo en Fort Sumter resonó. Cuando disparó el último en Appomattox, comencé a tener esperanzas. Pero luego empezó con los árboles genealógicos, y demostró que Adán solo era primo tercero de una rama colateral de la familia Caswell.

Terminado el tema de la genealogía, pasó, para mi disgusto, a sus asuntos familiares privados. Habló de su esposa, rastreó su descendencia hasta Eva y negó profanamente cualquier rumor posible de que ella pudiera haber tenido relaciones en la tierra de Nod.

Para entonces, empezaba a sospechar que intentaba ocultar con ruido el hecho de que había pedido las bebidas, con la esperanza de que me desconcertara y pagara por ellas. Pero cuando las bebidas estuvieron abajo, estrelló ruidosamente un dólar de plata sobre la barra. Entonces, por supuesto, era obligatorio servir otra ronda. Y cuando pagué por eso, me despedí bruscamente de él; no quería más de él. Pero antes de obtener mi liberación, había rezado en voz alta por un ingreso que su esposa recibía y mostraba un puñado de dinero de plata.

Cuando obtuve mi llave en la recepción, el empleado me dijo cortésmente: "Si ese hombre Caswell te ha molestado y te gustaría presentar una queja, lo haremos echar. Es un fastidio, un vago y no tiene medios de sustento conocidos, aunque parece tener dinero la mayor parte del tiempo. Pero parece que no podemos encontrar ningún medio para sacarlo legalmente".

"Bueno, no", dije después de reflexionar un poco; "No veo claro cómo presentar una queja. Pero me gustaría dejar constancia de que no me agrada su compañía. Tu ciudad", continué, "parece ser tranquila. Qué tipo de entretenimiento, aventura o emoción tienen para ofrecer al extranjero dentro de sus puertas?"

"Bueno, señor", dijo el empleado, "habrá un espectáculo aquí el próximo jueves. Es... voy a buscarlo y hacer que le envíen el anuncio a su habitación con el agua helada. Buenas noches".

Después de subir a mi habitación, miré por la ventana. Eran apenas las diez, pero contemplaba una ciudad silenciosa. La llovizna continuaba, salpicada con luces tenues, tan dispersas como las grosellas en un pastel vendido en el Ladies' Exchange.

"Un lugar tranquilo", me dije a mí mismo, mientras mi primer zapato golpeaba el techo del ocupante de la habitación debajo de la mía. "Nada de la vida aquí le da color y variedad a las ciudades del Este y del Oeste. Solo una buena, ordinaria y monótona ciudad comercial".

Nashville ocupa un lugar destacado entre los centros de fabricación del país. Es el quinto mercado de botas y zapatos en los Estados Unidos, la ciudad más grande en la fabricación de dulces y galletas en el Sur, y realiza un enorme negocio mayorista de mercancías secas, comestibles y farmacéuticas.

Debo contarles cómo llegué a Nashville, y les aseguro que esta digresión me resulta tan tediosa como a ustedes. Estaba viajando por negocios en otro lugar, pero tenía un encargo de una revista literaria del Norte para hacer una parada allí y establecer una conexión personal entre la publicación y uno de sus colaboradores, Azalea Adair.

Adair (no había ninguna pista sobre su personalidad excepto la caligrafía) había enviado algunos ensayos (un arte perdido!) y poemas que habían hecho que los editores juraran aprobadamente durante su almuerzo de la una. Así que me habían encargado que localizara a dicho Adair y que, con un contrato, asegurara su producción a dos centavos por palabra antes de que algún otro editor le ofreciera diez o veinte.

A las nueve de la mañana siguiente, después de mis hígados de pollo _en brochette_ (pruébenlos si pueden encontrar ese hotel), salí a la llovizna, que todavía estaba en una corrida ilimitada. En la primera esquina me encontré con el tío César. Era un negro robusto, más viejo que las pirámides, con lana gris y una cara que me recordaba a Bruto, y un segundo después, al difunto Rey Cetshwayo. Llevaba el abrigo más notable que había visto o esperaba ver. Llegaba hasta los tobillos y alguna vez había sido gris confederado en colores. Pero la lluvia, el sol y la edad lo habían tan variado que el abrigo de José, al lado de él, habría palidecido a un monocromo pálido. Debo detenerme con ese abrigo, porque tiene que ver con la historia, la historia que tarda tanto en llegar, porque apenas se puede esperar que algo suceda en Nashville.

Una vez debió ser el abrigo militar de un oficial. La capa había desaparecido, pero a lo largo de su frente estaba adornado y borloneado magníficamente. Pero ahora los adornos y borlas se han ido. En su lugar, pacientemente se habían cosido (supuse que por alguna "mammy" negra superviviente) nuevos adornos hechos de astutamente torcido cordel de cáñamo común. Este cordel estaba deshilachado y despeinado. Debe haber sido agregado al abrigo como sustituto de los esplendores desaparecidos, con devoción sin gusto pero minuciosa, ya que seguía fielmente las curvas de los adornos que faltaban desde hace mucho tiempo. Y, para completar la comedia y el patetismo de la prenda, todos sus botones habían desaparecido excepto uno. El segundo botón desde arriba solo permanecía. El abrigo estaba abrochado con otros cordones de cáñamo atados a través de los ojales de los botones y otros agujeros perforados rudamente en el lado opuesto. Nunca hubo una prenda tan extraña tan fantásticamente adornada y de tantos tonos moteados. El único botón era del tamaño de medio dólar, hecho de cuerno amarillo y cosido con cordel grueso.

Este negro estaba junto a un coche tan antiguo que Ham mismo podría haber comenzado una línea de taxis con él después de salir del arca con los dos animales atados a él. Cuando me acerqué, abrió la puerta, sacó un plumero, lo agitó sin usarlo y dijo con tono profundo y ronco:

"Entre, señor; no hay ni una mota de polvo en él, acabo de regresar de un funeral, señor".

Inferí que en tales ocasiones de gala los coches recibían una limpieza extra. Miré arriba y abajo por la calle y percibí que había poco entre lo que elegir entre los vehículos de alquiler que se alineaban en el bordillo. Busqué en mi libro de notas la dirección de Azalea Adair.

"Quiero ir a la calle Jessamine, 861", dije, y estaba a punto de subir al coche de alquiler. Pero por un instante, el grueso y largo brazo gorilesco del anciano negro me lo impidió. En su rostro masivo y saturnino un destello de sospecha y enemistad apareció por un momento. Luego, con una convicción que volvía rápidamente, preguntó con un tono suave: "Por qué va allí, jefe?".

"Qué le importa a usted?" pregunté, un poco bruscamente.

"Nada, señor, solo eso, nada. Solo que es una especie de parte solitaria de la ciudad y pocas personas tienen negocios allí. Entre, señor. Los asientos están limpios, acabo de regresar de un funeral, señor".

Debieron ser una milla y media hasta nuestro destino final. No podía oír nada más que el temible traqueteo del antiguo taxi sobre el adoquinado desigual; no podía oler nada más que la llovizna, ahora con un sabor a humo de carbón y algo así como una mezcla de alquitrán y flores de oleandro. Todo lo que podía ver a través de las ventanas empañadas eran dos hileras de casas tenues.

La ciudad tiene una superficie de 10 millas cuadradas; 181 millas de calles, de las cuales 137 millas están pavimentadas; un sistema de obras hidráulicas que costó \$2,000,000, con 77 millas de tuberías.

La calle Jessamine 861 era una mansión en ruinas. A treinta metros de la calle, se alzaba, ultrajada, en medio de un espléndido bosque de árboles y arbustos sin podar. Una hilera de arbustos de boj se desbordaba y casi ocultaba la valla de tablas de la vista; la puerta se mantenía cerrada por un lazo de cuerda que rodeaba el poste de la puerta y la primera tabla de la misma. Pero una vez dentro, te dabas cuenta de que el 861 era un cascarón, una sombra, un fantasma de antiguas grandezas y excelencias. Pero en la historia, aún no he entrado dentro.

Cuando el carruaje dejó de sonar y los cuadrúpedos cansados se detuvieron, le entregué a mi cochero sus cincuenta centavos con un cuarto adicional, sintiendo un brillo de generosidad consciente al hacerlo. Él lo rechazó.

"Son dos dólares, señor", dijo.

"Cómo es eso?", pregunté. "Claramente te oí llamar en el hotel: 'Cincuenta centavos a cualquier parte de la ciudad'".

"Son dos dólares, señor", repitió obstinadamente. "Es un largo camino desde el hotel".

"Está dentro de los límites de la ciudad y bien dentro de ellos", argumenté.

"No pienses que has engañado a un yanqui novato. Ves esas colinas allí?", continué, señalando hacia el este (yo mismo no podía verlas debido a la llovizna); "bueno, nací y crecí al otro lado. Viejo necio negro, no puedes distinguir a la gente de otras personas cuando las ves?"

El rostro sombrío del Rey Cetewayo se suavizó. "Eres del Sur, señor? Supongo que fueron sus zapatos los que me engañaron. Hay algo afilado en las puntas para que un caballero sureño las use".

"Entonces, el cargo es de cincuenta centavos, supongo?" dije inexorablemente.

Su expresión anterior, una mezcla de codicia y hostilidad, regresó, permaneció diez segundos y desapareció.

"Jefe", dijo, "cincuenta centavos está bien; pero _necesito_ dos dólares, señor; estoy _obligado_ a tener dos dólares. No lo estoy _exigiendo_ ahora, señor; después de saber de dónde eres; solo estoy diciendo que _tengo_ que tener dos dólares esta noche, y los negocios están muy mal".

La paz y la confianza se posaron sobre sus rasgos pesados. Había tenido más suerte de la que había esperado. En lugar de haber encontrado a un novato, ignorante de las tarifas, se había encontrado con una herencia.

"Viejo bribón confundido", dije, metiendo la mano en mi bolsillo, "deberías ser entregado a la policía".

Por primera vez lo vi sonreír. Él sabía; él sabía. SABÍA.

Le di dos billetes de un dólar. Mientras se los entregaba, noté que uno de ellos había pasado por tiempos difíciles. Le faltaba la esquina superior derecha y estaba rasgado por el medio, pero había sido unido de nuevo. Una tira de papel tissue azul, pegada sobre la grieta, preservaba su negociabilidad.

Basta de este bandido africano por ahora: lo dejé feliz, levanté la cuerda y abrí una puerta chirriante.

La casa, como dije, era un cascarón. Un pincel no la había tocado en veinte años. No podía ver por qué un viento fuerte no la habría derribado como un castillo de naipes hasta que miré de nuevo los árboles que la rodeaban de cerca: los árboles que presenciaron la batalla de Nashville y aún extendían sus ramas protectoras alrededor de ella contra la tormenta, el enemigo y el frío.

Azalea Adair, de cincuenta años, de cabello blanco, descendiente de los caballeros, tan delgada y frágil como la casa en la que vivía, vestida con el vestido más barato y limpio que jamás haya visto, con un aire tan sencillo como el de una reina, me recibió.

La sala de recepción parecía una milla cuadrada, porque no había nada en ella excepto algunas filas de libros, en estanterías de pino sin pintar, una mesa de mármol agrietada, una alfombra raída, un sofá de crin sin pelo y dos o tres sillas. Sí, había un cuadro en la pared, un dibujo a crayón coloreado de un ramillete de pensamientos. Busqué el retrato de Andrew Jackson y la cesta colgante de piñas pero no estaban allí.

Azalea Adair y yo tuvimos una conversación, un poco de la cual te repetiré. Ella era un producto del viejo Sur, criada suavemente en la vida protegida. Su aprendizaje no era amplio, pero era profundo y de espléndida originalidad en su alcance algo limitado. Había sido educada en casa, y su conocimiento del mundo se derivaba de inferencias y de inspiración. De tales está hecho el preciado y pequeño grupo de ensayistas. Mientras me hablaba, seguía cepillando mis dedos, tratando, inconscientemente, de deshacerme de manera culpable del polvo ausente de los lomos de media piel de cordero de Lamb, Chaucer, Hazlitt, Marcus Aurelius, Montaigne y Hood. Ella era exquisita, era un descubrimiento valioso. Casi todo el mundo hoy en día sabe demasiado, oh, demasiado, demasiado de la vida real.

Podía percibir claramente que Azalea Adair era muy pobre. Una casa y un vestido tenía, no mucho más, me imaginaba. Así que, dividido entre mi deber con la revista y mi lealtad a los poetas y ensayistas que lucharon contra Thomas en el valle del Cumberland, escuché su voz, que era como un clavecín, y encontré que no podía hablar de contratos. En presencia de las nueve Musas y las tres Gracias, uno dudaba en bajar el tema a dos centavos. Habría que tener otro coloquio después de haber recuperado mi comercialismo. Pero hablé de mi misión, y a las tres de la tarde del día siguiente se fijó la discusión sobre la propuesta comercial.

"Tu ciudad", dije mientras comenzaba a prepararme para partir (que es el momento para las generalidades suaves), "parece ser un lugar tranquilo y sereno. Una ciudad natal, debería decir, donde pocas cosas fuera de lo común suceden."

Lleva a cabo un comercio extenso de estufas y utensilios huecos con el Oeste y el Sur, y sus molinos de harina tienen una capacidad diaria de más de 2.000 barriles.

Azalea Adair parecía reflexionar.

"Nunca lo había pensado de esa manera", dijo, con una especie de intensidad sincera que parecía pertenecerle. "No es en los lugares tranquilos y silenciosos donde ocurren las cosas? Me imagino que cuando Dios comenzó a crear la tierra el primer lunes por la mañana, uno podría haberse inclinado por la ventana y haber escuchado las gotas de barro salpicando de Su paleta mientras construía las colinas eternas. En qué resultó el proyecto más ruidoso del mundo, quiero decir la construcción de la Torre de Babel, finalmente? Una página y media de esperanto en la *_North American Review_*."

"Por supuesto", dije platónicamente, "la naturaleza humana es la misma en todas partes; pero hay más color, más drama y movimiento y romance en algunas ciudades que en otras."

"En la superficie", dijo Azalea Adair. "He viajado muchas veces alrededor del mundo en una nave de aire dorado llevada por dos alas: la impresión y los sueños. He visto (en uno de mis viajes imaginarios) al Sultán de Turquía estrangular con sus propias manos a una de sus esposas que había descubierto su rostro en público. He visto a un hombre en Nashville rasgar sus boletos de teatro porque su esposa iba a salir con la cara cubierta, con polvo de arroz. En el barrio chino de San Francisco vi a la esclava Sing Yee sumergida lentamente, pulgada a pulgada, en aceite de almendra hirviendo para hacerla jurar que nunca volvería a ver a su amante americano. Cedió cuando el aceite hirviendo había alcanzado tres pulgadas por encima de su rodilla. En una fiesta de eucre en East Nashville la otra noche vi a Kitty Morgan ser ignorada por siete de sus compañeros de clase y amigos de toda la vida porque se había casado con un pintor de casas. El aceite hirviendo estaba siseando tan alto como su corazón; pero ojalá hubieras visto la pequeña sonrisa fina que llevaba de mesa en mesa. Oh, sí, es una ciudad monótona. Solo unas pocas millas de casas de ladrillo rojo y patios de barro y madera."

Alguien golpeó huecamente en la parte trasera de la casa. Azalea Adair suspiró una suave disculpa y fue a investigar el sonido. Volvió en tres minutos con los ojos iluminados, un ligero rubor en las mejillas y diez años menos de carga en los hombros.

"Debes tomar una taza de té antes de irte", dijo, "y un pastel de azúcar".

Extendió la mano y sacudió una pequeña campana de hierro. Entró sigilosa una niña negra pequeña de unos doce años, descalza, no muy ordenada, mirándome con el dedo pulgar en la boca y los ojos abultados.

Azalea Adair abrió un pequeño bolso desgastado y sacó un billete de dólar, un billete de dólar con la esquina superior derecha faltante, rasgado en dos pedazos y pegado nuevamente con una tira de papel tissue azul. Era uno de los billetes que había dado al Negro pirata, no había duda al respecto.

"Ve a la tienda del Sr. Baker en la esquina, Impy", dijo, entregándole el billete de dólar a la niña, "y trae un cuarto de libra de té, el tipo que siempre me envía, y diez centavos de pastelitos de azúcar. Ahora, date prisa. La reserva de té en la casa resulta que está agotada", me explicó.

Impy salió por la parte trasera. Antes de que el raspado de sus pies duros y descalzos se desvaneciera en el porche trasero, un grito salvaje, estaba seguro de que era de ella, llenó la casa hueca. Luego, los tonos profundos y roncós de la voz de un hombre enojado se mezclaron con los chillidos y las palabras ininteligibles adicionales de la niña.

Azalea Adair se levantó sin sorpresa ni emoción y desapareció. Durante dos minutos escuché el rumor ronco de la voz del hombre; luego algo parecido a un juramento y un ligero forcejeo, y ella regresó tranquilamente a su silla.

"Esta es una casa espaciosa", dijo, "y tengo un inquilino para parte de ella. Lamento tener que rescindir mi invitación al té. Fue imposible conseguir el tipo que siempre uso en la tienda. Quizás mañana, el Sr. Baker pueda suministrármelo".

Estaba seguro de que Impy no había tenido tiempo de salir de la casa. Inquirí acerca de las líneas de tranvía y me despedí. Después de que ya había avanzado en mi camino, recordé que no había aprendido el nombre de Azalea Adair. Pero mañana lo haré.

Ese mismo día comencé con el curso de iniquidad que esta ciudad sin eventos me impuso. Estuve en la ciudad solo dos días, pero en ese tiempo logré mentir descaradamente por telégrafo y ser cómplice, después del hecho, si ese es el término legal correcto, en un asesinato.

Al doblar la esquina más cercana a mi hotel, el cochero afrite del abrigo policromático y sin igual me atrapó, abrió de par en par la puerta de su sarcófago errante, agitó su plumero y comenzó su ritual: "Entra, jefe. El carruaje está limpio, acabo de regresar de un funeral. Cincuenta centavos a cualquier..." Y entonces me reconoció y sonrió ampliamente. "Perdóneme, jefe; usted es el caballero que me salvó esta mañana. Muchas gracias, señor."

"Voy a salir de nuevo a 861 mañana por la tarde a las tres", dije, "y si estás aquí, te dejaré conducirme. Entonces conoces a la señorita Adair?" concluí, pensando en mi billete de un dólar.

"Pertenece a su padre, el juez Adair, señor", respondió.

"Supongo que ella es bastante pobre", dije. "No tiene mucho dinero para hablar, verdad?"

Por un instante miré de nuevo el rostro feroz del Rey Cettiwayo, y luego volvió a ser el viejo cochero negro extorsionador.

"Ella no se va a morir de hambre, señor", dijo lentamente. "Ella tiene recursos, señor; ella tiene recursos."

"Te pagaré cincuenta centavos por el viaje", dije.

"Eso está perfectamente bien, señor", respondió humildemente. "Solo _tuve_ que tener esos dos dólares esta mañana, jefe."

Fui al hotel y mentí por electricidad. Mandé un telegrama a la revista: "A. Adair se mantiene firme en ocho centavos la palabra."

La respuesta que recibí fue: "Dáselo rápidamente, torpe."

Justo antes de la cena, "El Mayor" Wentworth Caswell se me acercó con los saludos de un amigo perdido hace mucho tiempo. He visto pocos hombres a los que he odiado tan instantáneamente y de los que era tan difícil deshacerse. Estaba de pie en el bar cuando me invadió; por lo tanto, no pude sacudir la cinta blanca en su cara. Habría pagado gustosamente por las bebidas, esperando así escapar de otra; pero él era uno de esos despreciables bebedores ruidosos y publicitarios que necesitan que bandas de música y fuegos artificiales acompañen cada centavo que desperdician en sus locuras.

Con un aire de producir millones, sacó dos billetes de un dólar de un bolsillo y lanzó uno de ellos sobre la barra. Miré una vez más el billete de un dólar con la esquina superior derecha faltante, rasgado por la mitad y parchado con una tira de papel tissue azul. Era mi billete de un dólar nuevamente. No podía ser otro.

Subí a mi habitación. La llovizna y la monotonía de un aburrido y sin eventos pueblo sureño me habían cansado y apagado. Recuerdo que justo antes de acostarme dispuse mentalmente del misterioso billete de un dólar (que podría haber sido el hilo conductor de una historia de detectives tremendamente buena de San Francisco) diciéndome a mí mismo con sueño: "Parece como si mucha gente aquí tuviera acciones en el Trust de los Conductores de Coches. También paga dividendos puntualmente. Me pregunto si..." Luego me quedé dormido.

King Cettiwayo estaba en su puesto al día siguiente, y me sacudió los huesos sobre las piedras hasta llegar a 861. Él debía esperar y llevarme de vuelta cuando estuviera listo.

Azalea Adair parecía más pálida, limpia y frágil que el día anterior. Después de que firmó el contrato a ocho centavos por palabra, se puso aún más pálida y comenzó a deslizarse fuera de su silla. Sin mucho problema logré ponerla en el sofá de crin de caballo antediluviano y luego corrí a la acera y grité al pirata de color café que trajera un médico. Con una sabiduría que no esperaba en él, abandonó su equipo y se lanzó calle arriba a pie, comprendiendo el valor de la velocidad. En diez minutos regresó con un hombre grave, de cabello gris y capaz de medicina. En pocas palabras (que valían mucho menos de ocho centavos cada una), le expliqué mi presencia en la casa hueca del misterio. Él asintió con comprensión y se volvió hacia el viejo negro.

"Tío César", dijo con calma, "ve a mi casa y pide a la señorita Lucy que te dé una jarra de leche fresca y medio vaso de vino de Oporto. Y date prisa. No conduzcas, corre. Quiero que regreses en algún momento de esta semana."

Se me ocurrió que el Dr. Merriman también sentía desconfianza en cuanto a las habilidades de velocidad de los corceles del pirata terrestre. Después de que el Tío César se hubiera ido, torpemente pero rápidamente, calle arriba, el médico me miró con gran cortesía y cuidada consideración hasta que decidió que yo podría hacerlo.

"Es solo un caso de nutrición insuficiente", dijo. "En otras palabras, el resultado de la pobreza, el orgullo y la inanición. La Sra. Caswell tiene muchos amigos devotos que estarían encantados de ayudarla, pero ella no aceptará nada excepto del viejo negro, el Tío César, que una vez perteneció a su familia."

"La Sra. Caswell!" dije, sorprendido. Y luego miré el contrato y vi que lo había firmado "Azalea Adair Caswell".

"Pensé que era la señorita Adair", dije.

"Casada con un holgazán borracho y sin valor, señor", dijo el médico. "Se dice que él la despoja incluso de las pequeñas sumas que su viejo sirviente contribuye para su sustento."

Cuando trajeron la leche y el vino, el doctor pronto revivió a Azalea Adair. Se sentó y habló de la belleza de las hojas de otoño que estaban entonces en temporada, y de su alto colorido. Se refirió ligeramente a su desmayo como resultado de una antigua palpitación del corazón. Impy la abanicaba mientras ella yacía en el sofá. El médico debía irse a otro lugar, y lo seguí hasta la puerta. Le dije que estaba dentro de mis posibilidades e intenciones hacer un avance razonable de dinero a Azalea Adair por futuras contribuciones a la revista, y él pareció complacido.

"Por cierto," dijo, "quizás le gustaría saber que ha tenido realeza como cochero. El abuelo de César fue rey en el Congo. César mismo tiene modales reales, como puede haber observado."

Mientras el doctor se alejaba, escuché la voz del Tío César adentro: "Consiguió los dos dólares de usted, señorita Zalea?"

"Sí, César", escuché que respondía débilmente Azalea Adair. Y luego entré y concluí las negociaciones comerciales con nuestra colaboradora. Asumí la responsabilidad de avanzar cincuenta dólares, presentándolo como una formalidad necesaria para sellar nuestro acuerdo. Y luego, el Tío César me llevó de vuelta al hotel.

Aquí termina toda la historia hasta donde puedo atestiguar como testigo. El resto debe ser solo declaraciones de hechos.

Alrededor de las seis en punto salí a dar un paseo. El Tío César estaba en su esquina. Abrió la puerta de su carruaje, agitó su plumero y comenzó su fórmula deprimente: "Entre, señor. Cincuenta centavos a cualquier lugar de la ciudad--el carruaje está perfectamente limpio, señor--acaba de regresar de un funeral--"

Y luego me reconoció. Creo que su vista estaba empeorando. Su abrigo había adquirido algunos tonos más descoloridos, las cuerdas de cáñamo estaban más deshilachadas y raídas, el último botón restante--el botón de cuerno amarillo--se había ido. Un descendiente variopinto de reyes era el Tío César!

Unas dos horas después vi una multitud emocionada asediando la entrada de una farmacia. En un desierto donde no sucede nada, esto era maná; así que me abrí paso hacia adentro. En un improvisado sofá de cajas vacías y sillas yacía la mortal corporalidad del Mayor Wentworth Caswell. Un médico lo estaba examinando en busca del ingrediente inmortal. Su decisión fue que brillaba por su ausencia.

El ex Mayor había sido encontrado muerto en una calle oscura y llevado por ciudadanos curiosos y hastiados a la farmacia. El fallecido ser humano había estado involucrado en una batalla terrible, los detalles así lo mostraban. Aunque fuera un holgazán y un réprobo, también había sido un guerrero. Pero había perdido. Sus manos seguían tan apretadas que sus dedos no se podían abrir. Los ciudadanos amables que lo habían conocido se quedaron alrededor y buscaron en su vocabulario alguna palabra buena, si era posible, para hablar de él. Un hombre de aspecto amable dijo, después de mucho pensar: "Cuando 'Cas' tenía alrededor de catorce años, era uno de los mejores deletreadores de la escuela".

Mientras estaba allí de pie, los dedos de la mano derecha del "hombre que fue" colgaban a un lado de una caja de pino blanco, relajados, y dejaron caer algo a mis pies. Lo cubrí con un pie silenciosamente, y un poco más tarde lo recogí y lo guardé en el bolsillo. Razoné que en su última lucha su mano debió haber agarrado ese objeto sin darse cuenta y lo había sujetado en un agarre de muerte.

En el hotel esa noche, el tema principal de conversación, con las posibles excepciones de la política y la prohibición, fue el fallecimiento del Mayor Caswell. Escuché a un hombre decir a un grupo de oyentes: "En mi opinión, caballeros, Caswell fue asesinado por algunos de estos negros de poca monta por su dinero. Tenía cincuenta dólares esta tarde que mostró a varios caballeros en el hotel. Cuando lo encontraron, el dinero no estaba en su persona".

Salí de la ciudad a la mañana siguiente a las nueve, y mientras el tren cruzaba el puente sobre el río Cumberland, saqué de mi bolsillo un botón de cuerno amarillo del tamaño de una moneda de cincuenta centavos, con extremos deshilachados de cuerda gruesa, y lo lancé por la ventana hacia las lentas y fangosas aguas abajo. Me pregunto qué estará pasando en Buffalo!

La prueba del pudín

La PRIMAVERA LE HIZO UN GUIÑO a Editor Westbrook de la revista *_Minerva_*, y lo desvió de su camino. Había lanzado su rincón favorito en un hotel de Broadway y estaba regresando a su oficina cuando sus pies se enredaron en el encanto de la coqueta primaveral. Lo que quiere decir que giró hacia el este en la calle Veintiséis, cruzó con seguridad el desbordamiento primaveral de vehículos en la Quinta Avenida, y se paseó por los senderos de la floreciente Plaza Madison.

El aire indulgente y los escenarios del pequeño parque casi formaban una escena pastoral; el motivo de color era el verde, la sombra reinante en la creación del hombre y la vegetación.

El césped tierno entre los senderos tenía el color del verdín, un verde venenoso, reminiscente de la horda de humanos abandonados que habían respirado sobre la tierra durante el verano y el otoño. Los brotes de los árboles parecían extrañamente familiares para aquellos que habían botanizado entre los adornos del plato de pescado de una cena de cuarenta centavos. El cielo arriba era de ese tenue tono azul verdoso que los poetas de salón riman con "verdad" y "Sue" y "mimar". El único color natural y sincero visible era el verde ostensible de los bancos recién pintados, un tono entre el color de un pepinillo encurtido y el de un impermeable de año pasado. Pero, para el ojo criado en la ciudad de Editor Westbrook, el paisaje parecía una obra maestra.

Y ahora, ya sea que seas de aquellos que se lanzan, o de la suave concurrencia que teme pisar, debes seguir en una breve invasión de la mente del editor.

El espíritu del Editor Westbrook estaba contento y sereno. El número de abril de la *_Minerva_* había vendido toda su edición antes del décimo día del mes; un vendedor de periódicos en Keokuk había escrito que podría haber vendido cincuenta copias más si las tuviera. Los propietarios de la revista habían aumentado su salario; acababa de instalar en su hogar una joya de cocinera recién importada que tenía miedo a los policías; y los periódicos matutinos habían publicado íntegramente un discurso que había pronunciado en un banquete de editores. Además, resonaban en su mente las notas jubilosas de una espléndida canción que su encantadora esposa había cantado para él antes de que saliera de su apartamento del uptown esa mañana. Ella estaba mostrando un entusiasmo creciente por la música últimamente, practicando temprano y diligentemente. Cuando él la había elogiado por la mejora en su voz, ella lo había abrazado de alegría por su elogio. También sentía el benigno medicamento tónico de la enfermera entrenada, la Primavera, que recorría suavemente las salas de la ciudad convaleciente.

Mientras el Editor Westbrook paseaba entre las filas de bancos del parque (ya llenos de vagabundos y los guardianes de la infancia sin ley), sintió que le agarraban y sujetaban la manga.

Sospechando que iba a ser acosado, volvió un rostro frío e improductivo, y vio que su captor era — Dawe—Shackleford Dawe, sombrío, casi harapiento, lo gentil apenas visible en él a través de las líneas más profundas de lo raído.

Mientras el editor se recupera de su sorpresa, se ofrece una biografía instantánea de Dawe.

Era un escritor de ficción, y uno de los viejos conocidos de Westbrook. En algún momento podrían haberse llamado viejos amigos. Dawe tenía algo de dinero en esos días, y vivía en un apartamento decente cerca de Westbrook. Las dos familias a menudo iban juntas al teatro y a cenar. La Sra. Dawe y la Sra. Westbrook se convirtieron en "queridas" amigas. Luego, un día, un pequeño tentáculo del pulpo, solo para entretenerse, ingurgitó el capital de Dawe, y se mudó al vecindario del Parque Gramercy, donde uno, por unos cuantos groats por semana, puede sentarse sobre su baúl bajo candelabros de ocho ramas y frente a chimeneas de mármol de Carrara y observar a los ratones jugar en el suelo. Dawe pensó en vivir escribiendo ficción. De vez en cuando vendía una historia. Presentó muchas a Westbrook. El *Minerva* imprimió una o dos de ellas; el resto fueron devueltas. Westbrook enviaba una carta personal cuidadosa y concienzuda con cada manuscrito rechazado, señalando detalladamente sus razones para considerarlo no disponible. El Editor Westbrook tenía su propia concepción clara de lo que constituía buena ficción. Lo mismo Dawe. La Sra. Dawe se preocupaba principalmente por los ingredientes de los escasos platos de comida que lograba reunir. Un día, Dawe le había estado hablando de las excelencias de ciertos escritores franceses. En la cena se sentaron a un plato que un hambriento escolar podría haber engullido de un trago. Dawe comentó.

"Es un guiso a la Maupassant," dijo la Sra. Dawe. "Puede que no sea arte, pero desearía que hicieras un serial de cinco platos de Marion Crawford con un soneto de Ella Wheeler Wilcox de postre. Tengo hambre."

Tan lejos de tener éxito estaba Shackleford Dawe cuando agarró la manga del Editor Westbrook en Madison Square. Esa fue la primera vez que el editor había visto a Dawe en varios meses.

"Por qué, Shack, eres tú?" dijo Westbrook, algo incómodo, ya que la forma de su frase parecía tocar el aspecto cambiado del otro.

"Sí, siéntate por un minuto," dijo Dawe, tirando de su manga. "Este es mi despacho. No puedo ir al tuyo, con este aspecto. Oh, siéntate, no serás deshonorado. Esos pájaros medio desplumados en los otros bancos te tomarán por un elegante escalador de porches. No sabrán que solo eres un editor."

"Fumas, Shack?" dijo el Editor Westbrook, hundiéndose cautelosamente en el banco verde virulento. Siempre cedía con gracia cuando lo hacía.

Dawe se abalanzó sobre el cigarro como un martín pescador se lanza sobre un perch sun, o una chica pica en una crema de chocolate.

"Acabo de..." comenzó el editor.

"Oh, lo sé; no termines," dijo Dawe. "Dame un fósforo. Solo tienes diez minutos de sobra. Cómo lograste pasar por encima de mi oficinista e invadir mi santuario? Ahí va ahora, lanzando su palo a un perro que no puede leer los letreros de 'No pisar el césped'."

"Cómo va la escritura?" preguntó el editor.

"Mírame," dijo Dawe, "para tener tu respuesta. Ahora no pongas esa mirada amable pero honesta y avergonzada y pregúntame por qué no consigo un trabajo como agente de vinos o taxista. Estoy en la pelea hasta el final. Sé que puedo escribir buena ficción y los obligaré a ustedes, señores, a admitirlo. Haré que cambien la ortografía de 'arrepentimientos' por 'c-h-e-q-u-e' antes de que termine contigo."

El Editor Westbrook miró por encima de sus gafas de nariz con una expresión dulcemente dolorida, omnisciente, simpática y escéptica, la expresión con derechos de autor del editor asediado por el colaborador no disponible.

"Has leído la última historia que te envié, 'El toque de alarma del alma'?" preguntó Dawe.

"Cuidadosamente. Dudé sobre esa historia, Shack, de verdad lo hice. Tenía algunos puntos buenos. Te estaba escribiendo una carta para enviarla contigo cuando te la devuelva. Lo lamento..."

"No importan los lamentos," dijo Dawe, sombríamente. "Ya no hay ni esclavo ni picadura en ellos. Lo que quiero saber es _por qué_. Vamos ahora; saca primero los puntos buenos."

"La historia", dijo Westbrook, deliberadamente, después de un suspiro contenido, "está escrita alrededor de un argumento casi original. La caracterización, lo mejor que has hecho. La construcción, casi tan buena, excepto por algunas uniones débiles que podrían fortalecerse con algunos cambios y toques. Era una buena historia, excepto..."

"Puedo escribir en inglés, no es así?" interrumpió Dawe.

"Siempre te he dicho", dijo el editor, "que tienes un estilo".

"Entonces, el problema es..."

"Lo mismo de siempre", dijo el Editor Westbrook. "Te diriges hacia tu clímax como un artista. Y luego te conviertes en un fotógrafo. No sé qué forma de locura obstinada te posee, pero eso es lo que haces con todo lo que escribes. No, retracto la comparación con el fotógrafo. De vez en cuando, la fotografía, a pesar de su perspectiva imposible, logra capturar un vistazo fugaz de la verdad. Pero arruinas cada desenlace con esos trazos planos, apagados y borradores de tu pincel de los que me he quejado tantas veces. Si elevaras hasta el pico literario de tus sentidos dramáticos y los pintaras en los colores brillantes que el arte requiere, el cartero dejaría menos sobres voluminosos y auto-direccionados en tu puerta".

"Oh, tonterías y focos!" exclamó Dawe, con desdén. "Todavía tienes esa manía vieja del drama del aserradero en tu cerebro. Cuando el hombre con bigote negro secuestra a Bessie de cabello dorado, seguramente harás que la madre se arrodille y levante las manos en el foco de luz y diga: 'Que el alto cielo

sea testigo de que no descansaré ni de noche ni de día hasta que el villano desalmado que ha robado a mi hijo sienta el peso de la venganza de otro!"

El Editor Westbrook concedió una sonrisa de complacencia imperturbable.

"Creo", dijo él, "que en la vida real, la mujer se expresaría en esas palabras o en otras muy similares".

"No en una temporada de seiscientas noches en ningún lugar más que en el escenario", dijo Dawe acaloradamente. "Te diré lo que diría en la vida real. Diría: 'Qué? Bessie llevada por un hombre extraño? ¡Dios mío! Es un problema tras otro. Consigue mi otro sombrero, debo apresurarme a la comisaría. Por qué nadie la estaba cuidando, me gustaría saber? Por el amor de Dios, quítate de mi camino o nunca estaré lista. No ese sombrero, el marrón con los lazos de terciopelo. Bessie debe haber estado loca; normalmente es tímida con los extraños. Es demasiado polvo? Dios mío! Cómo estoy alterada!'

"Así es como hablaría", continuó Dawe. "La gente en la vida real no entra en heroísmos y verso en blanco en crisis emocionales. Simplemente no pueden hacerlo. Si hablan en tales ocasiones, recurren al mismo vocabulario que usan todos los días, y simplemente enredan un poco más sus palabras e ideas, eso es todo".

"Shack", dijo el Editor Westbrook con impresión, "alguna vez recogiste el cuerpo maltratado y sin vida de un niño de debajo del parachoques de un tranvía y lo llevaste en tus brazos para colocarlo ante la madre desconsolada? Alguna vez hiciste eso y escuchaste las palabras de dolor y desesperación que fluían espontáneamente de sus labios?"

"Nunca lo hice", dijo Dawe. "Tú sí?"

"Bueno, no", dijo el Editor Westbrook, frunciendo ligeramente el ceño. "Pero puedo imaginar bien lo que ella diría".

"Yo también", dijo Dawe.

Y ahora había llegado el momento oportuno para que el Editor Westbrook jugara el papel de oráculo y silenciara a su opinativo colaborador. No era para un aspirante a escritor de ficción dictar palabras que fueran pronunciadas por los héroes y heroínas de la revista *Minerva*, contrariamente a las teorías del editor de la misma.

"Mi querido Shack", dijo él, "si sé algo de la vida, sé que cada emoción súbita, profunda y trágica en el corazón humano convoca una expresión de sentimiento adecuada, concordante, conformable y proporcionada. Sería difícil decir cuánto de este inevitable acuerdo entre expresión y sentimiento debe atribuirse a la naturaleza y cuánto a la influencia del arte. El rugido sublimemente terrible de la leona a la que se le han privado sus cachorros está dramáticamente tan por encima de su quejido y ronroneo habituales como las expresiones reales y trascendentes de Lear están por encima del nivel de sus desvaríos seniles. Pero también es cierto que todos los hombres y mujeres tienen lo que podría llamarse un sentido dramático subconsciente que es despertado por una emoción lo suficientemente profunda y

poderosa, un sentido adquirido inconscientemente de la literatura y el escenario que les impulsa a expresar esas emociones en un lenguaje que se adecúa a su importancia y valor histriónico".

"Y en nombre de los siete mantos sagrados de Sagitario, de dónde sacó el escenario y la literatura el truco?" preguntó Dawe.

"De la vida", respondió el editor triunfalmente.

El escritor de historias se levantó del banco y gesticuló elocuentemente pero en silencio. Estaba desprovisto de palabras con las que formular adecuadamente su disenso.

En un banco cercano, un holgazán desaliñado abrió sus ojos rojos y percibió que su apoyo moral se debía a un hermano oprimido.

"Dale un golpe, Jack", llamó roncamente a Dawe. "Por qué viene haciendo ruido como una feria barata entre caballeros que vienen a la plaza a sentarse y pensar?"

El Editor Westbrook miró su reloj con un afectado aire de ocio.

"Dime", preguntó Dawe, con ansiedad truculenta, "qué faltas especiales en 'La Alarma del Alma' te llevaron a desecharla?"

"Cuando Gabriel Murray," dijo Westbrook, "va a su teléfono y le dicen que su prometida ha sido disparada por un ladrón, él dice, no recuerdo las palabras exactas, pero..."

"Yo sí", dijo Dawe. "Él dice: 'Maldita sea Central; siempre me corta'. (Y luego a su amigo) 'Oye, Tommy, un balazo de treinta y dos hace un agujero grande? Es una especie de mala suerte, no? Podrías traerme un trago de la vitrina, Tommy? No; directo; nada adicional'".

"Y de nuevo", continuó el editor, sin detenerse para argumentar, "cuando Berenice abre la carta de su esposo informándole que ha huido con la chica de la manicura, sus palabras son, déjame ver..."

"Ella dice", intervino el autor: "Bueno, qué te parece eso?!"

"Palabras absurdamente inapropiadas", dijo Westbrook, "presentando un anti-clímax, sumiendo la historia en un baño de desesperanza. Peor aún; reflejan la vida falsamente. Ningún ser humano nunca profirió coloquialismos banales cuando se enfrentó a una tragedia repentina".

"Errado", dijo Dawe, cerrando tercamente sus mandíbulas sin afeitarse. "Digo que ningún hombre o mujer nunca habla en 'altisonante' cuando se enfrentan a un verdadero clímax. Hablan naturalmente y un poco peor".

El editor se levantó del banco con su aire de indulgencia y conocimiento interior.

"Dime, Westbrook," dijo Dawe, sujetándolo por el solapa, "habrías aceptado 'La Alarma del Alma' si hubieras creído que las acciones y palabras de los personajes eran verdaderas a la vida en las partes de la historia que discutimos?"

"Es muy probable que lo hubiera hecho, si creyera de esa manera", dijo el editor. "Pero te he explicado que no lo hago."

"Y si pudiera demostrarte que tengo razón?"

"Lo siento, Shack, pero me temo que no tengo tiempo para discutir más en este momento".

"No quiero discutir", dijo Dawe. "Quiero demostrarte desde la vida misma que mi punto de vista es el correcto".

"Cómo podrías hacer eso?" preguntó Westbrook, sorprendido.

"Escucha", dijo el escritor, seriamente. "He pensado en una manera. Es importante para mí que mi teoría de la ficción verdadera a la vida sea reconocida como correcta por las revistas. He luchado por ello durante tres años, y estoy a punto de quedarme sin dinero, con dos meses de alquiler vencidos".

"He aplicado lo contrario de tu teoría", dijo el editor, "en la selección de la ficción para la revista Minerva. La circulación ha aumentado de noventa mil a--"

"Cuatrocientos mil", dijo Dawe. "Mientras que debería haberse impulsado a un millón".

"Has mencionado algo sobre demostrar tu teoría favorita".

"Lo haré. Si me das alrededor de media hora de tu tiempo, te demostraré que tengo razón. Se lo demostraré a Louise".

"Tu esposa?" exclamó Westbrook. "Cómo?"

"Bueno, no exactamente por ella, pero con ella", dijo Dawe. "Ahora, sabes lo devota y amorosa que ha sido siempre Louise. Ella piensa que soy la única preparación genuina en el mercado que lleva la firma del viejo doctor. Ha sido más cariñosa y fiel que nunca, desde que me han asignado el papel del genio descuidado".

"De hecho, es una compañera de vida encantadora y admirable", coincidió el editor. "Recuerdo lo inseparables que eran ella y la señora Westbrook alguna vez. Ambos somos tipos afortunados, Shack, de tener esposas así. Debes traer a la señora Dawe alguna noche pronto, y tendremos una de esas cenas informales con sartén que solíamos disfrutar tanto".

"Más tarde", dijo Dawe. "Cuando consiga otra camisa. Y ahora te contaré mi plan. Cuando estaba a punto de salir de casa después del desayuno, si se puede llamar desayuno al té y avena, Louise me dijo que iba a visitar a su tía en la calle Ochenta y Nueve. Dijo que regresaría a las tres en punto. Siempre llega a tiempo, exactamente a la hora. Son ahora..."

Dawe miró hacia el bolsillo del reloj del editor.

"Veintisiete minutos para las tres", dijo Westbrook, mirando su reloj de bolsillo.

"Tenemos justo el tiempo suficiente", dijo Dawe. "Iremos a mi apartamento de inmediato. Escribiré una nota, la dirigiré a ella y la dejaré en la mesa donde la verá al entrar por la puerta. Tú y yo estaremos en el comedor, ocultos tras las cortinas. En esa nota diré que he huido de ella para siempre con una afinidad que comprende las necesidades de mi alma artística como ella nunca lo hizo. Cuando la lea, observaremos sus acciones y escucharemos sus palabras. Entonces sabremos cuál teoría es la correcta, la tuya o la mía".

"Oh, nunca", exclamó el editor, sacudiendo la cabeza. "Sería cruel e inexcusable. No podría consentir en que se jugaran los sentimientos de la señora Dawe de esa manera".

"Anímate", dijo el escritor. "Supongo que la aprecio tanto como tú. Es para su beneficio así como para el mío. Tengo que conseguir un mercado para mis historias de alguna manera. No le hará daño a Louise. Está sana y salva. Su corazón late tan fuerte como un reloj de noventa y ocho centavos. Durará solo un minuto, y luego saldré y le explicaré. Realmente me debes dar la oportunidad, Westbrook".

El editor Westbrook finalmente cedió, aunque a regañadientes. Y en la mitad de él que consentía acechaba el viviseccionista que está en todos nosotros. Que aquel que no haya usado el escalpelo se levante y se ponga de pie en su lugar. Lástima que no haya suficientes conejos y cobayas para repartir.

Los dos experimentadores en Arte dejaron la plaza y se apresuraron hacia el este y luego hacia el sur hasta llegar al vecindario de Gramercy. Dentro de sus altas barandas de hierro, el pequeño parque había vestido su elegante abrigo de verde primaveral y se estaba admirando en su espejo de la fuente. Fuera de las barandas, el cuadrado hueco de casas en ruinas, cáscaras de una nobleza pasada, se inclinaba como si estuviera en un murmullo fantasmal sobre las acciones olvidadas de la calidad desaparecida. *_Sic transit gloria urbis_*.

Una cuadra o dos al norte del parque, Dawe dirigió al editor nuevamente hacia el este, luego, después de recorrer una corta distancia, hacia una casa alta pero estrecha cargada con una fachada floridamente sobredecorada. A la quinta planta subieron, y Dawe, jadeante, metió su llave en la puerta de uno de los pisos delanteros.

Cuando la puerta se abrió, el editor Westbrook vio, con sentimientos de lástima, lo humildemente y escasamente amuebladas que estaban las habitaciones.

"Consigue una silla, si puedes encontrar una", dijo Dawe, "mientras busco pluma y tinta. Hola, qué es esto? Aquí hay una nota de Louise. Debe haberla dejado allí cuando salió esta mañana".

Recogió un sobre que estaba sobre la mesa central y lo abrió. Comenzó a leer la carta que sacó de él; y una vez que comenzó a leerla en voz alta, la leyó hasta el final. Estas son las palabras que el editor Westbrook escuchó:

"Querido Shackelford:

"Para cuando recibas esto, estaré a unas cien millas de distancia y todavía en marcha. Tengo un lugar en el coro de la Compañía de Ópera Occidental, y comenzamos la gira hoy al mediodía. No quería morir de hambre, así que decidí ganarme la vida por mi cuenta. No voy a volver. La señora Westbrook viene conmigo. Ella dijo que estaba cansada de vivir con una combinación de fonógrafo, iceberg y diccionario, y ella tampoco va a volver. Hemos estado practicando las canciones y los bailes durante dos meses en secreto. Espero que tengas éxito y te vaya bien! Adiós.

"Louise".

Dawe dejó caer la carta, cubrió su rostro con sus manos temblorosas, y exclamó con voz profunda y vibrante:

"Dios mío, por qué me has dado esta copa para beber? Si ella es falsa, entonces que los regalos más hermosos de tu cielo, la fe y el amor, se conviertan en bromas de traidores y demonios!"

Los lentes del editor Westbrook cayeron al suelo. Los dedos de una mano jugueteaban con un botón de su abrigo mientras balbuceaba entre sus labios pálidos:

"Dime, Shack, no es una maldita nota? No te sacaría de quicio, Shack? No es un infierno, ahora, Shack, no lo es?"